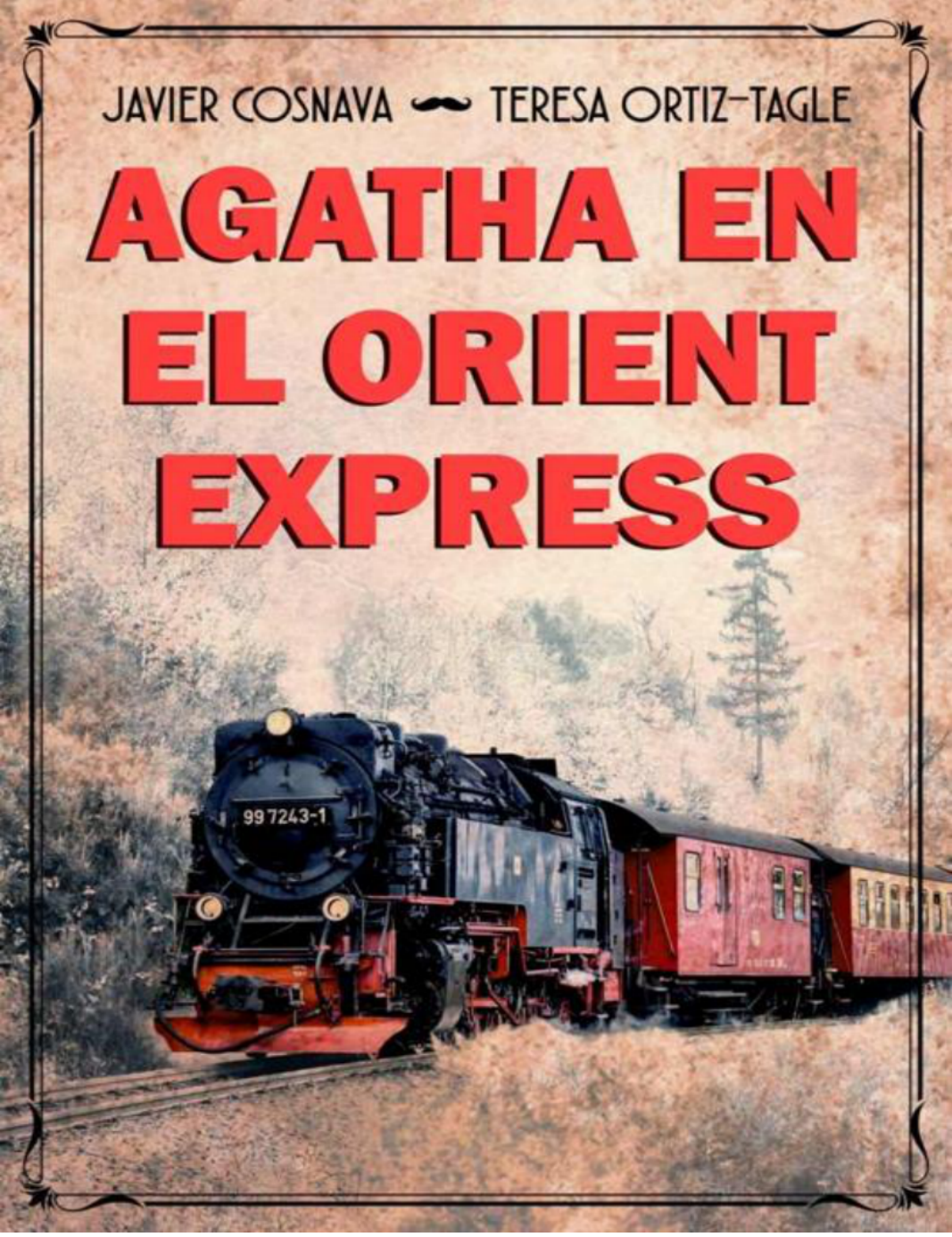
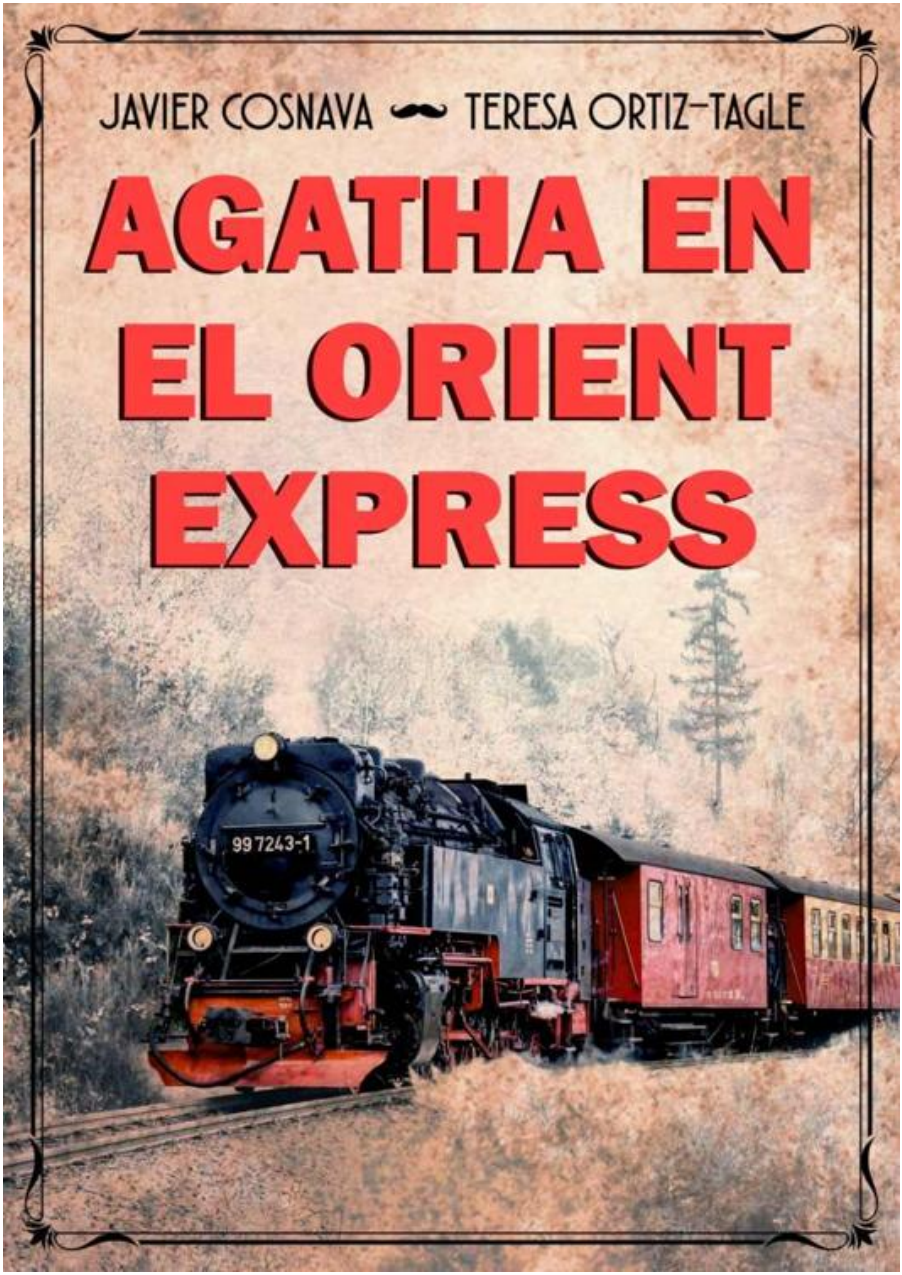
JAVIER COSNAVA — TERESA ORTIZ-TAGLE

AGATHA EN EL ORIENT EXPRESS



JAVIER COSNAVA — TERESA ORTIZ-TAGLE

AGATHA EN EL ORIENT EXPRESS



Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

AGATHA EN EL ORIENT EXPRESS

DRAMATIS PERSONAE (Alfabético)

Protagonistas

-CHRISTIE, Agatha: 38 años. Famosa escritora.

-POLROT, Héracles Amadeus: 43 años. Refugiado belga. Su apellido no debe confundirse con Poirot.

Otros personajes

-BELL, Juliet: 69 años. Escritora de novela policíaca, como Agatha.

-CARRASCO, Ana: 38 años. Una de las seis esposas del Maharajá. Llamada Daria por su esposo.

-FARZAND SINGH: 56 años. Maharajá. Príncipe indio.

-JANIS, Christian: 24 años. Escritor polaco.

-KLINK, Matías: 50 años. Escritor holandés.

-KRAZOV, Iván: 39 años. Inspector jefe de la policía búlgara.

-WINDLESHAW, Charles: 54 años. Dramaturgo. Reconocido en ciertos círculos.

Y también

-ALESSIO: 25 años. Vigilante del vagón Constantinopla-Calais. Recién contratado. Encargado del coche cama.

-CHARTRES: 57 años. Camarero del coche cama. Toda una vida al servicio del Orient Express.

-CINCO ESPOSAS RESTANTES DEL MAHARAJÁ: Entre los 18 y los 60 años. El resto de cónyuges del príncipe, que detestan a Ana.

-GUILLAUME, EL *CHEF DE TRAIN* (JEFE DEL TREN): Responsable del Simplon Orient Express.

-HIGHWAY TURPIN: un ladrón de joyas que podría (o no) hallarse en el tren.

PRÓLOGO:
EL VERDADERO POIROT
Y
LA VERDADERA AGATHA

Todo lo que se cuenta en esta novela, a excepción del misterio policíaco en sí, es verídico, basado en la vida de Agatha Christie, con algunas pequeñas licencias necesarias para que la novela funcione.

Incluso el misterio policíaco tiene algo de verídico porque, como en todas nuestras obras, está basado en la carrera criminal de asesinos reales.

Lo que se explica sobre el verdadero Poirot está inspirado en lo que la misma Agatha Christie cuenta en su autobiografía y en las investigaciones de Michael Clapp acerca de la génesis del personaje.

LIBRO PRIMERO

COMIENZA EL VIAJE

DÍA 5 EN EL ORIENT EXPRESS. 7,30 HORAS

Héracles Polrot ha muerto. A veces me asomo a la ventana y contemplo su cadáver, incrédula. Quería y respetaba a ese hombre, no solo por ser la inspiración de mi Hércules Poirot: había comenzado a considerarlo un amigo.

Aunque tal vez pronto no quede nadie para llorarle. Yo… yo tal vez, antes de lo que imagino, haya muerto también.

Estamos varados, en medio de ninguna parte, al borde de la congelación. No sé si pereceré sin conocer la identidad del asesino. No sé qué va a ser de mí ni de ninguno de los supervivientes de esta odisea infernal.

¿Quién habría imaginado que terminaría así un viaje en el Orient Express?

Aunque todo es culpa mía. Solo culpa mía. Porque he tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta del momento preciso en que comenzó a torcerse todo.

Fue cuando acepté participar en ese maldito juego. "Encuentra el escritor", así se llamaba. Me avergüenza reconocer que estaba emocionada cuando recibí la carta. Recuerdo que lo comenté con Polrot y él me advirtió que le parecía algo extraño.

Tendría que haberle escuchado.

(Cuaderno de Agatha número 74, el primero de los cuadernos perdidos. Página 21)

CAPÍTULO 0:

LA ADVERTENCIA DE HÉRACLES
(8 DÍAS ANTES)

—*De quoi tu parles?* ¿Qué demonios es eso de “Encuentra al escritor”?

Héracles Polrot se hallaba de pie, con los pies hundidos en el barro, mirando a Agatha con gesto desolado.

—Es un juego, supongo. Un conocido… bueno, un compañero escritor me ha invitado a jugar cuando lleguemos al Orient Express.

El gesto de completa desolación de Polrot se acentuó un poco más al comprobar que continuaba hundiéndose en el cieno.

—*Mon Dieu.*

Después de pasar unas semanas en Bagdad regresaban a Inglaterra y, hasta ese momento, de muy buen humor. Agatha había visitado ruinas antiguas, había hecho turismo y cultivado nuevas amistades. Se sentía dichosa, recuperada tras su separación de Archibald Christie. Apenas pensaba en el adulterio y en toda la humillación que había tenido que soportar. Volvía a ser ella misma.

O eso esperaba.

Respecto al detective, tenía asuntos pendientes en Bagdad: uno de sus casos. Lo había resuelto y luego había regresado con Agatha. Se alegró mucho cuando vio que la escritora había intimado con un arqueólogo famoso, Leonard Woolley, y su esposa Katherine. Juntos pasaron deliciosas veladas hasta que llegó el momento de decir adiós.

Por desgracia, no había trenes entre Bagdad y Damasco, donde comenzaba su trayecto el Taurus Express. Tuvieron que tomar un autobús rudimentario de la Nairn Line. Allí se acabó el buen humor de los viajeros. Porque se puso a llover, el desierto se convirtió en un lodazal y los pasajeros tuvieron que abandonar el vehículo y empujarlo. Mientras, los conductores, que habían colocado unas tablas de madera bajo las ruedas, lanzaban imprecaciones y trataban de sacar al viejo vehículo de la trampa en la que había caído.

—Háblame de ese juego —dijo Polrot, sumergido en el barro hasta las rodillas, mientras empujaba el autobús junto al resto del pasaje—. Quiero olvidar el momento presente y concentrarme en cualquier otra cosa. Lo que sea, *s'il te plaît.*

—Bueno, no sé gran cosa —dijo Agatha, subida a una maleta, también empujando—. ¿Quieres que te lea la carta?

La escritora se hizo a un lado y hurgó en su bolso. En ese preciso instante, el autobús avanzó y luego reculó bruscamente. Polrot

y otros doce pasajeros fueron proyectados hacia atrás. El precioso traje blanco del detective y hasta su querida fedora quedaron cubiertos de barro.

—Lee lo que sea, por favor —dijo Polrot, incorporándose, con una vena de la sien palpitándole como si fuese a estallar.

Ella carraspeó y dijo:

Querida Agatha:

Espero que se acuerde de mí. Hemos coincidido en diversas presentaciones y eventos literarios a lo largo de los años.

He sabido que se hallaba en Bagdad y que se disponía a regresar al Reino Unido en breve fecha. Me ha parecido una coincidencia maravillosa. Porque precisamente estos días he organizado un pequeño evento en el Orient Express. Se llama "Encuentra al escritor" y será, más que una reunión, un desafío para las mentes afiladas de varios autores de éxito.

Ojalá le sea posible asistir a este encuentro. Sería un honor que formase parte de nuestro grupo una estrella del firmamento de las letras. ¿Qué le parecería este mismo mes? ¿El día 21? ¿Sería posible?

Siempre a su servicio,

CHARLES WINDLESHAW, dramaturgo de renombre

—Qué raro —dijo Polrot, empujando una vez más con su hombro el vehículo.

—¿Qué es raro?

—Todo. Nada. Es solo una impresión, como si esa invitación escondiese algo más de lo que parece.

Agatha releyó la misiva, que le había sido entregada en mano por el botones de su hotel en Bagdad.

—Pues yo la veo de lo más inocente, Héracles. He asistido a varios encuentros de este tipo y suelen ser muy entretenidos. Siempre hay algún autor que quiere hacerse notar pero…

—Me da mala espina lo de "autores de éxito" enfrentado al

concepto de “dramaturgo de renombre”. Es como si los invitados fueran gente que ha cosechado fama mientras el anfitrión, ¿Windleshaw?, mereciera la gloria y tuviera el talento que los otros no poseen. Creo que la persona que ha escrito esas líneas está muy enfadada y lo disimula detrás de unas frases cuidadosamente construidas.

Agatha, una vez más, releyó la carta. Negó con la cabeza:

—¿Has visto todo eso en esta misiva tan agradable? ¿No será que eres tú el que estás de mal humor por culpa de lo que está pasando?

—¿Esto? *C'est pas grave.* Solo es un pequeño contratiempo que…

El autobús, súbitamente, tembló y cabeceó como un animal atrapado, lanzando pedazos de cieno en todas direcciones. Esta vez, Polrot quedó completamente cubierto de lodo. Hasta su mostacho incipiente había desaparecido. Agatha, por el contrario, se había librado. Solo unas pequeñas manchas en su falda que procedió a quitar con un pañuelo.

—*¡Diable! ¡Diable! ¡Diable!* —gimió el detective.

Por suerte, los conductores encontraron la solución. Procedieron a cavar un hoyo alrededor del autobús y tras otras dos horas de duro (y sucio) trabajo pudieron todos retomar la marcha.

Una vez llegaron al Orient Palace Hotel de Damasco, Agatha y Héracles se asearon y se reunieron para cenar. Al acabar los postres releyeron por turnos la carta. Seguían en desacuerdo. La escritora veía una invitación inocente y Polrot una misiva ominosa.

—Creo que estás exagerando, Héracles.

—*Pas du tout*. Hay algo en la carta, algo que no se lee, que se intuye, algo maligno. Tal vez sean imaginaciones mías.

—Si es algo que “no se lee”, solo se intuye, tus impresiones tienen poco valor. Y sí, todo es cosa de tu imaginación.

El desacuerdo prosiguió cuando salieron del Hotel hacia la estación, acompañados de un empleado vestido con una librea roja muy recargada, que llevaba las maletas. Agatha caminaba con paso firme, decidida. No se detuvo mientras los mozos de estación arrebataban el equipaje al empleado ni cuando se subieron al *wagon-lit* del Taurus Express.

—Yo, en tu caso, no iría a esa reunión, Agatha.

—Por favor. Aunque tengas razón, solo es un autor celoso de la fama que han alcanzado otros. ¿Sabes cuántos de esos hay? Hablamos del 99 por ciento de los escritores. Si ese 99 por ciento representara un peligro, los autores de éxito, como nos describen en la misiva, no podríamos ni salir a la calle.

Pasaron un día en Alepo, donde continuaron conversando sobre el asunto. Agatha confiaba en la sagacidad y las dotes de observación de Polrot, pero aquel viaje lo había hecho, ante todo, para afirmarse como mujer. Estaba harta de un marido extrovertido y dominante que pensaba por ella, hablaba por ella y se creía con derecho a acostarse con otras mujeres. Aquella era la razón por la que no aceptaba el análisis del detective. No tenía ganas de que un hombre le diese órdenes. No en ese momento de su vida. Por ello seguía a la defensiva cuando, a la mañana siguiente, Polrot dijo:

—¿Qué sabes del autor de la misiva, de ese Windleshaw? ¿Le conoces bien?

—Apenas —reconoció Agatha—. Es una cara borrosa en un océano de rostros de muchos autores con los que he ido coincidiendo en eventos literarios.

—Pero es un dramaturgo de renombre. Deberías recordarlo.

La escritora le miró fijamente. No tenía claro si estaba bromeando.

—Lo de “dramaturgo de renombre” lo dice él. Yo no sabría decirte ni el título de una de sus obras. No creo que nadie pueda. Ni un lector en todo el Reino Unido.

—No me digas que toda esta historia no te parece rara. Agatha, *j'ai pas raison?*

La escritora bajó la cabeza. Polrot se aclaró la garganta y propuso:

—Creo que lo mejor sería quedarnos una semana en Alepo. Podríamos ir a ver…

—No.

—*Mais, je crois…*

—No. Quiero ir, Héracles.

Tomaron pues el primer tren e hicieron el siguiente tramo del

Taurus Express. El paso de Asia a Europa era como el choque de dos universos: las gentes, los vestidos, los acentos, los rostros… poco a poco, todo dejaba de ser distinto, desconocido, para regresar a los lugares comunes y la monotonía. Pero aún les esperaban algunas maravillas, pues pudieron admirar, deslumbrados, las Puertas Cilicias, la hermosa garganta entre montañas, iluminada por la luz del amanecer.

Finalmente, cruzaron el Bósforo y llegaron a Constantinopla. En el hotel Tokatlian hablaron por última vez de aquel asunto:

—Nuestra próxima parada es ya el Orient Express, *mon amie*. Pero podemos quedarnos aquí un tiempo si lo deseas, postergando nuestro regreso —insistió Polrot.

—No.

El detective se encogió de hombros.

—Yo te lo he advertido. No sé si pasará nada realmente grave, pero estoy convencido que Windleshaw está resentido. Es difícil saber hasta dónde puede llegar alguien resentido.

—Conozco mejor que tú a los artistas y ese tipo de reuniones, Héracles. Voy a aceptar tu interpretación del texto y estoy dispuesta a reconocer que Charles Windleshaw puede estar resentido con los que tienen más éxito que él. Probablemente nos hará un repaso de su magna obra y de sus muchos reconocimientos por parte de tal o cual asociación. Tal vez me aburra un poco, pero no pasará de ahí. No creo que haya peligro alguno.

—*Si vous le dites, mon amie, je vais te croire.*

—Harías bien creyéndome. Estas reuniones son un pasatiempo pueril y nada más —dijo Agatha, concluyendo la conversación.

Pero su voz temblaba imperceptiblemente. También ella tenía un mal presentimiento. Pese a todo, nada que hiciese dudar a la mujer fuerte y decidida cuya máscara llevaba ahora puesta. Hasta que se convirtiese del todo en esa mujer, dejaría que la máscara decidiese por ella. Y no había ninguna razón lógica para desatender aquella invitación. Así que no iba a hacerlo.

Porque no es que estuviera en peligro ni nada de eso, ¿verdad?

No, para nada. Todo ese asunto de “Encuentra al escritor” solo era un juego, un divertimento. Y ahora mismo necesitaba distraerse,

no tener miedo, no negarse nada. La nueva Agatha estaba a punto de nacer.

Y nada iba a frenarla.

CAPÍTULO 1:

DÍA 1. SUBIENDO AL ORIENT EXPRESS

Nunca se había visto el andén tan vacío. En la estación de Constantinopla varios de los mozos estaban sin ocupación, mirando en derredor, incrédulos. El Orient Express tenía las plazas ocupadas: no al máximo, pero casi. No sucedía lo mismo con el resto de trenes que iban a salir de la estación en los próximos minutos, pues algunos estaban casi desiertos.

—La nevada es la más fuerte que se recuerda —estaba explicando en voz alta Guillaume, el *chef de train* del Simplon Orient Express, a sus subalternos—. Creo que mucha gente no ha podido llegar a tiempo o, simplemente, ha preferido retrasar su viaje. Por suerte, nosotros sí tenemos trabajo. Así que vamos a ello, muchachos.

Pasada la sorpresa inicial vino la aceptación. Camareros, encargados de los coches cama y el resto del servicio, prosiguieron sus ocupaciones habituales. Los mozos continuaron arrastrando sus carretillas y subiendo los equipajes a los coches correspondientes.

—Este es mi vagón, el Constantinopla-Calais —dijo Agatha, señalando una placa.

—¿Y el mío? —inquirió Polrot.

—El tuyo es el siguiente, el Atenas-París.

—Es extraño que nos hayan separado —dijo el detective.

—Oh, no lo es —sentenció alguien a su espalda.

Agatha y Héracles se volvieron. Un hombre vestido de rigurosa etiqueta, con un hermoso traje italiano y un turbante en la cabeza, les sonreía.

—Es muy sencillo —añadió, con leve acento—: todo esto lo ha organizado nuestro anfitrión, el señor Windleshaw. Los escritores van en el primer vagón, los acompañantes en el segundo.

En la mano derecha del hombre había un fino bastón de carey, en la izquierda una carta que acababa de extraer del bolsillo interior de su chaqueta: una misiva sin duda en similares términos que la que había recibido Agatha, aunque parecía incluir algunas explicaciones adicionales.

—Muchas gracias por la aclaración —dijo el detective—. Héracles Polrot, encantado.

—Igualmente. Yo soy Farzand Singh —Entonces se volvió y señaló a un grupo de mujeres—: Ellas son mis esposas, las

maharanís.

Agatha contempló largamente a las seis esposas de su interlocutor. Cinco iban vestidas a la usanza hindú, con hermosos y coloreados saris. La última vestía, como su esposo, a la manera occidental.

—Yo soy Agatha Christie —dijo entonces.

—Vaya, vaya —repuso sonriendo Farzand Singh—. Su fama la precede. Así que espero verla muy pronto en el juego de "Encuentra al escritor".

Parecía igual de excitado que Agatha con aquella reunión. Tal vez incluso más. El detective negó con la cabeza.

—¿Entramos? *On y va?*

Una hora después, ya instalados, Agatha y Polrot se reunieron en el *luncheon-car*, el salón comedor. No paraba de nevar. Y lo hacía copiosamente. El detective contempló largo rato los copos de nieve, grandes como puños, precipitándose vertiginosos contra el suelo allí donde terminaba la protección del techo de la estación. El horizonte, en la lejanía, aparecía completamente helado.

—¿Ya estás escribiendo en tu libreta?

No era la primera vez que Agatha y Polrot discutían (amistosamente) sobre aquellas libretas. La escritora llevaba al menos una siempre en su bolso. Y apuntaba cosas compulsivamente: ideas, argumentos, diseños de personajes, descripciones... Polrot encontraba de mal gusto que alguien no prestase ni siquiera atención a su interlocutor o, en este caso, a su compañero de mesa, porque estaba tomando apuntes.

—Ya sabes como soy, Héracles. Absorbo la realidad. Todo lo que pasa a mi alrededor es susceptible de formar parte de mis novelas.

—¿Y qué ha llamado ahora tu atención?

—Farzand Singh. Le he encontrado jovial, atento pero a la vez estirado, distante. Podría encajar como villano de una de mis novelas.

—*Pas du tout.*

—¿No?

—*Non.*

—¿Y por qué?

Polrot inspiró profundamente antes de decir:

—Uno siempre puede estar equivocado. Pero las primeras impresiones son poderosas. Fíjate que ha dicho de él, sencillamente, que era Farzand Singh, pero a su esposas las ha descrito como maharanís, es decir, princesas hindúes.

—¿Y eso qué te indica?

—Que es una persona humilde pese a ser de noble cuna y que respeta a sus esposas. Eso no es tan común como pueda parecer. He conocido otros maharajás. En Londres abundan en las reuniones sociales, se dice que hay quinientos o seiscientos de esos pequeños príncipes. Suelen ser hombres que piensan en primer lugar en sí mismos y en la alargada sombra de su estirpe y su legado. No suelen ser humildes ni tener en un pedestal a sus mujeres, te lo aseguro. Son nobles, con todo lo que ello significa.

—No tienes muy buena opinión de la realeza.

Polrot sonrió.

—Príncipes y reyes son como son. Yo no los juzgo. Solo describo su indiferencia a todo lo que no sea ellos mismos.

Agatha le miró boquiabierta. Comenzó a escribir de nuevo en su libreta.

—¿Puedo usar eso que has dicho en una de mis novelas?

—¿Puedo evitarlo?

La escritora se puso a garabatear de nuevo en su libreta. Polrot se tomó un entrante y una copa de vino. Observó con cuidado el cuaderno en el que escribía Agatha y se dio cuenta de que era una libreta escolar de su hija Rosalind. La había reutilizado y aprovechaba incluso los márgenes entre los dibujos de la niña o las guardas para apuntar lo que le venía a la cabeza. Otras veces que habían coincidido se había dado cuenta de que usaba cualquier tipo de libreta, incluso aquellas en cuya primera página se leía “Archie Christie” pues habían sido de su exmarido. O libretas llenas de fórmulas químicas que databan de la época en que Agatha estudiaba farmacia. La Gran Guerra había dejado un estigma de ahorro en la población inglesa: la escritora nunca gastaba en algo nuevo si podía reutilizar lo viejo.

—Es una nevada extraordinaria —dijo Polrot, soñador, mirando

en lontananza y recordando las palabras del responsable de aquel viaje, el *chef de train*.

—Ajá —dijo Agatha, aún concentrada en su tarea.

—La última vez que vi una nevada semejante fue durante la batalla de… en…

Polrot calló abruptamente. Se le había puesto la piel de gallina al recordar. Por un instante dejó de estar en el "rey de los trenes". Estaba en Flandes, luchando por su vida. Casi se congela, de rodillas, disparando detrás del muro de una casa. Horas y horas de combate y de espera a temperaturas de al menos diez bajo cero. Recordó el miedo, la sensación de muerte inminente.

—La muerte inminente... —balbuceó, aún en el país de los recuerdos.

Y la vergüenza, el oprobio, aquella escena terrible que creía haber olvidado y ahora regresaba para sonrojarle.

—¿Qué? —inquirió Agatha.

—La muerte inminente —repitió Polrot, obviando aquella escena vergonzosa y secreta que no pensaba reconocer que había sucedido. Al darse cuenta de que Agatha le miraba sin comprender y que había dejado su cuaderno a un lado, añadió—: Esta nevada me ha hecho recordar. En la guerra hay hombres que pueden anticipar su propia muerte. Soldados veteranos que, de alguna forma, intuyen una mañana que aquel será el último día. Y se despiden de sus amigos. Y mandan cartas a sus seres queridos. *Tu comprends ce que je veux dire?*

—Sí. Pero eso no es intuición. Cuando se avecina una gran batalla, morir entra dentro de lo posible y los soldados se preparan para lo peor.

¿Cómo explicar que esa misma Gran Guerra que había convertido a Agatha en ahorradora, aunque no lo necesitase, había obrado cambios aún más profundos en los combatientes? A Polrot la guerra le había transformado de simple policía a soldado, y de soldado al hombre que era hoy en día, al detective, al hombre capaz de ver pistas en los detalles más nimios. La guerra había dado un empujón a sus células grises.

—No, *mon amie*. No es eso. Un amigo mío, Bernac, se despidió de mí un día tranquilo, en la retaguardia. Hasta me dio la dirección de su novia para que le escribiese algunas palabras de

consuelo. A media tarde nos llamaron con urgencia para tapar una brecha en el frente. Bernac murió nada más llegar, de un disparo en la frente. Un francotirador.

Para Polrot no se trataba de un fenómeno sobrenatural. Cuando uno ha tenido demasiadas veces a la muerte delante de los ojos, acaba por tener una relación especial. Pero no pudo explicarse mejor porque Agatha se adelantó:

—¿Qué tiene que ver lo que cuentas con esta nevada?

—Una vez, yo mismo, tuve esa sensación de muerte inminente. Fue un día muy parecido a este, durante la batalla de Ypres.

—Sigues aquí. Lo que significa que te equivocaste.

— *Pas vraiment.* Estaba luchando, solo, aislado, entre las ruinas de una casa. Sabía que era mi final. En el último momento llegaron refuerzos y me trasladaron a otro lugar, con los restos de mi compañía. Aún recuerdo que lancé una mirada hacia la cortina de nieve que se alzaba. Sabía que, de haberme quedado unos minutos más, el enemigo habría aparecido tras aquel infierno blanco, preparado para un ataque final. Yo habría muerto. De hecho, los hombres que me sustituyeron perecieron en el siguiente combate. Ni un solo superviviente.

Agatha se dio cuenta de que Polrot no le había contado todo. Pero eso no era lo que la preocupaba. Sabía que algo no iba bien.

—¿Qué te pasa, Héracles?

El detective frunció los labios con furia:

—Acabo de entender que esa es la sensación que he tenido estos días. Por eso insistía tanto en que no cogiésemos este tren. *Oh, oui, c'est ça,* presentía la llegada de mi vieja enemiga. Lo que me preocupaba no era el contenido de la misiva que has recibido, de esa invitación de “Encuentra el Escritor”. Nada más leerla una emoción largamente dormida afloró a la superficie. Por desgracia, hasta ahora no he sido capaz de reconocerla.

—No me dirás que piensas que estás en peligro —repuso Agatha.

—*Non, non, je ne dis pas ça*. Lo que digo es que muy pronto, a menos que haga algo para evitarlo, voy a morir.

CAPÍTULO 2:

DÍA 1. EL ANFITRIÓN ENTRA EN ESCENA

—Pero, Héracles. ¿Qué estás diciendo? —se extrañó Agatha —. No creía que fueses tan supersticioso.

—*Ce n'est pas de la superstition*… es algo real. Un sentimiento real que conozco bien y he reconocido de nuevo en este instante. Voy a bajarme en la próxima parada y…

—Por favor, amigo mío. No creerás ni por un momento…

Pero la voz de la escritora se apagó cuando alguien habló con voz estentórea:

—¡Caballeros, señoras, compañeros de profesión! ¡Les ruego que me atiendan!

En el centro del salón comedor, un hombre estaba llamando la atención de los presentes. Rondaría los sesenta años. Lucía una elegante barba corta y perilla, ambas bien recortadas. Y sonreía con suficiencia.

—Algunos ya se hallaban aquí y a otros los he hecho llamar. De cualquier forma, ahora están todos por fin reunidos y es el momento de las presentaciones.

Polrot miró en derredor. Cuando llegó, el comedor estaba casi vacío. Ahora había un nutrido grupo de personas. En circunstancias normales, se habría fijado en cada uno, pero había estado demasiado concentrado en premoniciones y recuerdos del pasado. Chasqueó la lengua. No le gustaba que su mente vagase ociosa, ausente de la realidad, de lo tangible. Algo decepcionado, volvió la vista hacia el hombre que ocupaba el centro de la estancia, que había tomado de nuevo la palabra:

—Mi nombre es Charles Windleshaw, dramaturgo, autor de obras inmortales como “Las Entretelas del Hombre” o “El Traidor de las Dos Caras”, ambas galardonadas con el premio Amigos del Arte de la asociación de autores del sur de Devon.

Agatha le guiñó un ojo a Polrot. “¿Ves como se trata de un tipo inofensivo que solo quiere darse autobombo?”, dijo, sin emitir sonido alguno, abriendo mucho los labios para que Héracles comprendiera lo que estaba pronunciando.

—Sin embargo, no estamos aquí para hablar de mí, queridos compañeros de profesión —dijo el dramaturgo.

Agatha volvió a guiñar un ojo: “Seguro que no”, pronunció de nuevo valiéndose de la mímica. Esta vez consiguió que Polrot sonriese y olvidase al menos por un instante sus aciagas

premoniciones.

—No. Hoy vamos de caza —concluyó Windleshaw.

—A la caza del escritor, ¿no es eso? Se trata del juego "Encuentra al escritor" del que nos habló en su carta.

Quien había hablado era Farzand Singh, que ocupaba, en compañía de sus esposas, las últimas tres mesas de la parte derecha del comedor.

—Así es —dijo el dramaturgo—. Pero, antes de iniciar nuestro juego con las presentaciones, debo pedir a los acompañantes que abandonen el comedor.

—Pero… —comenzó a decir una de las esposas del maharajá, la que vestía a la manera occidental con un vestido blanco de flecos.

—Mis disculpas, señora, pero es un juego solo para artistas de las letras.

—Yo soy bailarina. Soy una artista.

—Pero no de las letras. Perdone, pero me temo que debo insistir y ser algo restrictivo en este asunto.

Agatha se puso en pie.

—A mí me gustaría que mi amigo Héracles Polrot estuviera presente.

Héracles comprendió al instante que no quería dejarle solo justo después de afirmar que estaba en peligro de muerte. Iba a decir algo al respecto, pero no fue capaz. Era su amiga y su preocupación genuina. Eso le halagó.

—¿Su amigo es escritor, señora Christie? —dijo Windleshaw.

—No… —Agatha comenzó a inventar una excusa. Se le ocurrió una estupenda—: No es un escritor, es algo aún más importante para un hombre de letras. Es un personaje. Y además el protagonista.

Aquello interesó al dramaturgo, que enarcó una ceja.

—Explíquese.

—Mi amigo Héracles Polrot es quien me inspiró para crear al detective Hércules Poirot, el protagonista de la mayor parte de mis obras.

Entre los presentes se elevó un murmullo. Todos habían oído hablar de Poirot. La mayoría también había leído sus aventuras.

—Nos conocimos durante la Gran Guerra, cuando se exilió a Inglaterra huyendo de la invasión de Bélgica por las tropas alemanas —añadió Agatha—. Recientemente nos hemos reencontrado y decidimos hacer este viaje juntos.

El dramaturgo asintió.

—Es algo tan fuera de lo común que creo que consentiré en su petición.

—En ese caso me gustaría que también se quedase mi sexta esposa —dijo Farzand Singh—. Ella es la personificación de Daria-ul-ain (El Ojo del Mar), la mujer misteriosa de mis poemas. Estoy aquí por mis escritos en prosa poética, ¿no es así?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo entonces Charles Windleshaw mostrando las palmas de sus manos en señal de capitulación—. Se pueden quedar todos los artistas de las letras y sus musas o inspiradores de personajes. Pero, por favor, nadie más. Debo presentar a los participantes en este juego y no quiero más interrupciones.

Aquello dejaba fuera a las otras cinco esposas del maharajá, que se alzaron, visiblemente enfadadas. Intercambiaron unas cuantas frases con Farzand Singh en su lengua. Una de ellas señaló a la sexta esposa y soltó un grito antes de abandonar el salón comedor. Las otras esposas momentáneamente desterradas la siguieron. Entonces sucedió algo extraño: la última de ellas se quedó mirando a una mujer anciana que ocupaba la primera de las mesas de la izquierda del salón. Su rostro reflejaba un desprecio y repugnancia infinitas. Por un momento pareció que se iba a abalanzar sobre ella. Pero al final siguió al resto de sus compañeras.

Poco después, a petición de Windleshaw, se marcharon todos los camareros menos uno, cuya misión era atender las necesidades de los clientes durante la reunión.

—Bien. Muy bien —El dramaturgo parecía satisfecho—. Como he dicho, es el momento de las presentaciones. Cuando todos conozcamos quiénes somos y la mecánica del juego, comenzará el espectáculo.

—¡Qué emocionante! —dijo una mujer, al fondo, con fuerte acento australiano. Era precisamente la anciana a la que se había quedado mirando una de las maharanís.

—Sí, emocionante —repuso Windleshaw—. Esa es la palabra exacta.

Y exhibió una enorme sonrisa.

CAPÍTULO 3:

DÍA 1. LOS PARTICIPANTES

—En primer lugar les presento a Juliet Bell, la dama que acaba de intervenir hace un momento —dijo Windleshaw.

—Ah, la reina del crimen australiana —dijo Agatha en voz baja —. He oído hablar mucho de ella. Dicen que tiene talento pero…

—¿Pero no tanto como tú, *mon amie*?

—Vamos, Héracles, sabes que no iba a decir nada de eso.

—Entonces, ¿qué ibas a decir?

Agatha calló tras lanzar un gruñido. Juliet Bell se había alzado de su asiento. Era una mujer mayor, de unos setenta años. Sus largos cabellos blancos caían en cascada sobre sus hombros. Llevaba los labios muy pintados y usaba mucho maquillaje para ocultar sus arrugas.

—Ahora les presentaré a Farzand Singh —prosiguió Windleshaw—, un maharajá de la India y un famoso poeta y pensador.

El príncipe asintió desde su mesa. No se levantó. Parecía algo embarazado con la breve enumeración de sus logros.

—Si me permite —dijo—, presentaré a mi esposa.

—Por supuesto.

Farzand Singh se incorporó por fin y tomó de la mano a la joven.

—Esta preciosa mujer para mí es Daria, aunque su nombre de nacimiento es Ana Carrasco, bailarina española y musa de mi obra, como antes he explicado.

Ana era una mujer muy bella, de formas rotundas y sinuosas.

—La vi bailar en Madrid hace unos años —intervino Juliet Bell —. Fue la primera vez que vine a Europa. El Baile de las Camelias, si no me equivoco.

—Recuerda usted bien —dijo Ana—. Ese fue uno de mis espectáculos más celebrados.

Charles Windleshaw pasó de largo de las mesas de Farzand Singh, que ahora ocupaba solo una de ellas en compañía de su sexta esposa.

—Ya tendremos tiempo de conversar entre nosotros. Todo el tiempo del mundo. Me gustaría proseguir presentándoles a Christian

Janis, un joven autor muy prometedor.

—He oído hablar de él —terció Agatha, de nuevo en voz baja —. En Polonia ha triunfado con su primera obra y está a punto de editarse la traducción en el Reino Unido.

Janis (un joven bajito de rostro anodino, pelo encrespado y gafas) no dijo nada. Ni siquiera miró al anfitrión. Dio una chupada a su pipa y lanzó una espiral de humo que se precipitó hacia el rostro de Juliet Bell. La anciana se puso a toser.

—Si es tan amable, me gustaría que tuviese más cuidado — dijo—. No soporto el humo.

—Yo soporto muy pocas cosas, señora mía —repuso Janis—. Detesto a la gente vieja, las bocas desdentadas y la estupidez en general. Y me aguanto.

Juliet Bell le miró con desprecio. Pero no fue ella quien respondió al joven.

—Es usted un maleducado —dijo Polrot.

—Vaya, qué penetración psicológica. Debería dedicarse a la literatura o, mejor, a la psicología.

—*Je suis détective.*

—Así ya se entiende. Un observador del alma humana como su trasunto, Hércules Poirot.

Janis dio otra calada a su pipa pero esta vez expulsó el humo hacia la ventana.

—¿Mejor? —preguntó.

—Muchísimo mejor —terció Windleshaw—. No discutamos por naderías. El juego ni siquiera ha comenzado. Además, hemos venido aquí a pasar un buen rato, ¿no es verdad?

Aguardó a que alguien asintiese ante su aserto, pero el ambiente se había caldeado un poco. El dramaturgo carraspeó y dijo:

—Querría continuar presentándoles al siguiente de los participantes en mi juego de “Encuentra al escritor”. Se trata de Matías Klink, un autor muy conocido en los Países Bajos.

Polrot se volvió para mirarlo. Descubrió que era más joven de lo que imaginaba. Bordearía los cincuenta años. Había publicado diversas obras, algunas de ellas éxitos de ventas no solo en Holanda

sino también en Bélgica. El detective tuvo en su día, antes de la guerra, varios libros suyos. No llegó a leerlos todos, pero recordaba un par de obras realmente notables. Por desgracia, perdió los volúmenes en el traslado de sus bienes y su familia a las costas inglesas.

—Un placer formar parte de este maravilloso grupo —dijo Klink con voz monótona.

—Igualmente —repuso Windleshaw, que avanzó desde el centro de la estancia hasta donde se hallaban Agatha y Héracles.

—Creo que es mi turno —dijo la escritora.

—Así es —repuso el dramaturgo—. Porque, para acabar, quiero presentarles a *la pièce de résistance*, el plato principal de esta velada, como diría el mismísimo Poirot, de alguna forma también presente. Hablo de una de las escritoras que más libros venden en mi país, la mismísima Agatha Christie.

Algunos de los asistentes aplaudieron: ¿Juliet Bell? ¿Farzand Singh? Polrot no supo si alguien más, porque le tapaba la visión la cercanía del dramaturgo.

—Gracias —dijo sencillamente Agatha.

—Voy a confesarles algo antes de comenzar nuestro juego —dijo entonces Windleshaw—. Al principio, cuando diseñé este viaje, pensé que me costaría encontrar a los jugadores que necesitaba. Pero he tenido mucha suerte, muchísima suerte, me atrevería a decir. Y les agradezco a todos que hayan venido.

—Los escritores pasamos días, semanas y hasta meses encerrados —explicó Juliet Bell—. Por eso, cuando terminamos nuestras novelas, es fácil convencernos para ir a reuniones, presentaciones, ferias y eventos. Necesitamos salir de casa, olvidar la máquina de escribir y vivir un poco.

—Yo odio las presentaciones —reconoció espontáneamente Agatha—. Y este tipo de reuniones tampoco son normalmente de mi agrado. Pero estoy pasando por un momento de mi vida en que necesitaba cambios, retos… evolucionar, en suma. Por eso acepté el ofrecimiento del señor Windleshaw.

—Entonces mi suerte aún ha sido mayor —dijo el dramaturgo, alzando el brazo derecho y mostrando un grueso fajo de tarjetas.

—¿Eso es ya parte del juego? —dijo Farzand Singh.

—Así es, amigo. Aquí está escrito…

Charles Windleshaw no pudo decir nada más. Soltó un grito y salió proyectado hacia adelante. El tren había frenado de golpe y se había escuchado un estruendo.

—¿Qué ha sucedido? —dijo el dramaturgo, levantándose del suelo con la ayuda de Polrot.

—Me temo que hemos tenido un pequeño accidente —dijo Agatha, asomándose a la ventana—. Un alud, una pequeña avalancha proveniente de las montañas, ha impactado contra el tren. Y parece que la locomotora se ha incrustado de lleno en otro desprendimiento de nieve que ha bloqueado las vías.

El resto de pasajeros se asomaron por las diferentes ventanas del comedor.

—Estamos bloqueados —dijo Farzand Singh.

La ventisca comenzó a aullar, el viento golpeando y zarandeando el Orient Express, el hielo y el granizo tamborileando en el techo. Y Polrot tuvo de nuevo la misma sensación que cuando se encontró solo enfrentando al enemigo en la Gran Guerra. Supo que algo terrible estaba a punto de suceder.

Y que la muerte rondaba.

Y que él era una de sus presas. Tal vez todos los presentes.

CAPÍTULO 4:

DÍA 1. UN ACCIDENTE Y UN JUEGO MACABRO

Tras una ausencia de varios minutos, Charles Windleshaw regresó al salón comedor. Su gesto era de indecisión, tal vez incluso de contrariedad. Todos se dieron cuenta de que parecía agotado, ojeroso, como si no hubiese dormido bien en varios días. Al cabo de un momento se rehízo, estiró su chaleco y dijo:

—He hablado con el *chef de train* y me ha dicho que la cosa va para largo. Sus hombres están trabajando en posibilidad de despejar la vía. Pero han constatado que hay zonas donde la nieve alcanza los cinco metros. Estaremos encallados aquí varias horas, tal vez, Dios no lo quiera, un día.

Hubo murmullos de desaprobación. El camarero rebajó un poco la tensión sirviendo coñac y otros licores, que fueron engullidos rápidamente. Pese al accidente, estaban todos de buen humor. El peligro, sobre todo cuando no es excesivo, estimula las mentes y los corazones. Después del accidente se sentían todos algo más vivos.

—Por desgracia, prosiguió Windleshaw, la primera fase de nuestro juego debe precipitarse. He sido informado de que en menos de una hora tendrán que desalojarnos. Hay mucho trabajo que hacer fuera pero también dentro y los empleados necesitan poder moverse libremente por este vagón y por todo el tren para acometer las labores de limpieza.

Todos asintieron, comprensivos. Pero pronto olvidaron aquel nuevo contratiempo. Otra ronda de licores encendió definitivamente el ánimo de los presentes. Fue entonces cuando el dramaturgo decidió que era el momento de comenzar a jugar. Y resultó ser un juego terrible y macabro.

En primer lugar pidió al camarero que les dejase a solas por un momento.

—Por supuesto —dijo el camarero.

Windleshaw miró la chapa de metal que aparecía en la solapa del uniforme marrón de su interlocutor. Leyó su nombre.

—Otra cosa, Chartres.

—Dígame.

—No queremos interrupciones. No entre de nuevo a menos que le llamemos o que así se lo ordene el *chef de train*.

Chartres inclinó la cabeza y abandonó la estancia. Windleshaw, satisfecho, caminó hacia el centro de un ficticio escenario.

—Estas son las reglas del juego —dijo hinchando el pecho y exhalando violentamente—. Sobre esta mesa colocaré varias tarjetas: cada una corresponde a uno de los autores presentes. Ustedes deberán hallar al autor que se esconde tras ellas.

—Parece fácil —dijo Farzand Singh.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Windleshaw.

El dramaturgo había colocado una mesa en el centro de la estancia. Con gesto trágico y, sin duda, teatral, sacó la primera tarjeta. Estaba mecanografiada, el papel tenía un color rosa claro, muy elegante.

—Paso a leer la primera tarjeta —dijo, moviendo el papel en derredor para que todos pudiesen verlo—. Y cito: El primero es el autor (o autora) envidioso. Se siente un fracasado, un don nadie, y busca la inmortalidad a cualquier precio. Incluso una muerte es poca cosa para esa persona.

Se hizo el silencio. Un silencio denso, extraño. Windleshaw entregó la tarjeta a Juliet Bell y esta fue pasando de mesa en mesa. Todos la leyeron, aún en silencio.

El primero es un autor (o autora) envidioso. Se siente un fracasado, un don nadie, y busca la inmortalidad a cualquier precio. Incluso una muerte es poca cosa para esa persona.

—Supongo que es una broma —dijo Farzand Singh.

—No, ninguna broma —le aseguró Windleshaw—. Si me permite, leo la segunda tarjeta. Tal vez eso le aclare las cosas.

El dramaturgo se aclaró la garganta, alzó otra tarjeta y dijo:

—El segundo es un autor (o autora) que indujo al asesinato. Esta persona presionó a su cónyuge hasta llevarlo al suicidio. Y quedó impune.

Agatha se levantó de su asiento:

—Esto no es un juego. ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué pretende?

Windleshaw simuló sorpresa ante la afirmación de la escritora.

—No pretendo nada. Solo que participen en esta actividad y descubramos qué escritor se encuentra tras cada tarjeta.

—Pues yo me marcho. No quiero jugar más —dijo Agatha.

—Piense, señora mía, que aquel que abandone el juego será denunciado a la policía. De inmediato.

—Yo no tengo nada que ocultar. Así que…

Agatha dio un paso al frente. Pero Polrot se levantó también y la tomó del brazo.

—Ahora soy yo el que le pide, *mon amie*, que se quede. De pronto, este juego de "Encuentra al escritor" se ha vuelto interesante. *Ah oui, j'ai trouvé ça très intéressant.*

Windleshaw miró en derredor, a cada escritor a los ojos, uno por uno.

—¿Alguien quiere irse y que yo presente una denuncia ante el *chef de train*? Este es el momento. Aún estamos en territorio turco, creo, aunque puede ser que nos hallemos ya en Bulgaria. ¿Alguien quiere probar suerte con las autoridades de uno u otro país?

Pero nadie dijo nada ni hizo ademán de levantarse. Polrot contempló el rostro de todos ellos. Una máscara de indignación contorsionaba el gesto de la mayoría; un gesto que fue cediendo poco a poco ante una nueva emoción: el miedo. Pero Janis estaba tranquilo, casi divertido, mientras lanzaba volutas de humo de raras formas. Ana Carrasco, por último, miraba a su esposo el maharajá.

—Así pues, prosigo.

El dramaturgo entregó la nueva tarjeta, que todos leyeron antes de devolvérsela.

El segundo es un autor (o autora) que indujo al asesinato. Esta persona presionó a su cónyuge hasta llevarlo al suicidio. Y quedó impune.

Entonces leyó la tercera tarjeta y la pasó de nuevo a Juliet Bell.

El tercer autor (o autora) es un parricida. Mató a su madre a corta edad y pasó un tiempo en un correccional. Al salir, esa persona inició una carrera como escritor, pero su verdadera pasión es el robo de joyas. Así pues, aquí tenemos dos criminales en uno, un asesino y un ladrón.

Windleshaw parecía especialmente feliz cuando mostró la siguiente tarjeta:

El cuarto es un autor (o autora) que se vale de sus asesinatos para escribir. No puede crear a menos que cometa un

crimen y base en él sus escritos. Hasta ahora, también ha quedado impune.

En el salón comedor había un ambiente irrespirable. Polrot se dio cuenta de que en cualquier momento podía estallar una pelea. O algo peor. Algunos de los presentes tenían problemas para controlarse. Todos menos Christian Janis, el autor polaco, que parecía cada vez más animado, como si fuese partícipe de una broma privada que solo él entendía.

—Ya solo quedan dos tarjetas, amigos míos. Pronto comenzará el juego y podremos comenzar a adivinar quién es cada uno —dijo Windleshaw—. Pero antes…

Una nueva tarjeta fue leída en voz alta y pasada de mano en mano.

El quinto, más que un autor (o autora), es un plagiador (o plagiadora). Porque a esta persona no le vale con la fama alcanzada, tiene que copiar la obra de otros. Tal vez no nos hallemos ante un asesino esta vez, pero para unos artistas como nosotros, su crimen no es menos deleznable.

Poco después, el dramaturgo finalizó la infame ronda de lectura con una última tarjeta.

El sexto también mató a su cónyuge, como nuestro autor número dos, pero lo hizo en persona, con sus propias manos. Abrió su cabeza con una barra de hierro y luego lo enterró en el patio de su propia casa. Otro asesino que quedó impune. Al menos por un tiempo.

Terminada la lectura, Richard Windleshaw se frotó las manos, satisfecho. Luego colocó con cuidado las tarjetas, en perfecto orden, unas al lado de las otras. Cuando formó un rectángulo perfecto dijo:

—Y ahora, ¿quién quiere comenzar a jugar?

CAPÍTULO 5:

DÍA 1. NO HAY TIEMPO PARA JUEGOS

—*Pardon, monsieur.*

Polrot fue el primero en hablar. Al contrario que el resto, su rostro no mostraba emoción alguna, tal vez un poco de curiosidad.

—Dígame —repuso Windleshaw.

—Mi pregunta es bien simple, *monsieur*. ¿Qué es lo que pretende?

—Jugar, solamente.

—*Mais non*, esto no es un juego.

—Eso es lo que usted cree.

Christian Janis fue el siguiente en tomar la palabra.

—Naturalmente que no es un juego —expuso—. Un juego debe tener unas reglas, un objetivo, un ganador, un perdedor. Aquí no hay nada de todo eso. Pongamos como ejemplo que yo fuese el marido que asesinó a su esposa con una barra de hierro.

—No he dicho que el culpable de ese crimen fuese un varón —terció Windleshaw—. He puesto sumo cuidado en no explicitar el sexo de los culpables. Podría ser una mujer que mató a su marido.

—De cualquier forma, siguiendo con el ejemplo, digamos que yo maté a mi esposa. Solo como hipótesis. Yo no quiero que eso se sepa así que me esfuerzo en hallar… digamos que al plagiador.

—El número cinco —dijo el dramaturgo.

—Eso. Digamos que hallo al número cinco y lo desenmascaro. ¿He ganado el juego? ¿Mi premio es que no se sepa cuál de las otras tarjetas habla, supuestamente, de mí?

Windleshaw negó con la cabeza.

—Nadie se librará de ser desenmascarado a menos que sea inocente. Aunque nadie juegue, aunque todos se marchen, yo desenmascararé a todos los culpables, uno por uno.

—*¡Précisément!* —dijo entonces Poirot—. Esta reunión no tiene sentido. Por eso he preguntado antes qué es lo que pretende.

Janis asintió y dijo:

—O, lo que es lo mismo, ¿cuál es el objetivo real del juego?

Un dramaturgo de grandes ínfulas e imaginario renombre se

acarició la perilla.

—¿Quieren saber el porqué de todo esto?

—Sí, por favor —dijo Juliet Bell.

Windleshaw tomó asiento en una silla, en la última mesa del salón comedor. De pronto, parecía muy cansado.

—Voy a hacerles una confesión. Les odio. A todos y cada uno de ustedes, malditos autores de éxito. Toda mi vida he luchado por tener lectores, reconocimiento real, no el maldito premio de los Amigos del Arte de la asociación de autores del sur de Devon. ¿Saben quiénes formamos esa asociación? Doce autores desafortunados que cada año nos damos premios a nosotros mismos.

Los labios del dramaturgo temblaban.

—Pero ustedes, oh, ustedes lo tienen todo. ¡Lectores! Ya lo he dicho antes. Eso es lo que cuenta. No el dinero ni los reconocimientos. ¡Ustedes tienen lectores! Nadie fuera de mi asociación, y de miembros de asociaciones afines, ha leído mis obras. Yo hago ver que no lo sé, que soy alguien, que mi vida no ha sido en vano. Pero sé la verdad, siempre la he sabido.

«Pese a todo, siempre me he mantenido en el margen correcto de la ley. He seguido las normas. He sido un buen hombre y un buen ciudadano. Cuando me diagnosticaron cáncer no pude engañarme por más tiempo. No era un autor real, era un engaño. Según el doctor, iba a morir en unos meses, antes de cumplir los cincuenta y cinco años. Una vez más, fui un buen ciudadano, respetuoso de las leyes, y me fui a casa a leer, a escribir un poco más aunque nadie me lea… y luego, bueno, ya saben, me alcanzaría la muerte. Fin.

Windleshaw tomó un sorbo de su copa.

—Entonces, ocioso, viendo discurrir la poca vida que me quedaba, me pregunté sobre la naturaleza de la fama. ¿Qué secreta virtud tenían ustedes, los autores de éxito? Disponía de mucho tiempo y no me falta el dinero. Así que decidí estudiar a aquellos que están ahora de moda. Contraté investigadores y obtuve un relato fehaciente de las vidas de más de cincuenta… pero ahora citaré a la señora Christie en el Reino Unido, la señorita Bell en Australia, y algunos europeos como Christian Janis o Matías Klink, aparte de algunos pensadores y poetas orientales como Farzand Singh. En muchos casos me encontré con escritores que vivían unas vidas normales, trabajaban duramente y eran merecedores de sus logros. Pero estos que acabo de citar, es decir, ustedes, queridos amigos, resultaron ser

personas terribles: estafadores, ladrones y asesinos.

«Eso me enervó. ¿No tenían bastante con la fama y los lectores? ¿No les bastaba el favor del público? ¿Cómo era posible que Dios Todopoderoso regara con dones tal elevados a seres de semejante catadura? No lo entendía pero, según avanzaba mi enfermedad, mi ira y cierta necesidad de hacer lo correcto, por qué negarlo, me indujeron a trazar un plan. Podemos llamarle juego, pero si en verdad lo es yo soy el único jugador. Les busqué, les invité, les traje hasta aquí y pretendo que paguen por sus crímenes. "Encuentra al escritor" es el nombre de mi venganza, contra el mundo y contra ustedes. ¿Querían saber las reglas? Son muy simples. Al que huya, lo denunciaré al *chef de train*. El que se quede podrá, si quiere, convencerme de su inocencia, rebatir mis pruebas. Si, llegados a Calais, no me ha convencido, lo denunciaré a las autoridades francesas. Si me convence… quedará libre. Aunque dudo mucho que eso suceda.

Se hizo de nuevo el silencio, pero esta vez fue muy breve.

—*Mensonges*. Todo lo que dicho son *mensonges,* mentiras —dijo Polrot.

—¿Cómo se atreve?

El detective se levantó y encaró al dramaturgo.

—No pongo en duda que parte de lo que dice es cierto. Su enfermedad, *par exemple*. He visto que a veces se muerde los labios para disimular el dolor, que está demacrado y que ha perdido mucho peso en los últimos meses. ¿Cáncer de huesos? El tipo de cáncer es lo de menos. No me lo diga. *Peu importe*. Lo que sí importa es que esa es la única parte de su historia que me creo. Porque no me parece usted un hombre que se siente en su mansión a esperar la muerte. Usted trazó este plan desde un inicio, no al descubrir los crímenes, reales o imaginados, de sus víctimas. Y digo imaginados porque conozco a la señora Christie y sé que ella no ha hecho nada de lo que figura en sus estúpidas tarjetas.

—Es su amiga, así que es natural que la defienda.

—Yo defiendo la lógica y la verdad. Y por eso sé que su plan es anterior a descubrir esos supuestos crímenes. ¿Qué es lo que busca? No lo sé. ¿Por qué toda esta pantomima de juegos y tarjetas? ¿Por qué un lugar tan *séduisant*, como decirlo, tan glamuroso, *c'est ça*, tan seductor como el Orient Express? Y, sobre todo, ¿por qué no denunciar a esos criminales de los que habla en lugar de reunirlos y

montar esta farsa?

—Tal vez sea la farsa final, la última representación de un hombre que se muere. ¿No ha pensado en eso, señor Polrot?

El detective sacó un cigarrillo de una diminuta pitillera y lo encendió.

—Llevo un rato pensando en muchas cosas. *J'ai réfléchi à tant de choses... croyez-moi.* Lo único que sé es que, partiendo de algo cierto, su enfermedad, se ha inventado todo lo demás. Y no pararé hasta saber cuál es su verdadero propósito. Así que se lo pregunto una vez más. ¿Qué es lo que pretende?

Charles Windleshaw miró a Polrot a los ojos.

—Lo que quiero, lo que pretendo, es hacer justicia.

Y el detective se dio cuenta de que, en ese momento, no estaba mintiendo. Pero no pudo sonsacarle nada más porque allí acabó la conversación.

—Lamento comunicarles que necesitamos ya el salón comedor —dijo el *chef de train*, tras abrir la puerta del vagón—. Disculpen las molestias.

—Faltaría más, Guillaume —dijo el dramaturgo incorporándose —. Ha sido usted muy amable al permitir nuestra reunión, máxime en estas circunstancias. Le estamos muy agradecidos.

—Además, ya nos íbamos —dijo Polrot, colocándose su fedora blanca y haciendo un gesto a Agatha.

La escritora le cogió del brazo y abandonaron la estancia. Poco después lo hicieron el resto de autores: Farzand Singh, con el semblante serio, al lado de su esposa, la bailarina española, que no paraba de hablarle al oído. Matías Klink, que no había dicho una palabra en la reunión, se miraba los zapatos, rehuyendo enfrentarse a la mirada de nadie. Christian Janis sonreía de oreja a oreja, mientras se guardaba su pipa, ya apagada, en un bolsillo. Juliet Bell caminaba arrastrando los pies, abstraída en alguna cosa.

Solo Windleshaw se quedó en el salón comedor, tomando una copa de coñac tras otra. Ya estaba borracho cuando comenzó a hablar solo, farfullando frases inconexas, a ratos riendo:

—En efecto, señores míos, queridos compañeros de profesión… pretendo hacer justicia —murmuró entre dientes—. Y pronto la voy a encontrar.

CAPÍTULO 6:

DÍA 1. EL PLAGIO

—¿Cómo sabías que Windleshaw ha perdido peso?

Polrot y Agatha estaban mirando por una de las ventanas hacia el exterior. El tren se hallaba parado cerca de la ciudad de Çerkezköy, en Tracia, aún en la región turca de Mármara. La nieve alcanzaba una altura increíble: se elevaba muy por encima de sus cabezas en varios vagones. Había dejado de granizar y parte del personal intentaba buscar una salida en aquella tumba de hielo. Pero era imposible. Estaban bloqueados.

—*Ah, ça. Très simple.* Nuestro amigo usa pantalones de tiro bajo. No deben gustarle los tirantes. Por tanto, debe valerse de un cinturón para sujetar la prenda. Y observé que los agujeros anteriores estaban muy gastados mientras que los que ahora usa apenas lo están, ya que cada pocas semanas ha tenido que desplazar la punta de latón para acomodarse a su nuevo peso. Mucho me temo que Windleshaw, antes de su enfermedad, era un hombre obeso. Lo demás ha sido aún más sencillo: su aspecto demacrado, los ocasionales gestos de dolor. Cáncer u otra enfermedad similar, una enfermedad que avanza rápido.

Agatha siempre se sorprendía de aquellos pequeños atisbos de la genialidad de su amigo. Aplaudió casi sin darse cuenta y le cogió de nuevo del brazo. Juntos penetraron en el vagón Constantinopla-Calais, donde residían los escritores. Cuando llegaron al compartimiento de Agatha ella le hizo un gesto:

—Ven, Héracles. Hay algo de lo que quiero hablarte en privado.

El detective obedeció y cerró la puerta tras él. Agatha tomó asiento en el lecho y Polrot se quedó de pie, mirándola, observando el nerviosismo que hasta ahora su amiga había disimulado y que ahora comenzaba a hacerse visible.

—Yo soy la plagiadora.

—*Mon Dieu!*

Al ver el rostro consternado del detective, Agatha se apresuró a añadir:

—No, no me he expresado bien. No digo que yo sea culpable de plagio sino que creo que soy la plagiadora a la que se refieren las tarjetas del juego de ese hombre terrible. Soy inocente, por supuesto.

Polrot se quitó el sombrero y lo colgó del tirador de la puerta.

—Explícate.

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo. *J'ai tout le temps du monde*. Casualmente estoy bloqueado en medio de ninguna parte en el Simplon Orient Express.

Rieron. Aquello tranquilizó un poco a Agatha, que tras un suspiro, dijo:

—La infidelidad de mi marido y luego la separación, trastocaron mi mundo. Y lo que escribo es también parte de ese mundo. La última vez que nos vimos estaba escribiendo, si recuerdas, "El Misterio del Tren Azul". Lo hice por obligación y acabé cansada, frustrada. Odio ese maldito libro.

«El caso es que cuando firmé los papeles del divorcio necesitaba otra cosa. Salirme de los casos de Hércules Poirot que demandan mis lectores; en una palabra, evolucionar. Volví a escribir cuentos para revistas, cosas pequeñas, menores. Entonces recordé una novela que publiqué al principio de mi carrera, "El secreto de Chimneys". Lo pasé muy bien escribiéndola. Es un thriller, algo directo y entretenido, sin tanta planificación como las novelas de misterio que siempre hago, con tantos giros inesperados y cosas que deben sorprender al lector y encajar al final cuando se resuelve el caso. Así que decidí hacer una continuación: "El Misterio de las Siete Esferas". Ya se la he entregado a mi editor.

—Pero eso no es un plagio, *mon amie*.

—No. Ya lo sé. No he terminado de explicarme.

Agatha se miró las manos, como si en las líneas y surcos que se dibujaban pudiera leer el pasado y así sumergirse mejor en su relato.

—Entonces sucedió que decidí evolucionar aún más. Y quise escribir una novela que no fuera de Agatha Christie. Y nació un pseudónimo: Mary Westmacott.

—¿Ahora eres también Mary Westmacott?

—Sí. Y no solo eso. He escrito ya su primera novela, "Un amor sin nombre". Necesitaba hacer una novela sobre mis sentimientos, sobre la persona que soy ahora, más vital e independiente, y volcar todas esas emociones en un nuevo libro. Quería hablar de la añoranza por mi madre recién fallecida y el hogar familiar, que necesita tantas reformas; quería que mi personaje protagonista se enfrentase a sus miedos y los superase, como yo he hecho con los

míos.

—Y esta nueva obra se parece a otra y Windleshaw la considera un plagio.

—No. Es una obra original. Ya te he dicho que la explicación es larga y nada sencilla. Esta nueva novela ya está escrita, la he traído conmigo y la he estado corrigiendo durante el viaje. Espero entregarla al editor este próximo mes de enero.

Polrot no era muy amigo de los misterios que no hilvanaba él mismo. Además, la literatura (al menos el proceso intelectual de los escritores) no le interesaba demasiado. Así que juntó los dedos de ambas manos y los puso bajo su mentón. Y quedó a la espera de que el misterio se resolviese.

—El problema surge de la novela que estoy escribiendo actualmente —confesó por fin Agatha—.

—*Aha*, por fin avanzamos. Cuéntame más, *mon amie.*

—Se llama "Matrimonio de Sabuesos" y también es una continuación de una obra anterior. Por eso te he mencionado las obras que la precedieron, para que tuvieses una visión general de lo que te estoy explicando. El caso es que cuando terminé con la primera obra de mi nuevo pseudónimo, seguía sin querer hilvanar uno de esos complicados misterios detectivescos que me han hecho famosa. Y recordé "El Adversario Secreto", una de mis primeras obras, protagonizada por un personaje curioso, el misterioso señor Brown, y por dos jóvenes que se parecen mucho a mí misma y a mi exmarido cuando aún estábamos enamorados: Tommy y Tuppence.

«Necesitaba y aún necesito bucear en mi fracaso matrimonial, en todo lo que tuvo de bueno y de malo. Así que cogí una serie de cuentos que había escrito en la época en que aún éramos felices, protagonizados por estos dos personajes. Los compilé, los cambié de orden y escribí un último relato. También me he llevado a este viaje una copia para corregirla en mis ratos libres.

—Y esta obra, "Matrimonio de Sabuesos", es la que Windleshaw considera un plagio. *J'ai raison?*

—Sí.

—*Enfin! Magnifique!* Me estaba cansando de equivocarme de libro.

Agatha sonrió con desgana.

—El caso es que Windleshaw no debería considerarlo un plagio. Hablamos de un buen número de cuentos y, salvo el último, que acabo de escribir y es por tanto inédito, el resto ya fueron publicados hace tres o cuatro años en el magazine Sketch. Y los autores que homenajeo, al menos los que están vivos, me felicitaron. Lo consideraron un honor.

El gesto de extrañeza de Polrot le obligó a añadir:

—Cada cuento es un homenaje a las novelas o personajes de otros colegas de profesión. A veces es el tema que utilizo, la trama, la forma de escribir, o un personaje que cito como referencia: cada cuento recuerda y homenajea a autores como Conan Doyle y su Sherlock Holmes, Chesterton o Edgar Wallace, entre otros. Hasta me parodio a mí misma y a mi Hércules Poirot.

—Pero un homenaje no es un plagio, *n'est-ce pas?*

—Por supuesto que no. Cualquiera podrá en un futuro escribir novelas homenajeando mi obra o mi persona o algunos de mis personajes, siempre que no sean exactamente los mismos. Hasta alguien podría escribir una novela que protagonizase una tal Agatha Christie y el hombre que le inspiró a crear el personaje de Poirot. ¿No sería estupendo?

—De ninguna manera. Sería terrible. Yo no quiero salir en novela alguna —repuso Polrot, muy serio.

Agatha carraspeó.

—De cualquier forma, todos los autores hacemos homenajes, a veces hasta inconscientes, a aquellos escritores que amamos de niños.

—Ya veo. Y estos cuentos de los que hablas son de dominio público, *non?*

—El magazine Sketch lo lee todo el mundo.

—*Par conséquent,* Windleshaw sabe que tú no eres realmente una plagiadora.

—Así lo veo yo.

—Y aun así te acusa *faussement.*

—Eso parece: una falsa acusación. Aunque no entiendo por qué lo hace.

El detective asintió con vehemencia.

—Creo que acabas de dar con una pista decisiva, *mon amie*.

—¿Sí?

—Si tu participación en el juego es un engaño entonces también las otras acusaciones pueden ser falsas o exageraciones. Y sin embargo…

Polrot se quedó pensativo. Al cabo de un instante dijo:

—Y sin embargo, cuando Windleshaw invitó a los presentes a marcharse, a abandonar el juego si no tenían problema en que acudiese a la policía, sucedió algo curioso. *Oui, très curieux.*

—Que salvo yo nadie hizo el menor ademán de abandonar el comedor.

—*C'est exact*. De cualquier forma, debo reflexionar sobre este asunto. Demasiadas incógnitas. ¿Qué busca Windleshaw con todo esto?, ¿por qué implicarte si eres inocente?, ¿y qué busca de los otros, sean inocentes o culpables? Con tu permiso, me retiro a mi compartimiento.

—Por supuesto. ¿Nos vemos para cenar?

—¿A las seis?

—Buena hora, Héracles.

Cuando su amigo se marchó, Agatha sintió que se había quitado un peso de encima. Todo autor se siente angustiado ante una acusación de plagio. Pero ella, particularmente, siempre había sido muy cuidadosa. Todos sus escritos eran intachables. Y le dolía que alguien lo pusiera en duda, fuese o no parte de un juego, fuese o no con el objeto de inculparla. Porque pensaba que el acto en sí, la mera acusación, era algo vergonzoso, indigno de un “dramaturgo de renombre”, como pomposamente se hacía llamar Windleshaw.

—Ojalá se muera, señor Charles Windleshaw —dijo en voz alta.

Y se tapó la boca de inmediato. Palabras como aquellas nunca debían ser pronunciadas. Ni siquiera a solas. Era la típica frase que soltaba un sospechoso en un libro de misterio, alguien la oía de casualidad y… bueno, el final era evidente: el pobre desgraciado acababa en la horca.

CAPÍTULO 7:

DÍA 1. NO HAY PLAGIADOR

Polrot salió al pasillo. Casi se da de bruces con el mismísimo Charles Windleshaw, que estaba entrando en su cubículo en ese preciso instante. Se movía con dificultad, algo embriagado.

—Demasiado coñac —dijo como pidiendo disculpas por golpearse dos veces con la puerta.

El detective lo cogió del brazo y le ayudó a traspasar el umbral.

—Gracias, Polrot.

—¿Podría hacerle una pregunta, *monsieur*?

—¿No me hizo ya bastantes?

—Una más no le hará daño.

—Pocas cosas pueden hacerme daño ya. Así que dígame.

Héracles miró hacia el pasillo. No había nadie a la vista aparte del encargado del coche cama, sentado en su silla, cuidando como siempre de la seguridad del pasaje.

—¿Es Agatha a quien acusa de plagio? —inquirió el detective.

—Entiendo por sus palabras que quiere jugar a “Encuentra al escritor”.

—Ambos sabemos que no hay juego alguno. *C'est un fait.*

Windleshaw apoyó una mano sobre una pared, para no caerse.

—Tal vez no. Tal vez sí. Tal vez el juego es otro que no puede verse —repuso enigmático—. Sea como fuere, Agatha es el autor número 5, el plagiador, sí.

—Pero eso es falso, *monsieur*. Los cuentos de su nueva novela son homenajes a otros compañeros de profesión y todos saben hace años que esas narraciones existen. No ha habido quejas ni puede haberlas.

Polrot desgranó lo mejor que pudo las explicaciones que había recibido de Agatha. Insistió en que “Matrimonio de Sabuesos” era una colección de cuentos legítima y que nadie podía ponerlo en duda. Cuando acabó su exposición, Windleshaw sacó sus tarjetas y entregó la número 5 a Polrot.

—Désela a la señora Christie con mis disculpas. O quémela. Haga lo que quiera.

El detective miró la tarjeta. La metió en uno de sus bolsillos.

—*Je me demandais,* ¿he ganado el juego? ¿El objetivo del juego es que cada autor pruebe que sus acusaciones son falsas?

Windleshaw hipó. Su aliento apestaba a licor.

—¿No acaba de decir que no hay juego, Polrot?

—Pero por algo estamos aquí. Por alguna razón nos habrá invitado.

El dramaturgo señaló la salida de su compartimento.

—Ya hemos hablado suficiente, señor mío. Váyase.

—*Mais, je crois…*

—Váyase. Por favor.

Polrot bajó la cabeza y salió al pasillo. Caminó lentamente hasta el final del vagón y entró en el siguiente, el Atenas-París, que compartía en exclusiva con las esposas del maharajá y sus cuatro sirvientes.

—*Madame* —dijo a Ana Carrasco, que le devolvió el saludo antes de desaparecer en su compartimiento.

Y Polrot entró en su cubículo, todavía dándole vueltas al misterio de Windleshaw y la razón verdadera de sus actos. Pasó toda la tarde reflexionando, pero no encontró ninguna solución que le satisficiese.

Durante la cena, nadie vio a Windleshaw. Los escritores apenas hablaron entre sí, incómodos después de las revelaciones del mediodía. Agatha tampoco estuvo muy locuaz y se retiraron pronto. La pared de hielo que les rodeaba había hecho bajar la temperatura del tren varios grados y todos tenían ganas de buscar la protección de las mantas.

Entrada la noche, acompañado de un libro que no llegó a abrir, Héracles Polrot reflexionó de nuevo largo rato sobre aquel largo y extraño día. No podía descansar hasta que todas las explicaciones sobre la conducta de Windleshaw fueran examinadas y reexaminadas, hasta que cada una de las razones que motivaban sus actos fueran diseccionadas. Cuando hubo terminado, las volvió a diseccionar. Se durmió con el libro sin abrir sobre su vientre. Tuvo extrañas pesadillas en las que vio al dramaturgo sentado en una mecedora señalándole con un dedo acusador y exhibiendo una nueva tarjeta rosa. “¿De qué me culpa a mí, *monsieur*?”, le preguntó. “De ser un mal detective. ¿Acaso no ve lo que estoy haciendo?”. “Non”, repuso Polrot. “¿Ve

usted? Un detective pésimo", sentenció Windleshaw. Y entonces le entregó la tarjeta. Pero no había acusación alguna en ella. Estaba en blanco y solo se percibía el fondo rosa, etéreo, brumoso, difuminándose. Porque el juego era mentira. No había juego. Nunca lo hubo. Ni siquiera era un juego para el propio Windleshaw. Pero, entonces, ¿de qué iba todo aquello en realidad?

Le despertó un sonido de golpes. En el sueño eran unas campanas que tocaban a difuntos, pero no tardó en entender que aquel sonido provenía del mundo real. Somnoliento, a duras penas pudo alcanzar la puerta de su compartimiento, que alguien estaba golpeando.

—*Diable, qu'est-ce qui se passe*?

—Perdone, señor Polrot.

El detective abrió del todo los ojos y vio al *chef de train*, muy serio, añadir:

—Le pido perdón una vez más, pero dada la gravedad del asunto… y siendo usted detective… y como estando aislados no podrá llegar de momento la policía… pensé… me atreví a pensar…

—*Je vous en prie*, dígame de una vez lo que sucede.

—Es el señor Windleshaw. Me temo que está muerto. Asesinado.

Y entonces, súbitamente, como un puñetazo en el estómago, regresó la sensación de peligro, de muerte inminente y de mal augurio que llevaba días persiguiéndole. Con todos los sucesos de las últimas horas se le había olvidado. Pero no, el peligro seguía allí, acechando, acechándole. El dramaturgo era solo su primera víctima. Pero habría otras a menos que fuese capaz de interrumpir la cadena de acontecimientos. Era primordial que la detuviese, porque en algún punto de esa cadena, tal vez muy pronto, se hallaba su propia existencia bailando en el filo de la navaja.

La negra parca estaba sobrevolando el Orient Express. Y su hambre aún no se había saciado.

LIBRO SEGUNDO

EL JUEGO CONTINÚA

DÍA 5 EN EL ORIENT EXPRESS. 8,00 HORAS

La muerte de Windleshaw tendría que haberme puesto sobre aviso. ¿Pero cómo podía imaginar lo que estaba a punto de suceder?

Ojalá pudiera escribir aquí, en una de estas líneas, el nombre del asesino. Pero lo ignoro. Tal vez muera congelada sin saberlo. Un final muy novelesco, a decir verdad. Tendría que utilizarlo en alguna de mis futuras obras.

Si llego a escribirlas, claro.

Hay cinco sospechosos en mi lista. Ya solo hay cinco. Pero no sé cuál de ellos es el culpable.

A menos que me equivoque y sea alguien anónimo del personal, un mozo, un guardia, un enemigo que ha pasado todo el viaje desapercibido disfrazado de secundario de esta maldita trama de muerte que es peor que la mejor de mis novelas.

Creo que he soltado una frase ingeniosa, pero no me quedan fuerzas para reírme. Solo quiero que esto termine. Odio la perspectiva de morir congelada, ignorante de lo que está sucediendo y del porqué de todos estos crímenes abyectos.

No quiero marcharme de este mundo sin mandar un abrazo a mis seres queridos, a mi querida Rosalind y a Carlo, que me están esperando en Londres, en el

22 de Cresswell Place, ajenas al hecho de que nunca volverán a verme.

Y Punkie, mi querida hermana. Ella tampoco sabrá más de mí. Tal vez ni se encuentre mi cuerpo. No podrán darme sepultura y…

No, debo ser positiva. Debo luchar un poco más, una hora más. Si el asesino o asesina sigue ahí, entre las sombras, le conmino a que venga a buscarme. Aún me quedan fuerzas. Lucharé y lucharé. Porque quiero volver a ver a mi hijita y a toda mi familia.

Venderé cara mi piel. Ya no soy la apocada señora Christie que estaba casada con Archibald. Ahora soy una mujer independiente y moriré con el cuchillo entre los dientes.

Juro que te costará matarme, maldita bestia del infierno.

(Cuaderno de Agatha número 74, el primero de los cuadernos perdidos. Página 42)

CAPÍTULO 8:

DÍA 2. EL PRIMER CADÁVER

Agatha Christie se despertó de pronto. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas en el "rey de los trenes" y no podía imaginar que tan solo tres días después se habrían desatado todos los infiernos y ella misma estaría en peligro de muerte.

Salió de la cama y el frío fue la primera sensación que la invadió. Había vuelto a bajar la temperatura en su compartimiento. Pero no era eso lo que le había desvelado: fueron los murmullos. Unas voces en voz baja pero excitadas, preocupadas, que hablaban en un tono cortante.

Temblando, se alzó del lecho y cogió una bata. Asomó la cabeza y vio al *chef de train* y al encargado del coche cama. Cuchicheaban con alguien en el interior del compartimiento contiguo al de Agatha, el de Charles Windleshaw. ¿De qué estarían hablando a las cuatro de la mañana?

—*Un coupe-papier, sans aucun doute* —dijo una voz conocida.

No. No hablaban con el dramaturgo sino con Polrot. ¿Por qué estaba su amigo en el compartimiento de Windleshaw? ¿Y por qué hablaba de un abrecartas, *un coupe-papier*? Agatha, dando gracias a los años pasados en Francia durante su adolescencia, salió por la puerta, entró en el pasillo y asomó la cabeza.

—Héracles, ¿qué demonios está pas…? —se le heló la frase en la boca al ver a Windleshaw tirado en el suelo del cubículo, entre el lecho y un taburete, con un abrecartas asomando su fino mango del pecho.

Polrot, ridículo con su pijama a rayas y un abrigo de piel de zorro de enormes hombreras, dijo:

—*Ah, mon amie. Tu es réveillé?* Perdona. Intentábamos hacer el menor ruido posible.

—No pasa nada, me he despertado porque… —Agatha seguía mirando el cadáver—. A veces, te llama más la atención un murmullo apagado que un sonido fuerte. Pero eso es lo de menos. ¿Sabes qué ha pasado? ¿Quién ha…? ¿Cómo…?

—No sé quién ha sido. No aún. Pero sí sé lo que ha pasado. Alguien ha entrado en el compartimiento de *monsieur* Windleshaw. Ha habido una pequeña discusión con la puerta cerrada, seguramente muy breve si no ha llamado tu atención. Han forcejeado. La víctima ha golpeado con su cabeza la puerta del lavabo. Creo que el dramaturgo ha quedado inconsciente en el suelo o seriamente incapacitado, cosa nada extraña porque la última vez que lo vi ya estaba muy borracho.

Luego el asesino ha rebuscado algo entre sus cosas, seguramente los informes de los investigadores que dijo el difunto haber contratado, esos que desvelaban los más turbios secretos de los autores invitados. Finalmente, pese a estar tirado ya en el suelo, ha cogido un abrecartas y le ha dado muerte.

Durante su explicación, Polrot había ido señalando la puerta del lavabo empotrado (donde se observaba un aplastamiento en la moldura de madera), la frente del difunto (con un pequeño corte), una lampara en el suelo (señal del forcejeo) y la mesa bajo la ventana (con los papeles de Windleshaw, incluidas sus famosas, tarjetas). Todo estaba revuelto.

—El abrecartas era propiedad del fallecido, pues figuran sus iniciales: CH. W. Sin duda un arma improvisada por el asesino, lo que puede indicar que la intención de inicio no era matar. No falta ninguna tarjeta del juego de “Encuentra al escritor” —dijo finalmente, ojeando las cinco que reposaban sobre los papeles del dramaturgo—. Creo que el atacante se dio cuenta de que se incriminaría si retiraba la suya. Así que las dejó donde estaban. Además, no eran probatorias por sí mismas. Solo lanzaban acusaciones vagas.

—Pero solo hay cinco —repuso Agatha—. Y eran seis en el salón comedor.

Polrot sonrió.

—Ah, pero yo tengo la que falta. Me la entregó Windleshaw en persona hace unas horas.

—¿Por qué?

—Porque pude probar que eras inocente de los cargos que se te imputaban. Tal vez el asesino no pudo probar su inocencia y por eso discutieron. Creo que ese era el juego. O tal vez no porque siempre he afirmado que no había juego alguno —Polrot, pensativo, cogió una de las tarjetas y la miró fijamente—. Tal vez todo esto tenía otro objetivo que no he visto hasta ahora. *Au nom des dieux, c'est ça!*

El detective se dio la vuelta y habló al encargado del coche cama. Era un italiano que respondía al nombre de Alessio.

—¿Por qué razón entró usted en el compartimiento de *monsieur* Windleshaw pasadas las tres de la mañana?

Alessio se quedó pálido.

—Bueno, yo... yo…

—Vamos, responda —dijo el *chef de train*.

Pero el encargado no dijo nada.

—Tengo otra pregunta, señor mío —dijo entonces Polrot—. ¿Cómo pudo suceder todo esto? Usted estaba sentado al principio del pasillo, a pocos metros. Debió ver quién entraba en el compartimiento, debió oír la lucha y debió ver salir al asesino. A menos que sea usted el asesino.

El encargado miró a su derecha, hacia la puerta del vagón restaurante. Tenía los ojos muy abiertos, como si estuviese calibrando la posibilidad de salir corriendo.

—¡Qué ha hecho, desgraciado! —gimió el *chef de train*— ¿Entró usted a robar y le descubrió el señor Windleshaw? ¿Ha sido eso?

—No se precipite, Guillaume —dijo Polrot al responsable del tren.

El detective dio un paso hacia el encargado del coche cama. Alessio tendría unos veinticinco años. Acababa de ser contratado en el Orient Express y no quería perder su trabajo. Tampoco quería, por supuesto, acabar con sus huesos en la cárcel. Polrot se apiadó de él:

—Le voy a ayudar, *d'accord?*

El encargado asintió.

—Monsieur Windleshaw le dijo que debía abandonar su puesto, que era parte del juego, *n'est-ce pas?* Y le pagó para que se fuese.

Cuando el encargado comprendió que le había descubierto, pareció más dispuesto a hablar. Ya no había nada que ocultar. Pese a todo, temblaba cuando dijo:

—Me dio el equivalente al sueldo de tres meses, señor, a cambio de que me marchase unas horas. No pude rechazarlo —dijo el joven, al borde del llanto—. Me aseguró que el juego seguía su curso, que por la noche vendrían a verle los jugadores y que todo tenía que ser secreto, muy secreto, para que nadie descubriese qué hacían los otros participantes.

—*Bien sûr.* Así que usted estuvo en…

—El vagón contiguo, charlando en voz baja con mi amigo el encargado del Atenas-París.

—¿Y no se movieron de allí en toda la noche?

—Hasta las tres y media me quedé con él. Luego decidí que ya había pasado tiempo suficiente. Decidí asomarme al compartimiento del señor Windleshaw para saber si el juego había terminado.

Los ojos del detective brillaron cuando dijo:

—O para preguntarle si necesitaba que se marchase unas cuantas horas más. Y cobrar también por el nuevo servicio que se le pedía, *sans aucun doute*. ¿No es así?

Alessio bajó la mirada.

—Sí, claro. No vi nada malo en ello.

El *chef de train* estalló en ese momento:

—¡No viste nada raro! ¡Estás despedido! Coge tus cosas ahora mismo y márchate de mi tren.

—Pero ahí afuera está todo helado, señor. Y el pueblo más cercano se halla…

—Me da igual. Quiero que te largues ahora mism…

Polrot levantó la mano.

—*Monsieur le chef, faites attention*; la policía, cuando llegue, querrá interrogar a su antiguo empleado. Y yo mismo puede que vuelva a hacerlo más tarde. No nos interesa que muera perdido en la montaña o que desaparezca.

Guillaume inhaló una bocanada de aire, luego otra, y otra… hasta serenarse. Entonces dijo:

—Alessio, sal de mi vista. Ahora mismo. Solo quiero ver tu cara cuando te llamen las autoridades. ¿He hablado claro?

El antiguo encargado huyó a toda velocidad. El *chef de train*, tras disculparse con Agatha y Polrot a causa de su pequeño ataque de nervios, algo inaceptable (a su juicio) en un lugar con el prestigio del Orient Express, desapareció poco después.

—Me parece que ahora está todo mucho más claro, *mon amie.*

—¿De verdad, Héracles?

—*Oui.* Ahora sabemos la motivación real de Windleshaw, en qué consistía ese juego que en realidad no era un juego.

—¿Lo sabemos?

—*Mais si! Attendez*: el mismo Windleshaw nos lo dejó por escrito.

Polrot le mostró una de las tarjetas que acababa de tomar de la mesilla del difunto.

El primero es un autor (o autora) envidioso. Se siente un fracasado, un don nadie, y busca la inmortalidad a cualquier precio. Incluso una muerte es poca cosa para esa persona.

Agatha leyó la tarjeta sin comprender. Luego intentó pensar como el detective y como el propio Poirot de sus novelas. No era nada fácil.

—Al contrario de las otras tarjetas, no acusa a nadie de un crimen. Solo dice "que una muerte es poca cosa para esa persona".

—*Bravo!* Esa es la clave. Y la otra clave es el número de tarjetas.

—¿El número?

—¿Cuántas había de inicio?

—Seis.

—¿Y cuántos escritores?

—Cinco. En realidad seis si contamos a Windleshaw.

Agatha se llevó una mano a la boca.

—¡Él también tenía una tarjeta!

—*As-tu compris maintenant?* La tarjeta que acabas de leer habla del propio Windleshaw, el autor envidioso, fracasado, que busca a cualquier precio la inmortalidad. ¿Y cómo conseguirlo? ¿Cuál es el precio? Nos lo dice en la tarjeta.

—Una muerte.

—*Non, non, mon amie*. No una muerte: su muerte. Este juego fue creado para que le asesinasen, para alcanzar notoriedad en su última hora, para que los periódicos de medio mundo se hagan eco del dramaturgo Charles Windleshaw, que fue asesinado en una reunión de escritores en el Orient Express a la que asistió la famosísima Agatha Christie entre otros autores de éxito. Seguramente *monsieur* Windleshaw habrá dejado en manos de su editor sus obras completas, listas para ser impresas en cuanto los periódicos se hagan

eco de la noticia. Lo cual nos deja dos conclusiones, la primera reveladora, la segunda terrible y siniestra.

Como siempre, Agatha, un paso por detrás del detective, no sabía nada de esas conclusiones. Y eso la irritaba.

—Vamos —animó a Polrot—. Dímelas. En el fondo disfrutas con todo esto.

—Disfruto de poner en funcionamiento mi perspicacia, *ma tête*, *mon amie.* Solo eso —aseguró—. Respecto a las dos conclusiones, la primera es la razón por la que fuiste acusada falsamente por Windleshaw. Y te la voy a explicar sin más rodeos. Monsieur Windleshaw había reunido a algunos autores famosos, sobre todo Juliet Bell para el público de habla inglesa. Pero no tenía a una primera espada, a una estrella. ¿Recuerdas cómo te llamó en la reunión en el salón comedor?

—Dijo que yo era su *pièce de résistance*, el plato principal de la velada, una de las escritoras que más libros venden en el Reino Unido.

—*Tu le vois?* La presencia de la gran Agatha respondía solo a la necesidad de hacer más grande la noticia de su muerte. Por eso te acusó en falso. Por fuerza debías tener una tarjeta y una acusación para ser parte del juego. Pero era todo un engaño.

Agatha lo comprendía por fin. Había conocido a muchos autores como Charles Windleshaw, ávidos de fama, convencidos de que era una gran injusticia no gozar del favor del público cuando su talento era innegable; al menos a sus ojos y los de sus amigos de pequeñas o grandes asociaciones de escritores o amigos del arte o de la literatura o de lo que fuese. Hasta el propio Windleshaw había reconocido que en su asociación se daban premios entre ellos y que eran conscientes de su invisibilidad y fracaso. Se imaginó al dramaturgo en su mansión, corroído por la envidia, enfrentado a una muerte dolorosa en el anonimato y, de pronto, feliz por haber encontrado una solución a sus males. No habrá muerte dolorosa, no habrá anonimato, solo un final digno de Shakespeare y luego… la primera página en los periódicos, la publicación póstuma de toda su obra y la inmortalidad.

—¿Y cuál es la segunda conclusión, Héracles? ¿Esa que es ominosa y terrible?

Polrot volvió la vista. Agatha le secundó. A causa del revuelo, de las palabras airadas del *chef de train* y de la conversación

posterior, todos los inquilinos del vagón Constantinopla-Calais se habían despertado. Vieron, asomándose por la puerta, las cabezas de Farzand Singh, Juliet Bell, Christian Janis y Matías Klink.

—La siguiente conclusión es evidente, *mon amie*. Dado que Windleshaw quería ser asesinado y sabemos que la tarjeta número uno hablaba de él mismo, mientras la cinco vertía acusaciones falsas contra ti, las otras tarjetas…

Las cabezas de los cuatro escritores desaparecieron de la vista. Pero las puertas no se cerraron: todos estaban escuchando.

—Entonces las tarjetas dos, tres, cuatro y seis hacen acusaciones que, al menos Windleshaw, pensaba que eran ciertas —dijo Agatha, terminando en un susurro el razonamiento del detective.

Polrot aferró con fuerza su bastón y golpeó la punta en el suelo. No bajó el volumen de su voz, quería que “los otros” supieran que “ellos” lo sabían.

—*Quel maleur!* Es una gran desgracia, pero mucho me temo que es muy probable que nuestros compañeros de viaje sean todos unos asesinos.

CAPÍTULO 9:

DÍA 2. UN POLICÍA

—No podemos llamar por teléfono ni telegrafiar —estaba comentando en ese momento el *chef de train* a Chartres, uno de sus camareros—. Quiero que te pongas la mejor ropa de abrigo que puedas encontrar, sea tuya o de tus compañeros. La capital, Çerkezköy, está muy lejos. Pero hay un pueblo cercano: Alpullu. Quiero que vayas hacia allá y, en particular, hacia las afueras, donde hay una refinería de azúcar y seguro que tendrán maquinaria, tal vez incluso algún vehículo quitanieves. ¿De acuerdo?

El camarero estaba mirando un mapa de la zona que le ofrecía su superior. Era el mismo hombre que había servido las copas a los invitados de Charles Windleshaw, en el salón comedor, durante el fallido juego de "Encuentra el escritor". Pasaba ya de los cincuenta pero era un hombre fuerte y decidido, la persona en la que más confiaba el *chef de train*. Por eso le estaba mandando a aquella peligrosa misión. Llevaba trabajando para la *Compagnie Internationale des Wagons-Lits*, propietaria del Orient Express, desde principios de siglo, hacía casi treinta años.

—Si tienes la sensación de que no puedes llegar, de que vas a congelarte, te das la vuelta —le dijo el *chef de train*.

—Sí, señor.

—Nada de heroicidades.

—Sí, señor.

Polrot y Agatha llegaron en ese momento. El detective se había vestido con propiedad. Aunque llevaba el mismo abrigo grueso de piel de zorro que una hora atrás, por debajo asomaba su traje claro, su corbata a rayas y su chaleco. Llevaba también unos zapatos de tacón marrones que repiqueteaban mientras avanzaba por el pasillo.

—Voy a abrir una de las puertas —dijo Chartres.

Agatha se echó hacia atrás y Polrot la imitó. La puerta se abrió y el camarero echó un vistazo hacia la lejanía. La ventisca no había amainado. El viento era terrible y trozos de nieve grandes como ladrillos caían sin descanso.

—Puedo conseguirlo, ¿no es verdad? Son solo tres o cuatro kilómetros.

—Más bien cinco —dijo Polrot observando el mapa con atención.

Estaban aún discutiendo sobre la distancia y la peligrosidad del

viaje cuando se escuchó un ruido de pisadas. Detrás de una pared de hielo apareció un hombre embutido en varias capas de ropa: traje, gabardina, segunda gabardina y hasta capote .

—Hola —dijo—. Me llamó Iván Krazov. Soy inspector jefe de la policía búlgara. Encantado de conocerles.

Y se desplomó en el suelo, agotado.

Media hora después, tras engullir dos grandes vasos de leche caliente (lo único que quiso tomar el policía) el inspector jefe Krazov mostró sus credenciales, entre ellas una carta firmada por el superintendente de la policía turca. Una vez hubo apurado su bebida, el inspector jefe se sintió preparado para decir algo más.

—Si son tan amables, querría…

—¿Ha venido por el asesinato? —le interrumpió Agatha.

—¿Qué asesinato?

Agatha le explicó lo sucedido, al menos a grandes rasgos, el estúpido juego de Windleshaw y su muerte. No dijo nada acerca de la teoría de Polrot acerca de que el dramaturgo buscaba ser asesinado.

—Una historia sorprendente pero, como decía antes, no sabía nada al respecto —afirmó el policía—. Cosa lógica teniendo en cuenta que se encuentran aislados. No creo que nadie sepa nada de ustedes salvo que no han llegado a su destino.

—Entonces, ¿cuál es la razón de su presencia en el Orient Express? —inquirió el *chef de train*.

—Busco a un ladrón de joyas. Uno muy bueno y escurridizo. Highway Turpin le llaman o se hace llamar, en honor al famoso bandido de siglos pasados. Ha dado algunos de los golpes más increíbles de los últimos años. Hizo un trabajo muy sonado en Bulgaria y llevo buscándole desde entonces.

—Defina que quiere decir con “sonado ” —quiso saber Polrot.

Iván Krazov se mordió el labio inferior.

—En una fiesta, Turpin robó una gargantilla de oro y diamantes, una joya incomparable que vale el rescate de un rey. Por desgracia, la joya era un regalo precisamente de nuestro rey, Boris III, a una de sus mejores amigas.

—Lo que explica su interés en ese ladrón —dijo el detective.

—O el que yo tenga un permiso del gobierno turco para investigar en su país este caso aunque sea un policía extranjero. Es un favor que ha pedido personalmente mi Rey al Presidente de la República de Turquía, Mustafa Kemal Atatürk —añadió el inspector jefe.

Entonces explicó que sospechaba que el ladrón podía estar en el Orient Express. Estaba aguardando su llegada en la siguiente estación cuando el mal tiempo hizo acto de presencia. Al no aparecer el tren ató cabos, se armó de valor y decidió ir a su encuentro. Primero en vehículo. Luego, cuando el estado de las carreteras le impidió proseguir, continuó a pie. Por suerte tenía unas buenas botas de montaña y se había traído su mejor ropa de abrigo.

—¿Y podría echar un vistazo al asesinato que ha tenido lugar? —terció el *chef de train*, al que los robos de joyas le traían sin cuidado en ese momento.

—Solamente hasta que lleguen las autoridades locales.

El inspector jefe Krazov, recuperadas las fuerzas tras tomar un tercer vaso de leche caliente, se irguió decidido. Era un hombre alto y apuesto, de largos bigotes engominados. Liberado de sus gabardinas, su traje se reveló de buen corte, oscuro, con pajarita.

—Vamos a ver ese cadáver —dijo.

CAPÍTULO 10:

DÍA 2. JULIET BELL

La segunda inspección ocular del cadáver de Charles Windleshaw no reveló nada nuevo. El inspector jefe Krazov llegó a las mismas conclusiones iniciales que Polrot. Parecía un hombre preparado, despierto, y el detective asentía satisfecho ante sus observaciones.

—El abrecartas estaba muy afilado —dijo Krazov—. El golpe mortal lo pudo dar un hombre pero también una mujer.

—Ya lo había pensado —dijo Polrot.

—¿Sospechosos?

—El encargado del coche cama abandonó su puesto unas horas, *malheuresement* —le informó Polrot—. Así que pudo ser cualquiera de los que disponen de un compartimiento en este vagón.

—¿Alguien puede hacerme una lista de nombres y de quién ocupa cada cubículo? —pidió el policía.

El *chef de train* desapareció camino del salón comedor. Regresó al momento con un trozo de papel que entregó al policía.

—También hay otros sospechosos —dijo Polrot—. Menos probables, pero también posibles.

—¿Cuáles?

—Los dos encargados de la vigilancia estaban en el vagón contiguo, por lo que nadie pudo venir del vagón Atenas-París. Eso me excluye a mí y a las esposas del maharajá, así como a *les domestiques*, su servidumbre, dos mujeres hindúes y dos hombres. También quedan excluidos el resto de empleados del tren, que se hallaban a esas horas durmiendo en el furgón de cola. Pero, a pesar de que en principio quedemos todos excluidos, nada es completamente imposible.

—Ya veo. De cualquier forma nos concentraremos en los que dormían, supuestamente, en este vagón. ¿Está de acuerdo?

Polrot asintió.

—Veamos los apellidos —dijo el inspector jefe, leyendo en voz alta—: Bell, Christie, Singh, Klink y Janis. ¿Comenzamos por Juliet Bell? El orden alfabético es un sistema tan válido como cualquier otro.

Un minuto después estaban Polrot e Iván Krazov en el compartimiento de la escritora australiana. Como el resto de sus compañeros, no había salido de su cubículo ni había dado señales de

vida en toda la mañana. Todos temían ser inculpados, pensaba el detective. O acaso todos se sabían culpables, si no de aquel crimen… de alguna otra cosa.

—Sabe usted, supongo, que se ha cometido un asesinato a dos compartimientos del suyo.

—Algo he oído. Voces, comentarios de aquellos que pasaban por el pasillo. No he querido molestar —dijo Juliet que, sin maquillaje, parecía aún más anciana que el día anterior.

—¿Y por eso no ha salido ni a desayunar? —preguntó Polrot.

—Claro. Respeto mucho este tipo de investigaciones. Durante la guerra fui asistente de un cirujano de campaña y me tomo muy en serio la muerte. Además, mis novelas se centran en tramas detectivescas y he estudiado los métodos de la policía. Sabía que no tardarían en venir a interrogarme.

Pero el tema del asesinato quedó repentinamente aparcado.

—¿Qué sabe de los diamantes rosas? —dijo de pronto Krazov.

—¿Diamantes? No… no creo que pueda ayudarle en ese tema. En mis novelas no ha salido ninguna trama sobre diamantes y mis conocimientos son escas…

—Me refiero al mundo real, a los diamantes rosas de las minas de Golconda, por ejemplo.

—Sobre ese asunto no sé nada.

—¿Seguro?

—Seguro, inspector jefe.

—Estoy buscando a un ladrón de joyas apodado Turpin. ¿Lo conoce?

Los ojos de la anciana reflejaron un profundo estupor por una centésima de segundo. Luego dijo:

—No, tampoco.

—¿Por qué ha venido a Bagdad y ahora marcha hacia París? ¿No habrá robado un diamante rosa y ahora pretende venderlo a coleccionistas franceses? ¿Es usted Highway Turpin?

Juliet miró alternativamente al policía y a Polrot.

—Pensé que me iban a interrogar sobre la muerte del señor

Windleshaw. No esperaba que…

—¡Responda! —espetó Krazov.

—¿A qué pregunta?

—Se la acabo de formular hace un segundo. ¿Está usted en posesión de un diamante rosa robado y viaja para venderlo en París?

Juliet Bell no se amilanó ante la actitud del policía. Se limitó a encogerse de hombros.

—No sé de qué me habla. Se lo aseguro.

El inspector jefe se sentía incómodo en aquel diminuto compartimiento. Estaba de pie delante del lavabo empotrado, Polrot a su lado junto a la mesita bajo la ventana y Juliet Bell se hallaba sentada en el sofá, que hacía las veces de cama por la noche. En el Orient Express todo eran lujos y primeras calidades, pero el espacio no sobraba, ni siquiera en primera clase. Eran compartimientos individuales; tres personas en su interior eran una verdadera multitud.

—No me creo una palabra de lo que dice, señora Bell. A partir de ahora queda confinada en su compartimiento —dijo Krazov, girando y abriendo la puerta.

—Pero…

—Volveremos a hablar. De momento no salga de aquí en ninguna circunstancia.

—¿Y el asesino, inspector jefe? ¿No vamos a indagar más sobre…? —dijo Polrot.

—Cada cosa a su tiempo.

El policía salió al pasillo, donde aguardaban Agatha y el *chef de train*.

—Con su permiso —dijo Guillaume—, vamos a intentar alcanzar la refinería y el pueblo. Necesitamos poner en conocimiento de las autoridades lo que está sucediendo.

Krazov no podía negarse. Aunque su prioridad parecía ser la búsqueda de cierto diamante y ese tal Turpin, el ladrón de joyas al que perseguía, la seguridad del tren y los pasajeros era lo más importante.

—Voy a acompañar a su hombre—dijo—. Necesito mandar un telegrama a la central de la policía en Sofía para recibir instrucciones. Mientras estoy fuera no quiero que nadie abandone el vagón que

tenga asignado.

—Pero tendremos que comer —objetó Agatha.

—Les traerán lo que necesiten del salón comedor.

Comenzaron los preparativos. Un nuevo encargado de coche cama fue situado en su asiento, vigilando los movimientos de los pasajeros. Mientras el inspector jefe se colocaba su capote y sus gabardinas, Polrot se acercó al camarero, que se estaba poniendo ya su tercer abrigo.

—¿Podría hacerme un favor, *monsieur* Chartres? He notado que usted es un trabajador veterano y que ama este tren. Por ello creo que entenderá la importancia de la petición que voy a hacerle.

—Por supuesto. Lo que necesite.

—Quiero que, aprovechando un momento en el que se quede solo, sin la presencia del inspector jefe, pregunte por teléfono, telegrama o como sea posible, si alguien conoce a Iván Krazov. *Attention, c'est très important!* Pregunte sobre todo si un superintendente de la policía turca ha dado permiso a un policía búlgaro para operar en esta región. Pregunte también si ese cargo existe de verdad: superintendente me parece un cargo muy británico. He estado lo bastante en Oriente como para saber que los rangos policiales suelen ser similares a los militares: comandante o mayor, por ejemplo. Tampoco me extrañaría comisario o director general de la policía, pero… ¿superintendente?

Al camarero el semblante se le puso lívido:

—¿Cree que puede ser un impostor?

Polrot parecía dubitativo.

—Los mentirosos suelen adornar sus mentiras. A veces demasiado. *Parfois un peu trop, oui*. Que un policía extranjero tenga permiso para investigar en otro país es algo fuera de lo común. No imposible pero sí muy raro. Pero que el rey Boris de Bulgaria se implique personalmente llamando al gran Atatürk… eso lo veo casi imposible. Este tipo de cosas menores las pueden manejar ayudantes o subsecretarios. Un monarca tiene centenares de personas a su servicio.

—Explicado así, es un poco extraño, sin duda —concedió Chartres.

—No perdemos nada preguntando, *n'est-ce pas?* Y si estamos

en lo cierto, habrá hecho un gran servicio al Orient Express.

Al camarero se le iluminaron los ojos.

—No se preocupe, actuaré con astucia. El policía o supuesto policía no se dará cuenta.

—Que Krazov no desconfíe. Actúe con naturalidad, *mon ami.* Podría ser un inspector jefe legítimo.

Polrot inclinó la cabeza a modo de despedida y se dirigió a su vagón, donde debería permanecer unas horas al menos. Hasta que regresase el inspector jefe.

—¿No puedes quedarte conmigo? —dijo Agatha cuando lo vio pasar delante de su compartimiento. Y añadió bajando la voz—: No quiero pasar la noche rodeada de potenciales asesinos.

—Esta vez el encargado tendrá cuidado de no abandonar su puesto —dijo Polrot—. Creo que estás a salvo.

—¿Solo lo crees?

—*Mon amie*, estoy seguro de ello.

Pero no lo estaba. Cuando pasó de un vagón al siguiente sintió una punzada, como una corriente eléctrica recorriéndole el espinazo. Y no había sido por las temperaturas, que no paraban de bajar.

Estaban ya a un grado bajo cero.

—¿Qué será de nosotros? *Que ferons-nous?* —se lamentó mientras se dirigía a su compartimiento.

Entretanto, la ventisca se redobló: un sinfín de truenos estallaron y mil relámpagos se dibujaron en el horizonte, trazando figuras negras, siniestras, entre las nubes del cielo.

CAPÍTULO 11:

DÍA 2. DARIA-UL-AIN (EL OJO DEL MAR)

Héracles Polrot caminaba lentamente por el pasillo del vagón Atenas-París en dirección a su compartimiento. Se detuvo delante de uno de los grandes ventanales que miraban al exterior. La nieve alcanzaba la parte superior del cristal. Si seguía nevando, en pocas horas el tren estaría enterrado bajo un manto blanco mortal. Chasqueó la lengua, descorazonado.

—No son buenas noticias, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda.

Se dio la vuelta. Agatha le miraba, divertida.

—*Mais…*

—Antes de que digas nada, querido amigo, te contaré una historia que te gustará, una de esas historias de deducción que tanto te seducen.

—*Parfait.*

Polrot asintió. La escritora prosiguió:

—Me he fijado en que el nuevo encargado del coche cama es uno de los ayudantes de cocina. No le he visto nunca así que dudo que él me haya visto muchas veces ni haya reparado en mí más de lo que ha hecho con otros pasajeros. Además, es griego, cosa que sé porque maldice constantemente en voz baja en su lengua. Creo que no le gusta mucho su nuevo trabajo. Me atrevería a decir, por tanto, que no lee ni conoce mis obras y no sabe quién es Agatha Christie. Así que me he dejado llevar.

—A veces hay que dejarse llevar, ¿no es cierto?

—Así es. Por lo que me he decidido a cruzar de un vagón a otro. Cuando el encargado me ha preguntado a dónde iba, he respondido, muy seria: “Soy Ana Carrasco, esposa del maharajá, y me voy a mi compartimiento”. El hombre ha dudado un instante, pero sabe que una de sus esposas viste a la moda occidental. Así que se ha encogido de hombros y… aquí estoy.

—*Et te voilà, Agatha. Magnifique!*

Agatha proseguía su evolución. Cada vez se encontraba más segura de sí misma, era capaz de tomar decisiones arriesgadas, de atreverse a cosas que no habría podido enfrentar solo unos meses atrás.

—Así que me estás suplantando.

El detective y la escritora se volvieron súbitamente. Por lo visto, habían estado hablando delante de la puerta del compartimiento de la esposa predilecta del maharajá. Ana les sonreía, con un mohín divertido resaltando en su mejilla derecha.

—Bueno, no es que la esté suplantando. Solo ha sido un ardid para no quedarme en el otro vagón. Con todo lo que está pasando…

—Bah, no me des explicaciones. Yo tampoco querría estar rodeada de esos escritores estirados, aunque me gustaría viajar en el mismo vagón que mi esposo, claro —Ana suspiró—. Pero las estúpidas normas de los juegos de ese tal Windleshaw nos han abocado a la situación presente. El mundo está lleno de normas sociales odiosas. ¿Para qué inventarse más? Por eso, desde el principio, la idea de este viaje me pareció un error.

Agatha y Polrot estuvieron de acuerdo. Ana prosiguió:

—Por cierto, no me habléis de usted. Es otra de las normas sociales que detesto.

La esposa del maharajá hablaba un inglés fluido aunque con un marcado acento español. Agatha no tardó en congeniar con la exbailarina. Era una mujer de mundo, políglota, muy leída, muy atrevida y muy independiente pese a estar casada con un príncipe hindú. Era una inspiración para el tipo de mujer en que Agatha quería convertirse.

—Conocí a Farzand al finalizar una actuación, en Madrid —dijo Ana tras unos minutos de hablar de banalidades.

La maharaní indicó a Agatha que la acompañase a su compartimiento y se sentaron ambas en el sofá cama. Polrot se quedó de pie en el umbral.

—Había sido una representación sonada —explicó Ana con voz soñadora—. Fue durante los fastos que celebraban los esponsales del rey Alfonso XIII. Farzand se me acercó cuando terminé mi baile y me besó la mano. Podría decir muchas cosas sobre aquel instante, pero solo añadiré que me desposó por el rito sikh apenas dieciocho meses más tarde. Llevamos ya veinte años juntos.

—Una hermosa historia de amor —dijo Agatha.

—Sí, lo habría sido, sin duda, de no ser por esas cinco perras asquerosas que duermen en los compartimientos que continúan pasillo abajo.

Polrot se escandalizó.

—*Madame*, tal vez quiso decir otra cosa. Piense que pueden oírla.

—Perdón, *monsieur Polrot* —Ana subió entonces el tono de su voz—: ¡Quería decir zorras asquerosas!

Agatha se echó a reír. Le dio tal ataque de risa que se le saltaron las lágrimas.

—¿Así está mejor, Polrot? —preguntó Ana—. A menudo nos decimos cosas peores. He aprendido su lengua y conozco insultos e imprecaciones en muchos otros idiomas. Ellas, créeme, no se quedan atrás. Me han hecho la vida imposible durante años. Son ladinas, astutas y crueles. Si yo te contara, no darías crédito.

—Lo siento por usted, pero…

—Te he pedido antes que me tutees.

—Lo intentaré, *madame* —dijo Polrot—. Y, pese a todo, creo que las buenas maneras son importantes, *déterminants notamment.*

Al detective le parecían fundamentales esas normas sociales que Ana parecía despreciar. Las normas permitían a los hombres y a las mujeres vivir en sociedad. Sin ellas, las peleas y los crímenes se extenderían por doquier. La buena educación era, de alguna forma, parte de su trabajo de detective, de la persona que debía encarnar cuando investigaba.

—Cuéntame más de Farzand —preguntó entonces Agatha, que de inicio había tenido una impresión negativa del príncipe.

—Oh, es un cielo —dijo Ana—. Pero no lo tiene nada fácil.

Y pasó a explicarles la lucha interior que su esposo sostenía entre las tradiciones de su pueblo y la modernidad. Porque su país había cambiado mucho desde que los británicos proclamaron el Raj, el Imperio británico de la India. Desde entonces, Inglaterra gobernaba, aunque de facto la mayor parte de la India estaba dominada por príncipes o maharajás que rendían cuentas a Londres a través de un virrey.

—Los súbditos de Farzand creen que es un dios y es hijo del sol y la luna —explicó la exbailarina—. Es difícil abrazar la modernidad, el mundo occidental, cuando eres para miles de personas una deidad primitiva. Mi esposo lo intenta, trata de distanciarse de las tradiciones. Si por él fuese, yo sería su única esposa. Pero tiene deberes con otros príncipes, hay matrimonios de estado que deben concertarse, mil y una obligaciones absurdas.

Por eso, explicó entonces, muchos maharajás habían decidido abdicar de toda obligación con su pueblo y se dedicaban a comprar coches, construir palacios y vivir una vida regalada. Algunos apenas visitaban su reino.

—Pero mi Farzand no es así. Él sabe que su pueblo le necesita. Así que acude a los *durbars*, entre otras solemnes celebraciones, ataviado con las vestimentas ceremoniales: se ciñe su túnica *jama* y se pone su tocado de plumas. Poderoso, invencible, se sienta en su trono. Entonces deja de ser mi Farzand para ser el maharajá. El pueblo necesita verle convertido en dios para renovar su pacto de fidelidad. Así que él cumple con su misión y se convierte en algo que no es. Yo sé que sufre por el peso de la máscara. Sufre mucho.

Ana se calló, triste, desvalida. Agatha puso una mano sobre su hombro:

—¿Quién es en verdad Farzand Singh?

Aquella frase pareció sacar a Ana de su trance.

—Farzand Singh es un literato. ¿Sabías que le comparan con el premio nobel bengalí Rabindranath Tagore? Porque la poesía de mi esposo abraza los clásicos para elevarse también hacia nuevas cotas. En su libro de poemas más famoso habla de nuestra relación amorosa pero de una forma críptica, simbólica. En sus escritos soy un diamante rosa, el Daria-ul-ain, el Ojo del Mar. Describe el baile que yo ejecutaba en el escenario cuando me vio por primera vez como los destellos de un diamante perdido bajo las aguas. Farzand ve algo brillante, como un ojo que le mirase desde el mar, mete la mano en el agua, lo rescata, y se lo lleva a su harén.

—Una imagen preciosa —reconoció Agatha.

—Perdón, *madame* —dijo entonces Polrot, recordando el interrogatorio de apenas una hora antes a Juliet Bell—. ¿Ese diamante rosa existe de verdad?

—Sí.

—¿Y fue extraído de las minas de Golconda?

Ana pareció dudar antes de responder:

—Sí, en efecto.

—¿Y dónde se halla *en ce moment précis*?

—Por lo que yo sé está en el palacio de mi esposo, cerca de Shillong, en la India.

—¿Por lo que usted sabe? Perdón…. ¿por lo que tú sabes o seguro que se encuentra en ese palacio?

La maharaní miró largamente al detective. Alisó un pliegue del vestido blanco que ocultaba sus formas sinuosas. No respondió directamente a su pregunta:

—El Ojo del Mar ha pasado por muchas manos, como las de los mogoles que invadieron la India hace siglos. Pero el tatarabuelo de Farzand lo recuperó y, desde entonces, está incrustado en una tiara de oro. Es el símbolo de su linaje. Yo ni siquiera puedo tocarlo.

—¿Y eso?

—Está maldito. Si una mujer lo toca morirá en menos de una semana. Eso dice la leyenda. Por eso solo lo puede llevar el maharajá y exclusivamente en las grandes ceremonias a las que antes hice referencia.

—Tú no crees en la maldición, ¿verdad? —terció Agatha.

—Nadie desdeña las maldiciones en la India. ¿Sabías que tu rey inglés Jorge V tiene un diamante semejante con una maldición casi idéntica? La joya se llama Koh-i-Noor y está maldita para los hombres. Así que lo lleva su esposa la reina. Jorge nunca lo ha tocado.

Agatha había oído hablar del Koh-i-Noor y de aquella maldición. Era un asunto del que a veces se hacían eco los periódicos.

—No me has respondido, Ana. ¿Tú crees en la maldición?

—Prefiero curarme en salud. Así que no lo he tocado ni lo llevaría jamás encima. ¿Para qué arriesgarse?

—*Petite peste!* —dijo entonces el detective.

Agatha se incorporó del sofá. Polrot se había vuelto hacia la ventana.

—¿Qué pasa, Héracles?

—*Cette peste*, esa maldita nieve —gimió Polrot, mirando a su izquierda—. La ventisca, lejos de parar, parece haber multiplicado sus esfuerzos en los últimos minutos. Acabo de darme cuenta de que el vagón ha quedado cubierto por completo mientras hablábamos. Por

ambos lados. ¡Estamos enterrados en la nieve!

CAPÍTULO 12:

DÍA 2. EXPEDICIÓN FRACASADA

—Casi no lo contamos —dijo el inspector jefe Krazov.

La ventisca había estado a punto de acabar con el policía y el camarero. Cuando se hallaban a menos de un kilómetro se dieron cuenta de que era imposible seguir. La nieve y el viento los lanzaba al suelo y amenazaban con enterrarlos vivos. Regresaron haciendo un esfuerzo titánico. El camarero, pese a su edad, demostró ser un hombre fuerte y decidido. Cargó con Krazov los últimos metros y consiguieron llamar a las puertas del tren. Estas se abrieron con esfuerzo, tirando desde ambos lados.

—Si esto sigue así, no sé si podremos abrirlas otra vez. Habrá que limpiar la entrada a paletadas varias veces al día —dijo el *chef de train*.

Todos estaban aterrorizados en el Orient Express. La comida comenzaría a escasear en breve, la temperatura no dejaba de disminuir, la nieve les rodeada y había un asesino suelto. No era precisamente el viaje de ensueño que muchos habían imaginado.

—Cuando se encuentre mejor, deberíamos retomar los interrogatorios, *vous ne trouvez pas*?

Polrot seguía desconfiando del policía, pero como no podía probar que sus credenciales eran falsas, de momento tenía las manos atadas. El supuesto inspector jefe, por su parte, se hallaba sentado en el salón comedor, tiritando y cubierto de mantas. De su largo bigote engominado colgaba un pequeño témpano de hielo. La situación podría resultar cómica de no ser porque no había sitio para las bromas en aquel momento. Todos estaban en peligro de muerte.

—¿Podría tomar otro vaso de leche? —preguntó el policía.

—Se ha acabado la leche —dijo el *chef de train*—. Teníamos que avituallarnos en la estación de Sofía. Siempre lo hacemos así. Estamos en las últimas de casi todo.

—Ya veo —repuso el inspector jefe.

—Nos queda algo de café —ofreció el responsable del tren.

Krazov asintió. Mientras esperaba la llegada de una taza caliente, decidió que era el momento de responder a Polrot.

—¿Por qué sospechoso comenzaría usted? Hemos hablado con Bell. ¿Seguimos con el orden alfabético o damos un salto? ¿Klink? ¿Janis? ¿Farzand Singh?

Polrot asintió ante la mención de este último. Estaba interesado

en aquel hombre desde que conversó con Ana Carrasco. Así que hicieron llamar al maharajá, que tomó asiento junto a ellos en el salón comedor. También pidió una taza de café. El policía y el príncipe hindú sorbieron su bebida. Polrot tomó solo un vaso de agua.

—¿Oyó algo anoche? —preguntó el detective—. ¿Algo inusitado? ¿Fuera de lo normal?

—No, nada de nada. De haber oído algo, una lucha o un grito, por ejemplo, habría salido de mi habitación y avisado al encargado del coche cama.

—Pero el encargado estaba ausente —repuso el detective.

—Eso yo no lo sabía, claro está.

—*Bien sûr.*

El detective miró al inspector jefe, que seguía sorbiendo su café, ajeno a la conversación. Polrot meneó la cabeza.

—Maharajá, ¿qué puede decirme de nuestro anfitrión, de Charles Windleshaw?

—No gran cosa. Lo conocí ayer como bien sabe. Me dio la impresión de ser un hombre amargado. Creo que eso lo pensamos todos. Enfermo, airado, decidido a ejecutar su infame plan hasta las últimas consecuencias.

—¿Y su plan era?

—Él mismo lo explicó. Nos odiaba por nuestros logros y quería hacernos confesar nuestras faltas, reales o imaginarias.

—¿Las suyas cómo son, *monsieur*?

—¿Cómo son? No entiendo.

Polrot cruzó las manos sobre su pecho.

—*Je me demande*… me preguntaba si usted ha cometido alguna falta, algún crimen, o las acusaciones de Windleshaw eran falsas o imaginarias como dice.

El maharajá se agitó en su sillón, un temblor casi imperceptible.

—Yo soy inocente.

—Así pues, no es un parricida, ni un ladrón de joyas, ni indujo a nadie al suicidio, ni se vale de sus asesinatos para escribir, ni abrió la cabeza de una de sus esposas con una barra de hierro.

Las tarjetas con las acusaciones de Windleshaw fueron apareciendo lentamente sobre la mesa del salón comedor según el detective las iba enumerando. Las había cogido del compartimiento del difunto para que le ayudasen en los interrogatorios.

—Yo no hice nada de eso —dijo Farzand Singh.

Polrot iba a hacer otra pregunta. Pero se interrumpió porque tuvo la sensación de que su interlocutor no había terminado.

—Sin embargo…

Hubo un silencio de más de diez segundos.

— *S'il vous plait, continuez.*

El maharajá suspiró.

—Sin embargo, sé de qué crimen me acusaba ese canalla. Aunque estaba equivocado.

El príncipe suspiró de nuevo. Una gota de sudor corría por su frente a pesar de las bajas temperaturas.

—Hace muchos años, antes de casarme con Ana, me enamoré de otra occidental. Se llamaba Marie Grossupova y era hija de un conde sueco. Era una mujer dulce, joven, maravillosa, que soñaba con ser actriz. Marie no se adaptó a la vida en palacio. No tenía con quien hablar aparte de conmigo y pasaba muchas horas sola. Yo soy un hombre ocupado y… en fin, ella se aburría. Yo no supe ver hasta qué punto era infeliz. Me culpo de ello cada día. El caso es que se quitó la vida tirándose desde el Qutub Minar.

Polrot conocía el Qutub Minar. Era el minarete más alto del mundo, uno de los mayores logros arquitectónicos del arte islámico.

—*Si j'ai bien compris*, su esposa Marie se suicidó. Pero nadie la indujo a ello.

—Yo no la induje al suicidio. La amaba y la trataba con cariño. Tardé años en volver a enamorarme.

—Así pues, las acusaciones de Windleshaw eran falsas.

—En lo que a mí concierne, sin duda.

Algo en la forma de hablar del maharajá llamó la atención de Polrot. Así que volvió a hacer la misma pregunta, aunque de una forma distinta, sin dejar de mirar a los ojos a su interlocutor.

—Porque Marie se suicidó sin que nadie la indujese, la

influyese o tratase de provocar su muerte, *n'est-ce pas?*

—Como le he dicho, yo no la induje a suicidarse. Todo lo contrario, habría hecho lo que fuera para evitar su muerte de haber sabido cuán infeliz era en mi palacio. Además, me prometí que nunca, jamás, permitiría que algo así sucediese de nuevo.

El detective dejó de mirar a los ojos de Farzand Singh. Había comprendido.

—Ya no tenemos más preguntas, maharajá. A menos, claro, que el inspector jefe tenga algo que añadir.

Krazov, que había vuelto la cabeza hacia la ventana, constreñida por un muro de nieve, pareció despertar de un sueño. Bostezó y dijo:

—No. Nada. Un gran interrogatorio. Que pase el siguiente.

CAPÍTULO 13:

DÍA 2. UN ESCRITOR ADMIRADO

Polrot escogió en segundo lugar a Matías Klink porque lo admiraba. Antes de comenzar la Gran Guerra leyó con avidez algunas de sus obras. Recordaba bien la descripción de los bajos fondos de Ámsterdam, el lenguaje de la calle, vulgar, soez, el uso del *bargoens*, la jerga de los vagabundos y los marginados. Sus obras respiraban realidad, naturalismo y verdad. Al detective no le gustaba la literatura fantástica o la invención de lugares alternativos. Prefería el mundo real, aunque fuese descrito desde el feísmo. Y Matías Klink era un experto en la sordidez, pero también en la descripción precisa y fidedigna de las calles de su ciudad.

Además, ambos hombres se parecían. Apenas se llevaban siete años (cuarenta y tres de Polrot frente a cincuenta de Klink), tenían un peso y altura similares, ambos vestían con traje claro y chaleco, y lucían un bigote incipiente. Por si esto fuera poco, eran de dos estados colindantes y hermanos, Bélgica y los Países Bajos.

Se cayeron bien de forma instantánea. Hablaron de literatura, de sus ciudades de origen, de sus gustos culinarios (algunos también coincidentes) y conversaron largo rato de temas banales sin abordar la muerte de Charles Windleshaw.

—Yo creo que usted puede ser nuestro asesino —dijo de pronto el inspector jefe en dirección a Matías Klink.

—Pero… ¿por qué…? No entiendo…

El escritor se había quedado pálido.

—Sí —insistió el policía—. Aparece aquí muy afable y locuaz, pero en realidad se dedica a desviar la atención de su interrogador que, por supuesto, no es un profesional sino un aficionado, un simple detective.

Polrot no se sintió ofendido por aquellas palabras. Ya se había enfrentado a opiniones semejantes por parte de las fuerzas del orden.

—Hemos estado hablando de asuntos que teníamos en común —terció, excusándose, aunque pensaba que no había razón para ello —, pero pronto iba a abordar el asesinato de…

—Vamos, vamos, no se lo tome a mal —le interrumpió Krazov.

Krazov, en la primera entrevista, había estado perdido en sus propios pensamientos. Sin duda percibió que Polrot sospechaba, que no veía su actitud como la propia de un servidor de la ley. Aquella era su venganza o, tal vez, su disfraz. Si no era realmente el inspector jefe Krazov, debía luchar por parecerlo.

—Dígame, señor Klink —dijo entonces el supuesto policía—, ¿mató usted a Windleshaw?

—Por supuesto que no.

—Pero tenía algo contra él.

—No tenía nada contra ese ho…

—Sí, lo tenía. Había descubierto que usted era un asesino o un ladrón o lo que sea que describan esas tarjetas —Krazov señaló las tres tarjetas que había en ese momento sobre la mesa.

Polrot había retirado una. Ahora solo quedaban la número 3, la 4 y la 6, es decir, ladrón de joyas y parricida, asesino de su cónyuge con una barra de hierro y escritor que asesina como parte de su proceso creativo. La que hablaba de inducción al suicidio, la número 2, estaba en un bolsillo de la chaqueta de Polrot. Al fin y al cabo, Farzand Singh había reconocido que la acusación, aunque falsa a su juicio, iba destinada al maharajá.

—Yo no soy ninguna de esas cosas —dijo Klink.

—*Mais, évidemment*, Windleshaw le acusaba de alguno de esos crímenes —repuso Polrot—. Culpable o inocente, ¿no hay nada en ninguna de esas acusaciones que le recuerde a un acto suyo del pasado? ¿Algo por lo que fue investigado por la policía? ¿Algo que sucedió en su entorno familiar o cercano y pueda ser interpretado de esa forma?

—No, no y no.

Klink mentía. Tanto el policía como el detective se daban cuenta de ello.

—*Vous devez être honnête.*

El escritor interpretó las palabras de Polrot como una pequeña traición. La persona que hacía unos segundos departía con él amigablemente le acusaba ahora de no ser honesto.

—Estoy diciendo la verdad —insistió con la respiración entrecortada.

—*Mais…*

Klink se levantó de su asiento.

—Soy un hombre de palabra. Me he forjado una reputación. No permitiré que nadie ponga en duda mi honestidad. ¡Y no voy a

responder a más preguntas!

Polrot observó al hombre al que admiraba alejarse con pasos rabiosos hacia su compartimiento. Era un actor pésimo y un mentiroso aún peor.

—Ya tenemos a nuestro hombre —dijo el inspector jefe—. Solo hay que seguir presionándole hasta que confiese.

—*Il est prématuré de crier victoire*. Nos queda aún por interrogar a…

—No. De momento no interrogaremos a nadie más.

Al ver el gesto sorprendido de Polrot, el policía añadió:

—Tenemos todo el tiempo que queramos y necesitemos para resolver el caso. Nadie se va a marchar de este maldito tren en mucho tiempo. Además, tengo hambre. La odisea de esta mañana y el que casi muero congelado, unidas a esta investigación, me han abierto el apetito. ¿A usted no?

CAPÍTULO 14:

DÍA 2. MALOS PRESAGIOS

—Se nos ha terminado el *tournedos* de ternera con salsa bearnesa —les informó el camarero, solícito.

Había pasado media hora y todos los pasajeros (excepto Matías Klink) se hallaban en el salón comedor. Agatha miraba la carta, escrita sobre un papel ambarino muy elegante. Por desgracia, la mayoría de los platos estaban tachados. Los que no lo estaban iban desapareciendo por momentos, las últimas raciones engullidas por los pasajeros.

—¿*Oeufs frites catalane*? —dijo Agatha, dubitativa.

—Le encantarán —dijo el camarero. Luego giró la cabeza hacia Polrot—: ¿Y el caballero?

Las maharanís, vestidas como siempre a la usanza tradicional hindú, estaban mirando a Farzand Singh y Ana Carrasco, que reían en una mesa aparte. Polrot las contempló susurrar entre ellas y volvió a sentir aquella terrible sensación, la premonición de una muerte inminente. Miró al escritor polaco, a Christian Janis, fumando como siempre, lanzando espirales de humo sobre su plato de espárragos en salsa, que en la carta se llamaban *asperges blanches sauce gribiche*. El detective pensó en que los nombres en francés mejoraban cualquier plato; le daban distinción. Porque a veces lo más importante es cómo se llama a las cosas, no lo que en verdad las cosas son. Aquella reflexión le distrajo un rato, como si hubiera dado con una pista importante. Luego miró a Juliet Bell, que parecía preocupada. Se mesaba sus cabellos blancos y no había tocado su plato de *pommes noissete*.

—¿Qué tomará el caballero? —repitió el camarero.

—*Terrine de canard trufée* y, de postre, *la glace plombière* —dijo Polrot.

El camarero sonrió.

—El señor tiene un gusto excelente.

Polrot sonrió a su vez.

—Podrías haberme aconsejado, Héracles —dijo entonces Agatha.

—*Mon amie*, sabes de comida tanto o más que yo. Y has tomado más de una vez todos estos platos.

—Nunca comí los *oeufs frites catalane*. Por eso los he pedido.

—Ah, te encantarán. Pero son algo fuertes para mi estómago. Por eso me he inclinado por un poco de *foie gras*. A algunos les resulta pesado pero a mí me sienta muy bien.

Comieron sin prisas y hablaron largo rato del caso. Agatha bajaba a menudo la voz y describía sus sospechas. El que menos le gustaba era Christian Janis. Polrot disentía:

—Es fácil elegir como culpable a alguien que se esfuerza tanto por ser desagradable, *tu ne crois pas?* Pero el que sea una persona maleducada o que finja serlo no le convierte en asesino.

—¿Entonces quién?

—El inspector jefe sospecha de Matías Klink. O eso dice. Aunque no creo que lo piense.

—¿Klink? —se sorprendió Agatha, bajando aún más la voz—. Si parece alguien inofensivo.

—¿En tus novelas nunca son culpables las personas de aspecto inofensivo?

Agatha rio.

—La mayor parte de las veces resultan ser los culpables.

Rieron ambos.

—¿Por qué dices que Krazov dice sospechar de Matías Klink pero en realidad no lo piensa? —preguntó entonces Agatha.

—Porque esa es la impresión que me ha dado.

—No entiendo.

—Yo tampoco. Por eso le estoy dando vueltas a ese asunto. También a otros asuntos. Hay demasiadas incógnitas en este caso.

—¿Tus células grises están trabajando?

—*Ou*i, *mon amie*. Aunque ya sabes que procuro no usar esa expresión que me robaste para tus novelas. Ahora no hay más células grises que las de Hércules Poirot. Héracles Amadeus Polrot *utilise sa tête*.

El detective se tocó la frente. Agatha le acarició un hombro afectuosamente.

—Eres un cielo. Creo que nunca te he dado las gracias por todo lo que me has dado.

—Yo no te di nada. Lo cogiste tú sola. Es la prerrogativa del escritor. Tú siempre dices que todo lo que te rodea es susceptible de acabar en una de esas libretas que siempre llevas encima y, finalmente, en uno de tus libros.

—No puedo evitarlo. Es mi oficio.

Polrot se quedó de nuevo pensativo. Toda aquella historia, la reunión, el falso juego de Windleshaw, su asesinato… todo estaba relacionado con el universo de los escritores. Agatha le sería de gran ayuda para entenderlo y resolver entre ambos la muerte del dramaturgo.

Sin embargo, aquel día la resolución del caso no avanzó más. Cuando acabaron de comer, el camarero fue de mesa en mesa con una bandeja. Todos depositaron el dinero de su cuenta sobre el bruñido metal e hicieron la sobremesa mientras se tomaban un café o una copa de licor. Cuando acabaron de charlar eran ya las tres de la tarde. Anochecería en dos horas y el gas comenzaba a escasear. No podían malgastarlo en iluminar los compartimientos de los pasillos cuando la luz natural desaparecía. Desde las 17.40 hasta las 7.20 del día siguiente estarían completamente a oscuras.

—Podríamos aprovechar este rato que nos queda para trabajar en el caso —dijo Agatha.

—Es buena idea. El inspector jefe no quiere hacer más interrogatorios y en breve nos confinará de nuevo en nuestros vagones. Repasemos lo que sabemos hasta ahora.

Fueron hasta el compartimiento de Windleshaw. El cadáver reposaba ahora en el lecho, tapado por una sábana. La puerta del lavabo empotrado todavía mostraba un aplastamiento en la moldura de madera donde el difunto había sido golpeado, la lámpara rota continuaba en el suelo y los papeles del dramaturgo seguían revueltos en la mesa bajo la ventana.

—¿El abrecartas? —preguntó Agatha.

—Estará aún clavado en su pecho —Polrot levantó la sábana —. Así es.

El detective registró el equipaje. Nada. Comprobó los pestillos de la puerta por si alguien los había forzado para entrar. Nada. Examinó el suelo, la ventana y sus cortinillas. Nada. Poco después terminó el registro. El detective soltó un bufido y se sentó en el taburete.

—Deberíamos estar hablando con los sospechosos.

—¿Por qué Krazov no quiere interrogar a nadie más?

—*C'est un mystère*. Dice que tenemos todo el tiempo del mundo, que lo hará mañana, que no hay prisa.

—Pero usted cree que, de nuevo, no dice la verdad y que tiene otras razones para dilatar la investigación de la muerte de Windleshaw.

El detective sabía que la historia del dramaturgo le traía a Krazov sin cuidado. Estaba mucho más interesado en sus pesquisas en torno a Turpin, el ladrón de joyas. Sin embargo, aquel asunto también estaba parado. Era como si ya lo hubiese resuelto o fuese todo una mentira, un señuelo.

—Piense lo que yo piense, mientras no podamos probar al *chef de train* que es un impostor, Krazov está al mando. Y cabe la posibilidad, claro, de que sea un policía verdadero. Un inspector jefe puede y acaso debe esconder sus cartas, engañar a los sospechosos, incluso a un detective entrometido al que no tiene obligación de rendir cuentas.

Se despidieron un poco más tarde. Polrot regresó al vagón Atenas-París con las maharanís, todas ellas, incluida Ana Carrasco. Coincidió de nuevo, brevemente, con esta última: la sonrió en el pasillo, inclinó la cabeza y entró en su compartimiento.

Luego, durante horas, la soledad, el frío creciendo sin cesar. Un frío que ni las mantas conseguían disminuir. Polrot durmió vestido, abrigo incluido, tratando de aprovechar cualquier pieza de ropa que pudiese ayudarle frente al descenso continuado de las temperaturas. Tuvo extrañas pesadillas en las que corría por los campos de Bélgica perseguido por los alemanes. Y le disparaban, hiriéndole de muerte. Y oyó una voz que clamaba: “tu muerte es inminente”.

Abrió los ojos, muy asustado. Porque el disparo no había sucedido en el universo de las pesadillas sino en el Orient Express.

Y entonces se escuchó una segunda detonación.

CAPÍTULO 15:

DÍA 3. DOS CADÁVERES DE MADRUGADA

Una sensación de *déjà vu*. Sí, en efecto, aquello ya lo había vivido, pensó Agatha. El despertar abrupto, las voces susurrantes y entrecortadas, la expectación y el miedo. Porque lo primero que vio Agatha al salir de su habitación fue el cuerpo de Matías Klink, tumbado en el suelo. Su cabeza estaba sobre un charco de sangre y su rostro reflejaba dolor, ira y desconcierto. Con aquel extraño rictus había acudido a los brazos de la negra parca.

—¡Oh, Dios mío!

La linterna del *chef de train* dejó de iluminar el cadáver del escritor y avanzó hacia el final del vagón. Polrot acababa de entrar acompañado de Chartres, el camarero.

—Le he hecho llamar de nuevo porque… bueno… ya se lo puede imaginar —dijo el responsable del tren.

El detective asintió.

—Cuando llegué ya estaba saliendo de su compartimiento, *chef* —dijo Chartres—. El señor Polrot había oído los disparos.

Guillaume apuntó con su linterna. El haz de luz se detuvo de nuevo sobre el rostro de Matías Klink, pero luego viró súbitamente 180 grados hacía la otra punta del pasillo. Entonces todos pudieron ver la silla del encargado griego del coche cama. Aún estaba sentado pero con la cabeza caída de forma extraña sobre su mesa. Le habían estrangulado salvajemente. Tenía el cuello destrozado. Y aquel hombre era quien debía proteger de extraños el vagón Constantinopla-Calais.

—*Allons voir* —dijo Polrot, al que el camarero acababa de entregar una segunda linterna.

Polrot se inclinó primero sobre el encargado del coche cama. La cuerda con la que había sido estrangulado aún estaba alrededor de su cuello. Luego volvió sobre sus pasos hasta Matías Klink. Un disparo en la cabeza. Hasta Agatha, desde el umbral de la puerta de su compartimiento, podía ver el orificio en la parte izquierda de su frente, casi tocando la sien.

—Pero yo he oído dos disparos —dijo Polrot.

—Yo también —coincidió Agatha.

El *chef de train* se encogió de hombros. Sabía lo mismo que ellos sobre aquel asunto.

—¿Y el inspector jefe Krazov? —preguntó entonces el

detective.

En el vagón Constantinopla-Calais había varios compartimientos vacíos de segunda clase. El policía se había trasladado temporalmente a uno de ellos.

—No está en la habitación que le asignamos —explicó el *chef de train*—. Como es lógico, fue a donde acudí en primer lugar para intentar solucionar este asunto. Pero no lo hemos encontrado en ninguna parte.

El camarero avanzó entonces hasta la puerta del vagón que daba al exterior. Estaba abierta.

—El inspector jefe me pidió ayer que despejara la entrada antes de que se pusiera el sol —explicó Chartres—. Por si había una emergencia y teníamos que salir del tren, me dijo. El caso es que me llevó una hora de trabajo con la pala quitar toda la nieve.

La puerta no estaba cerrada. El camarero la abrió del todo. Polrot alumbró con su linterna el exterior. Las pisadas de unas botas de montaña avanzaban hacia la ventisca y se perdían en un montículo a pocos metros.

—El único que tenía botas de montaña entre los pasajeros era Krazov, según tengo entendido. Aunque habrá que comprobarlo —dijo el detective recordando que se fijó en aquellas botas cuando el policía llegó al tren el día precedente.

—El personal del Orient Express dispone de botas para su personal —le aclaró *el chef de train*—. Siempre puede haber averías o situaciones adversas como la presente. Debemos estar preparados.

—*D'accord. J'ai compris.*

Se despertó al resto del pasaje. Tal vez ya estuvieran despiertos. De nuevo al frente del caso, Polrot decidió inspeccionar cada uno de los compartimientos. En el de Janis no encontró nada digno de mención: ropa, libros, ningún arma ni botas de montaña.

—Además, las pisadas de ahí afuera no son precisamente pequeñas. Krazov es un hombre alto con una talla de pie adecuada a esas huellas. Por el contrario, el escritor polaco es más bajo y calza una talla menor —comentó Agatha.

—Bien visto, *mon amie*. Aunque un hombre siempre puede calzar una bota de tamaño mayor al de su pie.

En la habitación de Matías Klink tuvieron más suerte. El sofá

cama estaba limpio, pero debajo de uno de los respaldos acolchados encontraron una camisa hecha un ovillo, como si el escritor la hubiese ocultado allí temiendo, precisamente, un registro como aquel.

—Hay unas pequeñas manchas de sangre, *tu vois?* —dijo Polrot mirando con detenimiento la manga derecha—. Ah, eso explica muchas cosas. *Bien que…* plantea nuevas dudas.

—Sí, claro —dijo Agatha. Y luego, tras reflexionar—: ¿Matías Klink mató a Windleshaw?

—Tal vez el inspector jefe estaba en lo cierto sospechando de él. Aunque fue un disparo al azar. Realmente no sospechaba de nadie. Pero aun así acertó. *À condition évidemment* de que alguien no haya puesto esta camisa aquí para incriminar a *monsieur* Klink. Tal vez el propio Krazov. De esta forma quedaría todo explicado. Aunque algo no me cuadra.

—¿Krazov o quien sea primero lo incrimina y luego lo mata?

—Eso es lo que no me cuadra, lo que no tiene sentido, *en effet*. Si lo incriminas debes dejarlo vivo para que responda ante la ley o matarlo de forma que parezca un suicidio. Si lo incriminas por la razón que sea, no lo matas luego de un disparo porque vuelve a haber un asesinato que debe ser investigado.

La revisión de los compartimientos era concienzuda. Polrot levantaba cada almohada, miraba en cada toalla, sacaba cada maleta, hasta miraba todos los frascos de aseo del neceser de los baños. Amanecía ya cuando llegaron al compartimiento de Farzand Singh.

—No tengo nada que ocultar —dijo el maharajá.

—Todos tenemos algo que ocultar, *monsieur.* A veces no es un asesinato, pero todos ocultamos alguna cosa, *non?*

Farzand Singh apartó la mirada y se hizo a un lado para que Polrot pudiese registrar la estancia. Era igual que todos los cubículos de primera clase: el mismo sofá cama, la mesita bajo la ventana y el lavabo empotrado. Pero ni rastro de botas de montaña. El maharajá, por otro lado, no era tan alto como Krazov, aunque su calzado era solo un par de números inferior.

—¿Ha comenzado una nueva obra, *monsieur*?

Había unas hojas de papel garabateadas con ideas, algo parecido a lo que hacía Agatha con sus cuadernos.

—Solo son anotaciones preliminares.

—Pero están en inglés.

—Sí. Aunque mis escritos filosóficos y mis poemas los termino en mi lengua materna, los primeros apuntes los tomo en inglés. Una reminiscencia de mi educación en Londres.

Agatha se inclinó sobre una de las hojas.

—¿Su nuevo libro se llamará “Su Ausencia me Quema el Alma”?

—Sí.

Un título muy bonito.

—Gracias.

Mientras salían del compartimiento, Polrot se inclinó y susurró al oído de Agatha:

—Su primera esposa se suicidó hace años. Creo que le va a dedicar su próximo libro.

Ambos habían visto bosquejos de poemas en los que se hablaba del matrimonio roto, de la ausencia de la mujer amada, a la que llamaba “flor de occidente”.

—Por eso la tarjeta de Windleshaw acusaba a alguien de inducir al suicidio a su esposa.

—*C'est exactement ça*. Pero él afirma que es inocente.

—¿Le crees?

—*Oui, mais ce n'est pas clair.* Hay algo que me oculta.

—Ya me he dado cuenta antes que lo dejabas caer, Héracles.

Polrot le guiñó un ojo. Se detuvieron en la última puerta.

—Con su permiso, *madame*.

—Pasen, pasen.

Juliet Bell estaba pálida, descompuesta. Tenía unas ojeras terribles. Temblaba y vestía con pijama, vestido, abrigo y chaqueta. Se había colocado incluso una manta encima.

—Me muero de frío —explicó.

El detective tocó el techo del compartimiento. Sacó una fina plancha de hielo.

—Hay tanta nieve sobre nosotros que comienza a filtrarse dentro del Orient Express. Pronto habrá colgando del techo una especie de *stalactites*. ¿Se dice igual en su lengua?

—Casi igual: estalactitas —dijo Juliet.

Polrot asintió. Procuró no dilatar demasiado el registro en atención al estado de salud de la anciana. De todas formas, no encontró nada sospechoso. La ropa de la mujer estaba ordenada por colores, lo que le hizo lanzar un suspiro de satisfacción, congratulándose ese ser obsesivo y metódico que habitaba en su interior.

—*Parfait.*

Cuando ya iban a salir, se dieron cuenta de que varias piezas de ropa colgaban del tirador de la puerta, entre ellas una bata. Aquello contrastaba con la pulcritud y el orden que imperaba en el resto de la habitación.

—Tengo tanto frío que dejo a mano cualquier prenda que me pueda ayudar. De esta forma, no hace falta que me levante. Cojo una de estas y me la pongo encima.

Juliet Bell hablaba en un hilo de voz. Parecía a punto de desmayarse.

—Siéntese, por favor —dijo Agatha, preocupada, ayudándola a inclinarse en el sofá.

El detective contempló la ropa y tuvo la sensación de que algo no estaba en su sitio. Cogió una por una cada pieza, jersey, pañuelo, chaqueta y finalmente otra bata. No había manchas de sangre. Entonces, ¿qué estaba mal?

—Gracias por todo, *madame Bell*. Espero que se recupere pronto —dijo finalmente, algo enfadado consigo mismo.

De nuevo en el pasillo, Polrot se detuvo unos minutos, preocupado por algo que había visto. No recordaba el qué. Pero algo le había pasado por alto.

—*Je ne crois pas avoir rien négligé, mais…*

Levantó la vista y observó desanimado los cuerpos de Matías Klink y del encargado del coche cama. Entonces él también palideció.

—¿Te encuentras bien, Héracles? —dijo Agatha, poniéndole una mano en la frente—. Espero que no caigas también enfermo por

culpa de este maldito frío.

—Tranquila, *mon amie*. Es eso de ahí lo que me preocupa. ¿No lo ves?

Agatha miró los cadáveres.

—Sin duda. Pero ya hemos visto cosas así con anterioridad.

—No me refiero a la muerte. Aunque siempre es algo escalofriante, sombrío y descorazonador contemplar hasta dónde puede llegar la maldad humana. Pero no me preocupa eso *en aucune façon.*

—¿Entonces?

—Estamos desesperados: la comida se acaba, estamos varios grados bajo cero en un tren sepultado bajo el hielo *et, comme si cela ne suffisait pas…*

Polrot señaló a los cadáveres. Agatha comprendió.

—Por si todo eso fuera poco tenemos un asesino entre nosotros

—*Non, non, non, mon amie*, no es eso lo que más me preocupa, no es eso lo más terrible. Lo que más me espanta es que estos crímenes de madrugada no los puede haber cometido una sola persona. De nuestra lista de asesinos probables, tenemos aquí al menos a dos actuando, tal vez más. Y no sé por qué razón, muerto Windleshaw, su acusador, continúan matando. Mucho me temo que los crímenes no acaban aquí. Las desgracias solo acaban de comenzar.

LIBRO TERCERO

POLROT CREE HABER RESUELTO EL CASO

DÍA 5 EN EL ORIENT EXPRESS. 8,30 HORAS

He hallado los últimos cadáveres. Dios, ¿cómo ha podido pasar algo semejante?

¿Cómo es posible que alguien haya matado a tantos?

¿Cómo pudo engañar y acabar con la vida del propio Héracles cuando estaba sobre aviso, cuando mi pobre amigo no paraba de hablar de la muerte inminente, del peligro que le acechaba?

Vago como una sonámbula por este lugar en ruinas. Me parece que, en cualquier momento, se abrirá una puerta y sabré la verdad.

Pero la verdad es una enemiga formidable. Y se me escurre de entre los dedos.

¡Vamos, Agatha! Demuéstrales a todos de lo que eres capaz.

¡Vamos!

Parece que al final fracasaré de nuevo. Ya me lo decía Archibald, "alguien tiene que perder y al final siempre eres tú, Agatha".

Tardé demasiado en dejar a ese imbécil.

La frase anterior sería estupenda si no fuera porque Archibald fue quien me dejó. No puedo mentir ni a un maldito cuaderno de notas.

Ojalá tuviese la fuerza de Polrot, esa llama que él tenía en la mirada cuando resolvía un caso. Entonces…

Entonces…

(Cuaderno de Agatha número 74, el primero de los cuadernos perdidos. Página 66)

CAPÍTULO 16:

DÍA 3. RECONSTRUCCIÓN DE UN CRIMEN.

Solo dos días después, todo habría terminado. Pero eso Polrot y Agatha no podían saberlo. En el presente, la escritora era un mar de dudas:

—¿Qué significa que estos crímenes no los puede haber cometido una sola persona?

Polrot miró a su amiga largamente, como si reflexionase sobre su pregunta, pero en realidad lo hacía sobre todo lo que estaba ocurriendo, sobre la sensación de peligro inminente, sobre la muerte que les acechaba y sobre sí mismo. Nunca se había sentido así desde la guerra. Y tenía miedo de no estar a la altura. Porque, pese a toda su sagacidad (la real y la que impostaba), Héracles era solo un hombre.

—*Il est evident, mon amie* —dijo, dando un pequeño salto y recuperando la compostura.

A toda velocidad se encaminó hacia el comienzo del vagón, donde el encargado del coche cama yacía muerto.

—Yo soy Krazov*, nous l'imaginons.* Podría ser otra persona el asesino, pero, como he dicho, imaginemos que soy un falso inspector jefe. Estoy aquí por razones ocultas. Y quiero entrar en el compartimiento de uno de los pasajeros. Presumiblemente para darle muerte. Pero el pobre encargado del coche cama vigila el pasillo. Así que me acerco, hablo con él y me coloco a su espalda sin que el pobre hombre sospeche. Para esta pequeña pantomima me viene mejor un policía porque es más fácil que el encargado se sintiese relajado con alguien con autoridad, pero pudo engañarle otro de los pasajeros. Una anciana de aspecto inofensivo, un famoso escritor…

—O un príncipe indio.

—*Oui, c'est ça*. Lo has comprendido. Piensa que tú misma le engañaste ayer y te hiciste pasar por Ana Carrasco. Tal vez no era un hombre muy despierto. O era alguien de naturaleza confiada.

—Me pareció un buen hombre —dijo Agatha.

Polrot suspiró.

—*Pauvre gars*. Bien, de cualquier forma, volvamos a la reconstrucción de los hechos. Así que soy seguramente un policía o tal vez otro de los viajeros, pero el caso es que me coloco tras el pobre encargado. *Et puis, d'un coup*, me doy la vuelta y lo estrangulo. Una muerte rápida. Si se sabe usar bien una cuerda hasta una mujer puede hacerlo. Aunque no es muy probable que tú o Juliet Bell

pudierais matar de esta forma sin que haya el menor indicio de lucha.

—Oh, gracias.

—*De rien* —repuso Polrot, concentrado en su relato, sin percibir la ironía.

El detective dio otro salto y comenzó a caminar sigilosamente por el pasillo del vagón.

—*Il traverse le couloir mais…* —Polrot se detuvo delante de la puerta de Matías Klink. Meneó la cabeza—. A partir de aquí no está muy claro lo que sucedió. ¿Nuestro asesino trató de matar al escritor holandés? ¿Sin forzar la puerta? ¿De nuevo sin signos de lucha? Yo creo que *monsieur* Klink sospechó de la llegada del asesino y le salió al encuentro en el pasillo.

Agatha miró al cadáver de Matías en el suelo.

—Pero el cadáver está en dirección contraria, mirando hacia el vagón siguiente y no hacia el salón comedor.

Polrot se mordió un labio.

—*Il semble plus probable, en effet*, que Matías oyese algo o estuviese como he dicho esperando la llegada del asesino, pero que saliese de su compartimiento cuando Krazov ya había superado su puerta y se dirigía a una las siguientes: la de Juliet Bell, la de Janis, la de Farzand Singh. Dudo que fuese la tuya, *mon amie,* porque es la primera de todas y quedaba tras él.

—¿Así que no soy sospechosa?

—Nunca lo fuiste.

Entonces el detective alzó un arma imaginaria y, empuñando el dedo corazón de su mano derecha, dijo:

—El asesino entra en un compartimiento, o lo intenta, o ya lo ha hecho y está saliendo del mismo. Vuelve la cabeza y se encuentra de frente con Matías Klink. El escritor le golpea con esa llave inglesa que hay en el suelo y…

—Espere, espere… —le interrumpió Agatha—. ¿Qué llave inglesa?

Polrot le señaló un pedazo de hierro que había a un metro del escritor. Luego, con un gesto teatral, dio un nuevo salto hasta la puerta del vagón y le mostró la huella ensangrentada de un dedo. Agatha pudo ver que había cabellos.

—Sangre y cuero cabelludo —dijo Polrot.

—¡Klink golpeó al asesino con ese trozo de metal!

—Y el asesino le disparó a la cara. Entonces, este criminal, que de momento diremos que es Krazov, ya que es el único ausente y el resto no parecen heridos en la cabeza, abrió la puerta, dejó una huella de sangre en la puerta de salida y abandonó el tren, seguramente con el arma, ya que de momento no ha aparecido.

Agatha miró a su amigo.

—Todo parece más o menos claro.

—*Pas du tout*. De momento tenemos un asesino con un revólver, presumiblemente el falso inspector jefe, y un asesino con una llave inglesa, presumiblemente Matías Klink. Pero hubo un segundo disparo. Yo lo oí perfectamente.

—¿Otro asesino? ¿Tres en total?

—*Oui*. Por eso he dicho que teníamos "al menos" dos asesinos y seguramente otra arma. Tal vez Krazov huyera del tren con un disparo y un golpe en la cabeza.

—Si es así, no creo que haya llegado muy lejos.

El detective señaló hacia las ventanas, completamente cegadas por la nieve.

—Estoy completamente de acuerdo.

Se hizo el silencio. Aquella reconstrucción de los hechos era solo una posibilidad. Ambos lo sabían. Tal vez Klink había atraído al policía a su compartimiento temiendo ser descubierto. Después de todo, Krazov le había acusado de ser el asesino. ¿Y si lo era en realidad? Entonces discutieron, lucharon, el escritor golpeó al policía en la cabeza, que huyó hacia el pasillo, donde acabó la pelea con la muerte del propio Klink a manos de Krazov, que disparó en defensa propia.

Pero esa segunda reconstrucción tenía la misma laguna que la primera, pensó la escritora. ¿Dónde estaba la segunda bala? Y tenía además lagunas adicionales. ¿Quién mató al encargado del coche cama? ¿Farzand Singh? ¿Janis? ¿Klink antes de que llegase Krazov? Posible pero improbable. Además, ¿por qué el inspector jefe salió del tren en ese caso? ¿O murió y lo lanzó afuera el cómplice de Klink, el responsable del segundo disparo? En este último caso, la muerte del encargado tenía más sentido. Klink y su cómplice habían planificado

desde el principio sacar el cuerpo de Krazov del vagón para que pareciese que había huido. Así que mataron al encargado del coche cama, que era un testigo molesto e inevitable.

Polrot, no sabía por qué, no se sentía a gusto con cualquier otra versión de los hechos. Aunque la primera tampoco le gustaba del todo. Había una pieza que le faltaba. No solo era la bala. Era… algo que se le escapaba de entre los dedos. Tuvo la misma sensación que al salir un rato antes del compartimiento de Juliet Bell. Había visto algo importante y no había podido encajar aquella pieza en su visión del conjunto de los hechos.

Odiaba aquella sensación. La impotencia, el caminar ciego por entre un laberinto de pistas, incapaz de hallar la salida.

—*Bon sang! Polrot, t'es bon à rien!* —gimió, desconsolado.

Había pocas cosas que irritaran más a Héracles Amadeus Polrot que el fracaso, la constatación de que sus células grises no eran todopoderosas. Perdón, su cerebro no era todopoderoso. Porque, como ya se ha dicho, el detective prefería dejar las células grises en manos de Hércules Poirot y las novelas de Agatha.

Ojalá en el mundo real los casos se resolvieran con la misma facilidad que lo hacían en el mundo de la literatura.

CAPÍTULO 17:

DÍA 3. PISTAS.

La mañana pasó volando. Los cadáveres fueron colocados en sus compartimientos, Klink en el suyo, el encargado griego (que entonces supieron que se llamaba Oikonomou) en uno de los de segunda clase.

A pesar de que Polrot, al principio, era algo reacio, se limpió la sangre del pasillo. Antes el detective tomó muestras e hizo fotografías con una cámara que le entregó el *chef de train*.

—Tiene que entenderlo —dijo el responsable del tren—. Pasamos por aquí constantemente, de día y de noche. Este no es un escenario de crimen normal ni una situación habitual. No podemos abandonar el vagón ni clausurar el pasillo. Alguien acabaría pisando la sangre, resbalando y…

—Guillaume, *je vous comprends* —dijo Polrot, que había cogido cierta confianza con aquel hombre y le llamaba en ocasiones por su nombre de pila.

Comieron una hora después, en silencio, en el salón comedor. Desaparecido el inspector jefe, las limitaciones de movimiento habían sido eliminadas. Ahora todos podían moverse libremente.

—Juliet Bell no ha venido —dijo Agatha, mientras miraba la carta, donde casi todos los platos estaban tachados.

—Ya lo he visto, *mon amie* —repuso Polrot.

—Llamé a su puerta hace un momento y me dijo que seguía enferma —explicó Ana Carrasco, que estaba sentada en la mesa del otro lado del pasillo junto a su esposo. El resto de maharanís ocupaban las dos mesas siguientes.

—Espero que se recupere pronto —dijo Agatha.

—Ojalá. Parece una buena mujer.

—Además, ya se conocían, *n'est-ce pas?* Tal vez sean amigas —terció Polrot.

—No, no es así. Nunca la había visto hasta ayer cuando… —tartamudeó la bailarina.

—Pero la propia madame Bell dijo que la vio actuar en Madrid en un espectáculo llamado el Baile de las Camelias. Recuerdo que lo mencionó antes de que Windleshaw comenzase con sus tarjetas y sus acusaciones.

—Eso fue hace muchísimo tiempo. Una espectadora más entre

cientos y cientos perdida en la bruma de veinte años atrás. No pretenderás que me acuerde.

—Polrot no puede saber qué recuerda o qué no recuerda una persona, *et il en est ainsi.*

Ana bajó la cabeza hacia su plato y no dijo nada más durante la comida. Tampoco lo hizo su esposo.

Terminados los postres, Polrot y Agatha registraron el compartimiento que había sido asignado a Krazov. No había nada. Ni su ropa ni sus papeles (verdaderos o falsos). Nada. La cama no estaba revuelta. Era como si nunca hubiera estado allí.

—La ausencia de pistas también es una pista —dijo Polrot.

—¿De verdad? —repuso la escritora.

—*Mais oui.* Ahora sabemos que el inspector jefe nunca se metió en el lecho, nunca pretendió pasar aquí la noche. Se quedó de pie, en este lugar, esperando a que las horas pasasen y todos estuviéramos dormidos. Entonces se puso sus dos gabardinas, su capote y salió al pasillo. Su intención fue siempre cometer el delito que fuera, seguramente asesinato, y luego desaparecer. Por eso ordenó a Chartres, el camarero, que despejase la entrada. Iba vestido para actuar rápido y salir hacia el exterior.

—¿A pesar de la ventisca?

—Ya había llegado aquí una vez atravesando las montañas. Creo que decidió tentar de nuevo a la suerte, *au moins essayer.*

—Horas atrás había sido incapaz de llegar al pueblo o a la factoría, que están mucho más cerca. Debía estar desesperado.

—O bien tener una razón muy poderosa para hacerlo.

Caminaron lentamente por el pasillo del vagón Constantinopla-Calais. Ambos tenían cosas en las que pensar. Polrot le daba vueltas al caso. Pero la escritora tenía sus propias preocupaciones.

—Estoy algo cansada. Creo que dormiré un poco. Demasiadas emociones. Además, tengo dos manuscritos que corregir y debo aprovechar las pocas horas de luz que restan en este día. Cuando despierte quiero releer algunos capítulos de “Matrimonio de Sabuesos”, o tal vez de “Un Amor sin Nombre”. Ya lo decidiré.

El detective asintió. No conocía demasiado el universo de los escritores, pero se daba cuenta de que Agatha necesitaba regresar al

mundo de la creación para descansar del mundo real. Y viceversa. Era como si habitase en dos universos distantes (y difícilmente interconectados) y tuviera que guardar tiempo para ambos. A Polrot le pasaba algo parecido. Siempre que un enigma le sobrepasaba huía durante 44 minutos y 4 segundos exactamente. Jugaba al ajedrez, trabajaba en su jardín, ordenaba la casa o paseaba contemplando la naturaleza. Cuando regresaba al enigma, lo afrontaba desde una nueva perspectiva. A menudo la perspectiva que le abría el camino hacia la resolución del caso.

Pero aún no había llegado el momento de distanciarse de los crímenes del presente para resolverlos de una vez por todas. Había demasiadas cosas que no sabía, demasiadas piezas del puzzle que no encajaban.

— *À plus tard*, Agatha. Nos vemos en la cena.

Polrot se quedó de pie en el pasillo hasta que su amiga cerró la puerta. Entonces avanzó sin dudarlo, pues sabía qué debía hacer exactamente a continuación. Llamó a la puerta con unas manos enguantadas.

—¿Sí?

—Soy Héracles Polrot, *monsieur*. Querría hacerle algunas preguntas.

Se escuchó una risa. Los pestillos se deslizaron, la puerta se abrió y un hombre de gafas y pelo ensortijado le miró desafiante. Llevaba su pipa en la boca y exhaló una bocanada de humo directamente a la cara del detective. Polrot aguantó sin toser, mirándole a su vez con gesto desafiante.

—Pase, señor mío —dijo Christian Janis—. Le estaba esperando.

CAPÍTULO 18:

DÍA 3. JANIS.

—Fue en un tren —dijo Janis—. Uno no muy distinto de este, aunque algo menos lujoso, claro está.

El escritor lanzó una última bocanada de humo y apagó su pipa. A Polrot le satisfizo que abandonara aquel estúpido juego, la máscara de *enfant terrible*, de antisistema, de hombre que se esfuerza en caer mal, en demostrar que no es como los otros. No. Ahora tenía delante de sí al verdadero Christian Janis, el afamado autor polaco, la gran estrella de su país. Y era un hombre muy bajo, de no más de metro y cincuenta y cinco centímetros. Privado de su gran pipa de madera, su rostro se rebeló un poco aniñado, sus gafas demasiado grandes, su boca demasiado carnosa. El detective se dio cuenta de que era un hombre de veintimuchos años atrapado en un cuerpo de aspecto adolescente. Alguien que quería crecer pero cuyo cuerpo le traicionaba.

—Al principio no quería matarla, solo asustarla —reconoció Janis de pronto—. Darle una lección.

Polrot no se esperaba aquella confesión. Miró a los ojos a Janis. No mentía.

—Alka estaba de pie en uno de esos ventanales del pasillo, mirando el paisaje —prosiguió el escritor—. Yo sabía quién era. Daba clases de tenis a mi mujer en el club. Nos saludamos. Ella bajó la cabeza, un poco avergonzada. Al fin y al cabo se acostaba con mi esposa. Tenía de qué avergonzarse. Así que rehuyó mi mirada y se concentró en el paisaje. Yo me coloqué a su lado. Mucho rato, respirando muy fuerte. Conseguí incomodarla y regresó a su asiento. Yo me senté a su lado. Ella cruzó las piernas y se volvió hacia el ventanal del compartimento. Y otra vez fingió mirar el paisaje.

«Se bajó la falda. Supongo que debió ser algo instintivo porque yo no estaba mirando sus piernas. Solo miraba sus cabellos. Porque siempre me han gustado los cabellos largos y rubios, como los de mi madre. Creo que le asustó el que no hablase, el que solo fijara mis ojos en su pelo. Era de noche, era el último tren. Íbamos solos. Ni un alma aparte de nosotros dos. Eso también debió contribuir a asustar a la pobre Alka.

Janis se frotó las manos, disfrutando del recuerdo.

—Entonces me di cuenta del poder. Sí. Me sentí poderoso en aquel instante. El miedo de Alka, el sudor en la comisura de sus labios… Oh, señor Polrot, no puede imaginar lo que sentí. Ya no era un hombre diminuto en una casa diminuta con una esposa que lo ve aún más diminuto que como él se ve a sí mismo. Ya no era un autor

fracasado, una joven promesa que ganó varios certámenes de relatos pero parece incapaz de terminar su primera novela. No. Ahora era un cabrón con poder, un cabrón capaz de infundir terror. Usted no sabe lo que se siente.

Polrot no lo sabía. Pero recordaba lo que era estar al otro lado, con los alemanes disparando en la oscuridad y él solo, asustado, sabiendo que la muerte era inminente y no tendría piedad. El detective puso una mano en su frente. Tenía una sensación extraña, como de distanciamiento del mundo real. Tal vez unas décimas de fiebre.

—Alka siguió mirando los huertos, el río Odra, las casas, alguna colina lejana… —prosiguió Janis—, pero yo sabía que no era capaz de ver nada. Solo sentía, me sentía cerca, a su lado, con los ojos fijos en sus cabellos. Y se bajaba la falda una y otra vez, tirando hacia abajo aunque la tela ya no daba más de sí.

El detective tuvo una arcada. Pero se contuvo. Tenía que dejar que Janis prosiguiese.

—Sus cabellos olían a un perfume desconocido. No soy muy bueno con los olores, pero me evocaron un campo de trigo, hierba recién cortada y mil maravillas semejantes. No pude contenerme y extendí mi mano. Toqué su pelo y lo olí. Pasé mi lengua. Oh, qué maravilla.

«Entonces me di cuenta de que la muy puta estaba llorando. "No volveré a ver a Stanislawa", repetía. Tardé un momento en recordar que Stanislawa era mi esposa. Porque ya no me importaba mi matrimonio, solo el olor de sus cabellos, la sensación de poder, la constatación de que el miedo es un jodido afrodisiaco.

—La mató —dijo Polrot, que ya no podía soportar estar callado.

—No inmediatamente. Sabía que faltaban varias paradas, más de media hora, y le hice sentir tanto miedo que creo que hasta se meó encima. Un poco al menos.

El escritor hizo una breve pausa, regocijándose en el recuerdo, y continuó:

—Creo, pese a todo, que al final no la habría matado si el tren no hubiese comenzado a hablarme.

—¿El tren le habló? ¿Está seguro?

Janis soltó una carcajada.

—Ya sabe que el tren emite un sonido cada pocos metros. Ta-

tan. Ta-tan. Todos conocemos el traqueteo habitual de estas malditas máquinas. Pero, de pronto, ya no era Ta-tan sino “Ma-tar”. Sí, se lo juro: “Ma-tar. Ma-tar. Ma-tar. Ma-tar. Ma-tar”.

El escritor se relamió de felicidad al rememorar aquel instante. Polrot no tenía claro si aquella última parte de su confesión era mentira, si trataba de asustarle o de fingirse loco.

Porque Janis no estaba loco en absoluto.

—Así que la estrangulé. Fue un poco decepcionante. El miedo era mucho mejor. Asesinar fue sucio, degradante, los dos luchando, cayendo al suelo, los gemidos, los estertores… Bah, no fue como yo pensaba.

—Lamento que no lo disfrutase.

—A veces lo mejor son los prolegómonos. ¿No dicen eso siempre las mujeres?

Polrot tuvo que contenerse para no levantarse y abofetear a su interlocutor. Aspiró largamente y se concentró en su trabajo.

—Ha dicho que estranguló a Alka, la amante de su esposa. ¿Lo hizo con una cuerda?

—No, con mis propias manos. Aunque supongo que lo dice por el encargado del coche cama. No fui yo. Además, piense que no soy un hombre fuerte. Me costó matar a una mujer. No creo que pudiese matar a alguien fornido como ese griego que vigilaba el pasillo.

—Pero sí podría haber disparado a Matías Klink.

Polrot creía que lo había hecho Krazov. Aunque tal vez podría estar equivocado. Seguía barajando varias posibilidades.

—Si tuviera una pistola podría haberlo hecho. Pero no la tengo. Y no lo hice. Yo no mato sin una razón. La primera fue la venganza, aunque luego me sirviera para escribir mi primera novela. Para volverlo a hacer debería tener una razón igual de poderosa.

La mano del detective buscó en el bolsillo interior de su chaqueta. La tarjeta número cuatro salió a la luz:

El cuarto es un autor (o autora) que se vale de sus asesinatos para escribir. No puede crear a menos que cometa un crimen y base en él sus escritos. Hasta ahora, también ha quedado impune.

Janis negó con la cabeza.

—Ese imbécil de Windleshaw se equivocaba. No mato para escribir. Al menos esa no fue la idea original. Perdí el control a causa de mi fracaso como autor, del adulterio y de, por qué negarlo, mi falta de moral social, de empatía, de esas cosas que poseen los seres civilizados. No maté para escribir, repito. Si bien es cierto que al volver a casa tras el crimen descubrí que había quedado impune, como bien dice nuestro amigo el dramaturgo "de renombre". Nadie me había visto en la estación. Era de noche y nadie reparó en mí. Por la mañana encontraron el cadáver de Alka y no sospecharon de ese pequeño hombre que escribía cuentos. Ni siquiera mi esposa lo hizo aunque hubiese muerto su amante. No me veía capaz. Además, nadie sabía de la relación entre ambas. Lo llevaban en secreto las muy putas.

«Tuve que soportar los lloros a escondidas de Stanislawa durante semanas, mientras yo, por fin, me sentía capaz de terminar mi primera novela. La llamé "Impulso Homicida" y trataba de un autor fracasado que mata por un impulso a la amante de su esposa. Fue un éxito tremendo. La novela más vendida en Polonia en lo que va de siglo. Pero al cabo de unos meses me detuvieron. Demasiadas similitudes con la muerte de la pobre Alka: el tren, el estrangulamiento y la soledad de la estación, entre otras. Mi abogado sostuvo en el juicio que la muerte de la muchacha me inspiró la obra, que no contaba nada que no fuera del dominio público, que no había huellas mías, ni pelos, ni pruebas en mi contra. Porque, ¿sabe, señor Polrot?, la maté un día de invierno, como este, y llevaba guantes. El destino siempre ha sido mi aliado.

«Así que fui declarado inocente y ahora vivo una vida feliz, soy famoso y acudo a festivales y a reuniones de escritores como esta. Viajo por todo el mundo y mi Stanislawa me espera en casa, siempre obediente, siempre fiel, siempre entregada. A veces se despierta por la noche y me encuentra contemplando su largo pelo rubio. Una vez fue morena… pero le ordené teñirlo y que se lo dejase largo y ondulado como Alka. Me obedeció. Me teme. Somos el matrimonio perfecto.

Polrot no podía soportar más aquella conversación. Se volvió hacia la puerta del compartimiento y la abrió. No podía hacer nada contra Janis. Había sido declarado inocente. No se le podía juzgar de nuevo. En efecto, había quedado impune. Cuando Windleshaw invitó a los autores a abandonar el salón comedor, Janis no lo hizo porque la situación le resultaba divertida, edificante, morbosa… no porque tuviese miedo de las revelaciones del dramaturgo.

—Ya está todo claro, *monsieur* —dijo Polrot. Tragó saliva. Le costaba hablar—. Ahora, yo…

—¿Puedo quedarme con esa tarjeta? Para mí es como un souvenir, un recuerdo de este maravilloso viaje en el Orient Express.

El detective respiró hondo con medio cuerpo ya en el pasillo. Era como si el aire del interior estuviese viciado por la presencia del mal absoluto. Todo le daba vueltas, como si fuera a desmayarse.

—*Oui. D´accord*. No hay problema. Pero ahora tengo que irme.

Entregó la tarjeta. Dio dos pasos, trastabilló. Una voz resonó a su espalda:

—Vuelva cuando quiera. Me ha encantado hablar con usted.

CAPÍTULO 19:

DÍA 3. HAMBRE Y HIELO

—¿Estás bien, Héracles? —preguntó Agatha, poniendo una mano en el hombro de su amigo.

Se hallaban en el pasillo, delante del salón comedor. La puerta estaba cerrada, lo que era incomprensible. Se estaba formando una cola a su espalda. Farzand Singh y sus seis esposas acababan de llegar. No había rastro de Juliet Bell. Tampoco de Christian Janis.

—Me siento impotente. Soy un cobarde. Soy un… —Polrot comenzó a soltar una retahíla de frases a media voz en francés. Estaba algo febril, algo irracional. Hablaba tan rápido que ni su amiga fue capaz de entenderle.

El detective le había hablado del interrogatorio al escritor polaco. Por alguna razón, aquella conversación había superado a Héracles. No había sido capaz de contestar al monstruo, de hacerle frente. El mal, la sociopatía, la salvaje falta de humanidad de Janis le habían desarmado. Y luego, cuando abandonó su compartimiento, Polrot se lamentó durante horas de su derrota, de haberse convertido de alguna forma en una víctima (aunque menor) de aquel hombre.

—Me habló… él dijo… *ce malade* me explicó que… —comenzó a decir el detective.

—Hola, ¿cómo estáis? —le interrumpió entonces una voz a su espalda.

Agatha y Héracles se volvieron. Ana Carrasco les miraba.

—Lamento interrumpiros pero, ¿sabéis qué pasa? ¿Por qué el comedor está cerrado?

—Eso mismo nos preguntábamos nosotros hace un momento —dijo la escritora.

—¿Habéis llamado a la puerta?

Polrot alzó su bastón y golpeó dos veces. Nada. Volvió a hacerlo con más insistencia, casi con violencia. Se escuchó un rumor de pasos. La puerta se abrió y asomó la cabeza alguien conocido: Chartres.

—¿No les han informado? —dijo el viejo camarero.

—¿De qué tendrían que habernos informado? —repuso Agatha.

Se dio cuenta entonces de que estaba tiritando. Todos llevaban sus mejores abrigos dentro del tren y, pese a todo, hacía un

frío de muerte. Incluso Polrot, embutido en su enorme abrigo gris de piel de zorro, temblaba sin cesar. Estaban a cuatro bajo cero, y eso que eran las cinco de la tarde. No podía ni imaginarse hasta dónde llegarían las temperaturas por la noche.

—Esperen un momento —dijo entonces Chartres.

El camarero volvió a cerrar la puerta, lo que sorprendió a todos los presentes. Se escucharon unos pasos precipitados y luego una conversación entre dos personas.

—Tenías que avisarles tú.

—¿Yo? Nadie me dijo que lo hiciera.

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez la cabeza que asomó fue la del *chef de train*.

—Amigos míos, honorables clientes del Orient Express —comenzó Guillaume en un tono de disculpa que no hacía presagiar nada bueno—, lamento informales de que hoy no habrá cena.

—¿Cómo que no habrá cena? —dijo Farzand Singh—. Exijo que, de inmediato, disponga una mesa para mí y para mis esposas. Y que…

—Tal vez no me he expresado bien, maharajá. Perdóneme de nuevo. No habrá más cenas. Ni hoy ni en los días sucesivos. Solo una comida por jornada. Y mucho me temo que mañana o, a más tardar, pasado mañana, nos quedaremos sin nada que echarnos a la boca, aún racionando lo que queda en la forma que acabo de expresar.

El silencio recorrió la fila de hambrientos. Luego comenzaron las quejas, más exigencias, incluso algún sollozo de la más joven de las maharanís, que solo contaba dieciocho años.

—Señoras y señores —dijo el *chef de train*—. No hay nada que pueda hacerse. En el momento que cese la ventisca iremos a por comida al pueblo. O a donde sea.

—¿Y si no cesa? —preguntó Agatha.

—Si en cuarenta y ocho horas no ha cesado saldremos igualmente. La alternativa sería morir de hambre. Pero esperemos no llegar a esos extremos. Seguro que las autoridades conseguirán ayudarnos de alguna forma.

La fila se desarmó tras varios minutos de tensión y amenazas de informar a los consulados de la India, España, Bélgica y Reino

Unido tan pronto llegaran a destino. Pero fue en vano. Todo el mundo regresó a sus compartimientos. Solo permaneció Ana Carrasco, que comenzó a charlar amigablemente con Agatha. Se habían hecho amigas.

Polrot decidió aprovechar aquel momento.

—Una última cosa, Guillaume —dijo entonces el detective antes de que la puerta se cerrase de nuevo.

El *chef de train* se volvió.

—Dígame.

—¿Las autoridades acostumbran a llegar a tiempo en este tipo de casos?

—No entiendo.

—*Je pense que vous me comprenez parfaitement.*

El *chef de train* respiró hondo. Bajó la voz:

—Hace unos años sucedió algo semejante pasada ya la frontera búlgara. No le pasó al Orient Express pero eso es lo de menos. El tren en cuestión estuvo bloqueado once días. No recibieron ayuda. Es muy difícil que llegue un hombre solo, lo que hizo el señor Krazov fue una hazaña, una heroicidad. Y es completamente imposible que lo hagan trineos con alimentos.

—¿Y qué pasó finalmente con ese otro tren y sus pasajeros?

—La ventisca no era tan fuerte y un pueblo mucho más importante estaba cerca. Varios viajeros pudieron ir a pie, comer y comprar vituallas para ellos y los familiares que les esperaban en el tren. Luego amainó y continuaron su viaje.

—Pero en nuestro caso no será posible. ¿No es cierto? *Vous devez être honnête avec moi.*

—No. En nuestro caso no es posible esa opción. Al menos de momento.

—¿Y qué opciones nos quedan?

—No muchas, señor Polrot. Pero las intentaremos todas. Por descabelladas o arriesgadas que sean.

—Comprendo, *mon ami.*

Antes de cerrar la puerta, Guillaume hizo una petición al

detective:

—Le rogaría que esta conversación quede entre nosotros, señor Polrot. No es buena idea que cunda el pánico.

El detective estuvo de acuerdo. Se despidió del responsable del tren y luego de Agatha y la maharaní, que seguían cuchicheando, sin duda cotilleos sobre las otras esposas de Farzand Singh.

—*Bonne nuit, mesdames.*

Polrot avanzó hasta el siguiente vagón. Caminó lentamente, con la cabeza gacha, aún pensando en Christian Janis, que llevaba horas sin dar señales de vida.

—*Soyez maudit, Janis.*

Ya en su compartimiento, no se desvistió. Nadie lo hizo aquella noche en el Orient Express. Todos durmieron con abrigo, manta y, en el caso de Polrot, hasta con su famoso sombrero blanco, la fedora que tanto amaba. Porque sus orejas y su calva eran como los témpanos de hielo que colgaban del techo, esas estalactitas que días atrás había vaticinado el detective y ahora colgaban por todas partes, mudos recordatorios de su encierro a temperaturas bajo cero.

Lo único positivo, pensó, *es que, si vuelve a cometerse un asesinato, no tendré que salir en pijama o ponerme la bata. Estoy listo para la acción*, pensó.

Aunque quería creer que, de momento, no habría más sorpresas. No parecía haber una razón que justificase más muertes. ¿Verdad? Y, sin embargo, la sensación de peligro y el temor a eso que él llamaba “la muerte inminente” parecían no haberle abandonado.

Así que leyó un ensayo sobre la psicología de los asesinos en serie hasta que se puso el sol. Luego unas páginas más ayudado de su linterna. Pero no quería gastar las pilas, que estaban en las últimas, y la apagó pronto. En la oscuridad reflexionó largamente sobre aquel caso. Algunas de las piezas comenzaban a encajar en su cabeza. Estaba seguro de que pronto resolvería el enigma.

Se durmió, relajado, con una sonrisa triste en los labios. Aquella noche soñó de nuevo con los campos belgas de Flandes. Una vez más, estaba de rodillas, disparando detrás del muro de una casa. De nuevo a temperaturas bajo cero. La muerte inminente le acechaba. Su secreto (aquello que había pasado y ni siquiera dejaba aparecer en sus recuerdos, aquello que estaba tratando de olvidar) se había

tornado más ligero, parecía casi como si nunca hubiese sucedido. Tal vez por eso, al menos esta vez, no tuvo miedo. Y también porque al otro lado, más allá de la niebla, era Janis el que disparaba.

—Yo no soy una pobre mujer asustada, maldito cabrón —le chilló a la bruma—. ¡No podrás conmigo!

Y entonces, en la lejanía, se escuchó un grito. Janis aullaba, derrotado, de nuevo convertido en un hombre pequeño y prescindible. Pero algo llamó la atención de Polrot. Era una voz de mujer. Era la voz de…

Abrió los ojos. Como la noche anterior, el sonido no provenía del sueño. Alguien estaba gritando en el mundo real. Era la voz de Ana Carrasco que aullaba:

—¡Está muerta! ¡Oh, Dios mío! ¡Está muerta!

CAPÍTULO 20:

DÍA 4. ESTÁ MUERTA

Amanecía. Eran las siete y once minutos de la mañana. Polrot había dormido más de diez horas seguidas. Hacía años que no dormía tanto. Aquello reflejaba el estado de agitación, de cansancio, de hastío, en que se hallaba su mente. Los recuerdos de la guerra, la batalla de Ypres, el terrible presente, el frío, el hambre… todo aquello le estaba pasando factura. También la fiebre. Debía estar al menos a treinta y ocho y medio.

Pero debía concentrarse, se repetía, debía resolver aquel caso, salvar la vida y retornar a la civilización. Entonces todo volvería a la normalidad. Al menos, eso esperaba.

Trató de focalizar sus pensamientos en lo que acababa de suceder. Ana Carrasco estaba en brazos de su marido. Lloraba apoyada en su hombro.

—Vamos, Ana, mi dulce Daria. Ánimo —le susurraba al oído el maharajá.

Se hallaban delante de la puerta del compartimiento de Juliet Bell. Del interior acababa de salir Chartres, que se hizo a un lado.

—Tras la muerte de mi compañero, el *chef de train* me encargó que esta noche vigilase el coche cama —le informó—. A eso de las siete llegó la esposa del maharajá desde el otro vagón y me dijo que estaba preocupada por Juliet y….

—¿Ella la llamó Juliet y no *madame* Bell?

—Juliet, sí, eso dijo.

—Perfecto. *Continuez s'il vous plait.*

Chartres afirmó con la cabeza y dijo :

—Entonces la señora entró, dio un grito y dijo que estaba muerta. Entré a comprobarlo y en efecto la señora Bell se hallaba en el sofá cama, cubierta de sangre.

Esta vez fue Polrot movió la cabeza afirmativamente. Antes de entrar, sin embargo, hizo otra pregunta:

—¿Los pestillos no estaban echados?

—¿Los pestillos?

—¿Ni usted ni la maharaní tuvieron que forzar la puerta?

—No, ninguno de los dos. La señora llamó dos veces, no obtuvo respuesta y entró con solo girar el pomo del tirador. Y cuando

yo entré la puerta ya estaba abierta.

El detective penetró en el compartimiento. Olía a sangre, a cerrado, a enfermedad. Juliet Bell estaba postrada, de lado. Junto a su mano derecha había un abrecartas muy parecido al que había acabado con la vida de Charles Windleshaw. La anciana llevaba un camisón subido hasta el abdomen. Bajo el pecho izquierdo, casi tocando la axila, se veía una gran incisión, un orificio enorme del que había manado mucha sangre, ahora seca.

Una voz de mujer dijo:

—Debió morir ayer por la tarde, a juzgar por el rigor mortis completo.

Polrot se volvió y contempló Agatha. Estaba muy hermosa aquella mañana, pensó. Y le gustaba que fuese a cada minuto más perspicaz. Aumentaba su atractivo y magnetismo personal.

—*Je pense que tu as raison.* Falleció poco después de que nos quejásemos en este mismo pasillo por la cancelación de la cena.

—¿Crees que alguno de nosotros…? ¿Alguno de los pasajeros entró aprovechando el momento y la atacó como a Windleshaw con un abrecartas?

Polrot suspiró. Tenía frío. Mucho frío. Y la fiebre le atenazaba. Apenas podía pensar. Se inclinó de nuevo sobre el cadáver. La incisión era demasiado grande. ¿Quién apuñalaría a la pobre mujer con tanta saña, retorciendo una y otra vez el abrecartas para perforar de aquella manera la carne de…?

—*À moins que...*

Polrot examinó las uñas de Juliet Bell, vio la sangre bajo las cutículas y lanzó una exclamación. Luego alzó un brazo y buscó debajo del almohadón más cercano. Halló las gasas y el hilo.

—¿Sabías, Agatha, que *madame* Bell había sido asistente de un cirujano durante la guerra? Recuerdo que lo comentó cuando la interrogué junto al inspector jefe Krazov.

—¿Y?

El detective iba a contestar pero una idea asaltó su mente y dio un respingo.

—*Oh, Polrot, tu es un idiot, un imbécile complet et total!*

El detective cerró la puerta desde dentro y revisó las piezas de

ropa que colgaban del tirador, tal y como había hecho cuando inspeccionó el compartimiento por primera vez. Cogió de nuevo una por una cada pieza, jersey, pañuelo, chaqueta y finalmente bata. Solo era ropa. Entonces, ¿qué estaba mal?, se preguntó entonces. No pudo verlo. Se marchó de aquella estancia aturdido, sin comprender qué es lo que no encajaba. Estaba preocupado por algo que había visto. No recordaba el qué. Pero algo le había pasado por alto.

—No era lo que había visto sino lo que faltaba, *mon amie.* Lo que no había visto.

—¿De qué estás hablando ahora? Me estabas comentando que Juliet había sido asistente de…

—*Non, attendez,* es la misma cosa. ¿Qué falta en esta puerta?

Polrot señaló bajo el tirador, el lugar que había ocultado exprofeso Juliet Bell con piezas de ropa para que no reparasen en ello. Aunque lo había limpiado lo mejor posible, podían verse los pequeños agujeros donde antes se hallaban incrustadas dos piezas de metal.

—No están los pestillos —dijo Agatha, sorprendida.

—*Mais oui*. Alguien forzó esta puerta. No hoy sino la madrugada de ayer. Lo que explica muchas cosas: la enfermedad de *madame Bell*, el que estuviera tan pálida, el que la noche en que murió Matías Klink y el encargado del coche cama oyésemos dos disparos o la importancia de que la anciana dama haya sido asistente de un cirujano.

Agatha miró el cadáver. Reflexionó y dio con la línea de razonamiento del detective:

—Alguien, seguramente Krazov, forzó esta puerta y disparó a Juliet —dijo la escritora—. Luego tuvo lugar la pelea del pasillo que acabó con la vida del señor Klink y más tarde se hallaron los cuerpos del propio Klink y del encargado del coche cama. Y se supo que Krazov había desaparecido. ¿Pero por qué la señora Bell no avisó de que estaba gravemente herida?

—Porque no lo estaba. Era una herida importante, pero ella había trabajado con un cirujano en la guerra. Sin duda tuvo que extraer balas a soldados heridos y coserlas en persona, *j'en suis sûr*. En batalla el caos es terrible y a menudo las asistentes deben tomar el papel de médicos, pues estos están operando a varios hombres a la vez. Pero los años no pasan en balde. La guerra fue hace casi quince años. No es lo mismo tener cincuenta y pocos que sesenta y muchos,

casi setenta. Y no es lo mismo extraer una bala a un soldado que extraérsela a uno mismo. Al final no fue capaz, perdió el conocimiento y murió desangrada. La pobre dama sobreestimó sus capacidades.

—De todas formas, no entiendo por qué asumió un riesgo semejante.

—No quería ir a la cárcel.

—¿A la cárcel?

—¿No lo ha entendido aún? Ella era Turpin, el ladrón que buscaba el inspector jefe. Aunque todavía no comprendo el gesto de estupor que vi en sus ojos cuando Krazov le habló del ladrón de joyas al que perseguía. ¿Por qué estupor? Al ser descubierta debería haber sentido miedo o ira… nunca sorpresa. Sabía que la estábamos interrogando y no era imposible que el inspector jefe la desenmascarase.

Agatha removió la cabeza.

—Entonces, ¿realmente Krazov era policía?

—Tal vez me haya equivocado. O tal vez no. Porque Krazov, si sabía que ella era Turpin podría haberla detenido con testigos, a plena luz del día. Si lo hizo a escondidas, en la noche, pistola en mano, es porque buscaba otra cosa.

—¿Qué cosa, Héracles?

Polrot abandonó el compartimiento. Ana Carrasco había dejado de llorar y ahora estaba de pie junto al maharajá. Ambos habían escuchado toda la conversación entre Agatha y el detective. Y ahora se estaban mirando consternados.

—Sea lo que sea, debe ser algo muy valioso, Agatha —dijo Polrot—. Algo por lo que vale la pena matar o arriesgarse a morir desangrado o perdido en la nieve, *n'est-ce pas?*

Farzand Singh y su esposa se dieron la vuelta y se marcharon a toda prisa al vagón Atenas-París, donde el príncipe se había instalado ya de forma definitiva.

—Sin duda, Héracles —repuso Agatha, saliendo también del cubículo—. ¿Pero el qué?

Y entonces cayó en la cuenta. La escritora se llevó una mano a la boca y lanzó un grito de asombro.

—¡El Ojo del Mar!

CAPÍTULO 21:

DÍA 4. LA ÚLTIMA COMIDA

Los cálculos del *chef de train* habían sido inexactos: se había quedado corto. Los alimentos no duraron más que para una comida. Todo el mundo tenía hambre y pidió repetir. El responsable del Orient Express, que sabía que no había ya para otro servicio completo la jornada siguiente, dio su consentimiento. La carne, los huevos, las manzanas, los espárragos y hasta las *terrines* de foie-gras que solo gustaban a Polrot…. todo voló, hasta el último de los postres y de los helados.

Y a pesar de todo, nadie estaba ahíto.

—Cómete ese bollo, querida —dijo una de las maharanís, la de mayor edad, a Ana Carrasco.

Era el último alimento que quedaba en las mesas que ocupaba el harén del maharajá. De hecho, el último que quedaba en cualquiera de las mesas.

—No, por favor, hazlo tú.

Polrot observó aquella escena desde su asiento. Había una indudable tensión en el ambiente. Parecía que la mayor de las maharanís quería dejar claro que Ana era la preferida de Farzand Singh, tanto que le correspondía el último pedazo de comida, aunque el resto se muriese de hambre.

Y lo cierto es que, por más que intentase disimularlo, el maharajá prefería a Ana por encima de sus otras esposas. Se había casado con ellas por obligación, por forjar alianzas con otros príncipes. Solo amaba a la bailarina española. Aquella era una causa constante de fricción en el grupo, en el reino y en sus relaciones familiares.

—Si nadie se come ese bollo, lo enviaré a nuestros criados con el resto de comida que les hemos reservado —dijo Farzand Singh.

Las maharanís guardaron silencio. Solo Ana abrió la boca.

—Qué demonios —dijo—. Si nadie lo quiere, me lo como yo — Cuando acabó, se relamió y añadió—: Estaba buenísimo. Gracias, queridas.

Las otras princesas no hicieron gesto ni comentario alguno. Se levantaron de sus asientos y se marcharon.

—Siempre estamos igual —dijo el maharajá—. Esto no acabará nunca.

—Sí qué acabará —repuso Ana—. Muy pronto.

Terminada la comida, Farzand Singh ofreció precios desorbitados por cualquier ropa de abrigo que alguien pudiera venderle. Le daba igual que fueran gabardinas, pellizas o mantas viejas. Todo lo pagaba a precio de oro. Así que muchos de los empleados vendieron parte de su ropa, incluso Christian Janis, que le vendió uno de sus abrigos.

—Solo puedo ponerme uno a la vez y siempre llevo el de piel de castor. Y con el dinero que me ha dado puedo irme un mes de vacaciones.

Esta explicación se la dio a Polrot, que le contemplaba con el ceño torvo.

—Vamos, no me mire así, señor detective. Se toma la vida demasiado en serio. Y este mundo, los seres que lo habitan y hasta la existencia misma no son más que una chanza ridícula. Valemos solo la cantidad de risas y de carcajadas que hemos disfrutado en el camino. Y yo me he reído mucho, créame; a menudo a costa de los demás, lo reconozco, pero eso no deja de ser parte del mismo chiste que es la vida.

—Un día pagará y dejará de reír, *monsieur* Janis.

—Aún no ha nacido alguien capaz de arrebatarme la sonrisa. ¿Usted tal vez?

—*Peut-être que oui.*

Janis soltó una tremenda risotada.

—Usted es el más gracioso de todos los aquí presentes. Cuando regrese a Breslavia pensaré mucho en Héracles Polrot. Puede estar seguro. Tal vez le convierta en un personaje literario, como ha hecho Agatha, pero en mi caso será un tipo que se cree demasiado listo y que al final no es capaz de estar a la altura de la visión agrandada que tiene de sí mismo.

Cuando el escritor polaco se marchó, Polrot tenía las manos crispadas, se estaba clavando las uñas en la palma de la mano sin apenas darse cuenta. Le distrajo de su ira reprimida la presencia de Farzand Singh, que había conseguido ocho abrigos o gabardinas, once bufandas y cinco mantas para sus esposas. Estaban en ese momento a siete bajo cero. De hecho, durante la comida habían tomado casi todos sus platos medio congelados. El maharajá no quería que sus compañeras, tanto a la que amaba como a las que no, lo pasasen mal.

—Debería contarme la verdad, maharajá —dijo Polrot al verlo pasar.

—No hay nada que contar.

—Yo creo que sí. *Tout d'abord, une suggestion:* dígame por qué llama Daria a su esposa.

—Es un motivo literario, hace referencia al gran diamante, orgullo de mi estirpe, el Daria-ul-ain, el Ojo del Mar. En mis escritos llamo a mi amada con ese nombre. Creí que Ana ya se lo había explicado. Eso me dijo.

—Me lo explicó, *oui,* pero yo querría saber la verdadera razón por la que la llama así.

—¿La verdadera razón? No sé a qué se refiere.

—Ahora voy a preguntarle algo que ya pregunté a su esposa. ¿Dónde se halla ahora el diamante rosa? *Il vaut mieux que vous disiez la vérité.*

—El Ojo del Mar está en mi palacio de Shillong, en la India.

—*Faux! Vous êtes un menteur.*

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo porque lo que me dice es falso, *faux,* una mentira y por tanto usted es un mentiroso. Sea sincero, se lo ruego. Aquí ha habido un robo y varios asesinatos. La justicia exige que…

Farzand Singh se dio la vuelta, ofendido.

—El diamante es de mi propiedad. Dónde esté y lo que se haga de él es cosa mía. Si uno es el propietario de algo no puede robarlo. Si uno es propietario de algo puede venderlo. Esa es la única verdad de este asunto.

Cuando vio que Farzand Singh se alejaba, el detective alzó la voz:

—¿Pero usted es realmente el propietario, maharajá? ¿Eso es cierto? *Vous êtes absolument certain?*

Una vez a solas, Polrot se preguntó si él estaba también en lo cierto. Si todas las pistas que había acumulado estaban bien colocadas en el invisible puzzle de su cabeza y si de verdad había resuelto el caso.

Más tarde, se sintió como un cobarde, se preguntó por qué no

era capaz de gritar a Janis, de llamarle asesino, cruel y depravado monstruo criminal. Había sido capaz de levantarle la voz a un príncipe pero se sentía cohibido ante un hombre de metro y medio de estatura.

Y entonces lo comprendió.

—Ay, ese hombre no es alguien pequeño. Tal vez un día lo fue. Pero ya no. Ese maldito *est un géant*, un enorme y espantoso gigante.

CAPÍTULO 22:

DÍA 4. HAY QUE SOBREVIVIR

De pronto, cesó la ventisca. O, al menos, relajó un poco su intensidad. En una de las ventanas del pasillo un haz de luz atravesó la pared de hielo que los tenía atrapados. Fue una señal. Guillaume, *el chef de train*, tomó una decisión:

—Tenemos que salir al exterior. Una parte de los empleados del Orient Express irán de caza. Otra parte irán hasta el pueblo y la refinería a buscar ayuda. Espero contar con la colaboración de algunos pasajeros. ¿Voluntarios?

Farzand Singh se puso a disposición del responsable del tren y ordenó que le acompañaran dos de sus criados hindúes, que llevaban varias joyas del maharajá para intercambiar por comida. Los dos mejores tiradores del personal del Orient Express y Christian Janis (que afirmaba ser un experto cazador) partieron en dirección contraria, hacia las montañas. Se repartieron botas de montaña para todos los pasajeros que no dispusieran de ellas y quisiesen ayudar.

—¡Vamos! ¡Confío en todos ustedes! ¡Saldremos de esta! —chilló Guillaume, en un corto discurso motivacional que, pese a todo, despertó algunos aplausos.

Cinco minutos después, Polrot ya estaba listo para unirse al primer grupo, que comenzaba a caminar hacia el pueblo de Alpullu y la refinería de azúcar, pero fue interpelado por Chartres:

—Acompáñeme, rápido.

El detective abandonó el grupo de expedicionarios y avanzó entre la nieve hacia el final del Orient Express. El *chef de train* estaba con el maquinista en el techo del segundo de los vagones de pasajeros, apartando con una pala los gigantescos depósitos de nieve que habían amenazado con aplastarles durante aquellos días. Le faltaba aún por limpiar el furgón de cola donde dormían los empleados. Y, por supuesto, la locomotora, que por desgracia estaba incrustada en la pared de hielo y a la que no podían de momento acceder por el techo. Necesitarían para hacerlo muchos hombres armados de picos y palas.

—Estaba harto de que se filtraran y colgaran en mi compartimiento todas esas *stalactites*. Hoy dormiré más tranquilo —dijo Polrot al camarero.

—No estoy tan seguro de que podamos dormir tranquilos ninguno de nosotros. No si siguen apareciendo más cadáveres.

—Chartres, *que voulez-vous dire?*

—Quiero decir que hemos encontrado otro cuerpo —El camarero se detuvo e hizo bocina con las manos para que su jefe le oyera—: ¿Dónde está, señor?

El *chef de train* alzó su pala, señalando al oeste.

—Vayan por detrás del vagón, cerca de ese árbol cercenado, a unos cincuenta metros a la izquierda. Desde donde nosotros estamos se ven las manos y parte de la cabeza.

Polrot y el camarero no tardaron más de cinco minutos en encontrar el cuerpo de Krazov, encajado en un bloque de hielo.

— *Je ne comprends pas* —dijo Polrot—. Krazov caminaba hacia el pueblo. No estaba tratando de huir. ¿Sería realmente un policía?

Tiraron de un brazo y la cabeza se desprendió del todo, mostrando una boca abierta enmarcada por los largos bigotes que había lucido en vida. Arrancar de aquella prisión helada el resto del inspector jefe ya no fue tan fácil, pero al cabo de una hora pudieron llevarlo hasta el tren en un *trabois* improvisado con los restos del árbol cercenado que, por suerte, se hallaba en efecto a muy poca distancia.

—¿Cuánto tardará en descongelarse? —preguntó el camarero.

Se hallaban delante del vagón Constantinopla-Calais. Pese a que había cesado la ventisca, la temperatura era aún muy baja.

—Horas, días, *qui sait?* Lo dejaremos en su lecho, como hicimos con los otros, y que la naturaleza siga su curso.

Iban a coger el cuerpo para el traslado cuando Polrot lanzó un pequeño grito. Chartres se detuvo.

—¿Qué sucede?

—El inspector jefe tiene algo en la mano derecha. *Vous ne l'avez pas remarqué?*

La extremidad de Krazov, en efecto, estaba cerrada en torno a alguna cosa que no podía verse bien. Colocaron unos paños sobre los dedos y trataron de calentar la mano frotando con cuidado, ya que estaba completamente congelada.

—¿No podríamos traer algo caliente de las cocinas? —preguntó el detective—. *Peut-être de l'eau* o alguna otra cosa.

Chartres negó con la cabeza.

—Se ha acabado casi todo. Desde el café a los cilindros de gas para las lámparas de las habitaciones o las pilas de las linternas. No podemos malgastar nada, ni siquiera para calentar un líquido. En cuanto terminemos con esto tengo que encender una hoguera. Allí podríamos poner un cazo con hielo, si así lo desea.

La perspectiva de pasar otra noche sin luz, a la que habría que añadir que, en caso de urgencia, tampoco podrían valerse de las linternas… preocupó sobremanera al detective. Pero tenía una preocupación más inmediata.

—No se preocupe, Chartres. Voy a intentar… a ver… *voyons si c'est possible…*

Polrot trató de levantar el dedo corazón del supuesto policía. Lo consiguió, aunque se escuchó un chasquido. Luego hizo lo propio con el pulgar. Al fin pudo verse lo que encerraba el puño del cadáver.

—¿Qué es eso? ¿Hielo rojo? ¿Se cortó y lo manchó de sangre? —preguntó el camarero.

—*Non, c'est pas du sang*. Y no es hielo tampoco ni el color del todo rojo. Es un diamante rosa de las minas de Golconda —repuso el detective, liberando la sonrosada joya de un estirón—. Es el famoso Ojo del Mar, el Daria-ul-ain.

Polrot levantó la vista. En la puerta del vagón siguiente se hallaba la mayor de las maharanís, una mujer vestida con un sari rosa y blanco perlado de flores bordadas. Polrot se dio cuenta de que una vez fue hermosa, pero ahora le deformaba el rostro tanto odio y desprecio, que parecía un *bhuta*, un aparecido, una criatura sobrenatural de la mitología hindú.

El detective apartó los ojos por un momento mientras se guardaba el diamante en un bolsillo. Cuando alzó de nuevo la cabeza la mujer había desaparecido. Pero a Polrot le quedó una sensación amarga en la boca. No supo entender por qué.

—Vamos, Chartres, coja usted al inspector jefe de las axilas. Yo lo haré de los pies. *Très bien.*

Cuando dejaron a Krazov en su compartimiento, el camarero salió a buscar madera para la hoguera. Polrot registró la gabardina del policía y encontró un revólver americano de cinco balas, un modelo pequeño que estaba seguro de que no sería el utilizado de forma habitual por la policía búlgara. Aunque la llave inglesa de Klink la había guardado junto al cadáver del escritor, decidió guardar en un sitio seguro el arma de fuego. Quedaban aún tres balas y no quería

que nadie tuviese la tentación de dar un mal uso al revólver. Así que la escondió en la sombrerera de su fedora, que dejaba siempre junto al sofá de su cubículo para que su sombrero no se estropease.

Más tarde fue a buscar a Agatha, que llevaba desde la comida charlando con Ana Carrasco. La encontró en la intersección entre ambos vagones, regresando ya del Atenas-París.

—Debo enseñarte un par de cosas, *mon amie.*

La escritora se horrorizó cuando vio la sábana tapando el cuerpo de Iván Krazov y se maravilló cuando le mostró el diamante rosa.

—Se lo llevaría ahora mismo a Ana. Pero no se encuentra muy bien —le explicó a Polrot—. Se ha retirado a sus habitaciones.

El detective no creyó conveniente recordarle que la joya era ahora una prueba y parte de la investigación. No pensaba entregarla de ninguna manera. En su lugar dijo:

—Te gusta mucho esa mujer.

—Sí. Mucho. Es una mujer extraordinaria, llena de talento y de ganas de vivir. Me ha dicho que pronto volverá a bailar. Está preparando un nuevo número basado en una ópera y…

—¿Ana va a volver a bailar? —se extrañó Polrot—. Bueno creo que eso resuelve el caso. Es la última pieza que me faltaba. *Avec la dernière pièce du puzzle, semble que tout soit clair.*

Agatha lo miró boquiabierta.

—¿Cómo puede haber resuelto el caso el conocer que Ana vuelve al mundo del espectáculo?

—¿No lo ves? Es evidente. Eso lo explica todo.

—¿Qué es todo? ¿La muerte de Juliet Bell? ¿o la de…?

—Todas las muertes. *Toutes!* La de Bell, la de Krazov, la de Matías Klink, la del encargado del coche cama… y hasta la del propio Windleshaw, de alguna manera.

—Pues tendrás que explicármelo. ¿Estaban todos metidos en el robo del diamante y las cosas se torcieron?

—*Non, non.* Paciencia. Paciencia. Pronto resolveré el enigma al completo.

—Ya veo. Quieres hacer una de esas reuniones tuyas donde

pones en evidencia a los culpables.

Polrot sonrió.

—Digamos que sí, *mon amie*. Pero de momento habrá que esperar.

—¿Por qué?

El detective señaló hacia la ventana, donde la nieve ya no tapaba el paisaje. Podía verse con nitidez al *chef de train* y al maquinista dando paletadas de nieve en el vagón contiguo, a Chartres encendiendo una hoguera, al grupo de cazadores bajando de la montaña y, muy al fondo y en dirección contraria, a Farzand Singh, sus criados y al resto de los empleados, regresando del pueblo. No parecían precisamente de muy buen humor. Y esa no era una buena noticia.

—Porque hay algo mucho más urgente: conseguir comida y sobrevivir, *évidemment*. Más tarde ya habrá tiempo para los misterios.

—Pero, ¿el asesino no volverá a atacar?

—No, *en aucun cas* —dijo Polrot vehemente, muy convencido —. Ya no habrá más muertes en el Orient Express.

CAPÍTULO 23:

DÍA 4. NO HAY COMIDA PARA TODOS

—La buena noticia es que la refinería está más cerca de lo que pensábamos —dijo Farzand Singh—. La mala es que en el pueblo no nos quieren ayudar.

Agatha y Polrot escucharon las explicaciones del príncipe con gesto de abatimiento. Pese a todo, había razones para el optimismo: en la refinería estaban preparando una cuadrilla para tratar de liberar al Orient Express de su prisión de hielo. Tardarían unas horas en organizar hombres y vehículos, aunque esperaban comenzar al día siguiente. Pero no tenían víveres apenas para compartir. Los trabajadores comían en el pueblo, aquello era un lugar de trabajo, no un almacén de comida. Sin embargo, eran buenas gentes y les dieron unos pocos huevos y algo de leña.

—Como he dicho antes, en la refinería fueron muy hospitalarios —añadió Farzand—. No sucedió así en la villa de Alpullu. Yo solo vi gente zafia, campesina, que vive aislada del mundo y no gusta de extraños.

Polrot iba a decir algo, pero Agatha le tocó un abrazo, tomando la palabra:

—¿No les trataron bien?

Farzand se encogió de hombros.

—Con indiferencia. No les interesábamos, ni nosotros ni mis joyas. "Baratijas", dijo el único que sabía hablar en inglés. Y tenían gallinas, ganado caprino y ovino. Son una comunidad humilde pero próspera. Así que la situación se puso tensa.

La escritora miró a los empleados del tren. Todos iban armados. El *chef de train* llevaba bajo llave una pistola o rifle para cada uno de ellos. Por si atacaban bandidos. Era práctica habitual de todas las empresas en aquel tiempo. Nadie había previsto que aquellas armas se tuviesen que utilizar para cazar. Tampoco que se llevasen a través de montañas nevadas mientras se regateaba por unos alimentos necesarios para no acabar todos muertos.

—*Je crois…* —comenzó a decir Polrot.

—Espero que la sangre no llegase al río —le interrumpió Agatha, subiendo el tono de su voz.

Lo cierto es que estaba disgustada. Pese a sus esfuerzos por mejorar como persona, por ser independiente, había surgido un problema, un montón de problemas y de asesinatos, en realidad, y ella volvía a estar oscuras. El detective aseguraba haber resuelto el caso

mientras ella se mantenía en segundo plano, ignorante de casi todo. Agatha era Watson y quería ser Holmes. Al fin y al cabo, había creado al gran Hércules Poirot, maldita sea, se decía. Pero, claro, ella no era Hércules Poirot, ni siquiera alcanzaba a ser Héracles Polrot.

—Bueno —dijo Farzand Singh, observando alternativamente a sus dos interlocutores, extrañado—, la sangre no llegó al río, en efecto. Nos dieron una gallina y un poco de verdura. Hoy tomaremos sopa de plato único para todo el día, me temo.

Los ánimos estaban encendidos. Algunos empleados opinaban que había que tomar un par de reses por la fuerza y luego dar las explicaciones pertinentes a las autoridades turcas cuando llegasen. El *chef de train* se opuso, por supuesto.

—¿Y si un aldeano se opone? ¿Y si saca su escopeta? ¿Y si hay muertos? Al final acabaremos todos en la cárcel.

Los ánimos mejoraron cuando Christian Janis mostró los dos conejos que había cazado. Paseó orgulloso a la vista de todos y algunos hasta aplaudieron.

—Nuestro pequeño pasajero ha resultado ser realmente un gran tirador —dijo Chartres, palmoteando la espalda del escritor. Los dos guardias que lo han acompañado me cuentan que fueron disparos casi imposibles, al límite de la distancia del arma. ¡Bravo!

Las cosas habían mejorado un poco. Pero entre empleados y pasajeros seguían siendo más de treinta personas. Les esperaba mucho frío y una sola comida frugal. El buen humor, poco a poco, se fue disipando. Y las caras tristes regresaron.

— Maharajá, *écoute-moi une seconde.*

Polrot aprovechó un instante en que Agatha estaba distraída mirando a los hombres despiezar la carne y trabajar en la hoguera para que todos entraran en calor; mientras, ella apuntaba ideas en su libreta. El detective se había dado cuenta de la necesidad de destacar de su amiga. No la quería tratar como su antiguo esposo, no quería que se sintiese como un cero a la izquierda, un adorno. Porque lo cierto es que era una mujer extraordinaria, brillante y una gran escritora. Pero no era una detective sino alguien que escribía sobre detectives. Eran cosas muy distintas. Así que la contempló soplándose las manos, ateridas, mientras tomaba notas, quién sabe si sobre sus novelas ya escritas, las que estaba corrigiendo, sobre las venideras o sobre lo que le rodeaba. Polrot se volvió hacia Farzand y, tras hurgar en uno de sus bolsillos, extrajo una piedra de color rosa:

—*Et voilà!* El Daria-ul-ain.

Farzand se hizo a un lado, como si la piedra quemase.

—¿Dónde estaba?

—En poder del inspector jefe Krazov. Encontramos su cadáver mientras usted estaba fuera.

—Ya veo. Así pues, lo sabe todo.

—Sé muchas cosas, *mon prince*, pero no sé si todas. Me pregunto…

Farzand Singh le dio la espalda. Una de sus criadas acababa de bajar del vagón y le estaba diciendo algo al oído. Los ojos del príncipe mostraron un terrible espanto.

—Si es tan amable, Polrot, hablaremos luego de este desagradable asunto —dijo—. Ahora debo atender una cuestión urgente.

El maharajá hizo una señal a sus criados y penetraron todos en el segundo vagón. El príncipe parecía abatido pero también resuelto, como decidido a hacer algo que llevaba largo tiempo postergando. El detective no fue capaz de adivinar de qué se trataba. De pronto, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—*Ah, cette sensation est de retour!*

La muerte inminente, la premonición terrible que llevaba días persiguiéndole, estaba ahí de nuevo. Y gritaba cada vez más fuerte:

"¡Huye, huye, Héracles! Voy a acabar contigo a menos que seas capaz de entender la verdadera naturaleza de mi presencia en este lugar".

Polrot meneó la cabeza, contrariado. Se puso una mano en la frente. Estaba ardiendo.

¿Acaso no había resuelto aquel enigma? ¿Estaba equivocado? ¿Y si Janis…? ¿Y si Farzand…? ¿Y si uno de los empleados, oculto en el anonimato…? ¿Guillaume? ¿Chartres? Pero, entonces…

Cuando Agatha levantó la cabeza se sorprendió al ver a su amigo tiritando. Porque no tiritaba de frío. Los dientes le castañeteaban, sí, pero parecían hacerlo de puro terror.

CAPÍTULO 24:

DÍA 4. UN PEQUEÑO TRIUNFO

—Creo que esto resolverá el problema.

Agatha estaba aún sentada tomando notas. Alzó la vista y vio a Farzand Singh avanzando majestuoso hasta donde se hallaba el *chef de train*. Por su forma de caminar, por su gesto, por su determinación, la escritora comprendió por fin que aquel hombre era un príncipe, alguien acostumbrado a tomar decisiones en los momentos difíciles.

—¿De qué me habla, maharajá?

Guillaume acababa de mandar a unos hombres a buscar más madera, por muy congelada que estuviese. Al volverse vio un cofre de ébano y a Farzand Singh.

—Tome lo que necesite —dijo el príncipe.

El *chef de train* abrió la caja. Se le escapó un silbido de admiración.

—¡Santa madre de Dios! ¡Aquí debe haber decenas de miles de dólares! —dijo, cogiendo uno de los fajos.

—Unos cien mil.

—¿Qué? ¿Cómo?

Aquello era una suma astronómica. Con aquel dinero un hombre podía vivir a todo lujo el resto de sus días. Muchos hombres eran considerados pudientes y no tenían cien mil dólares en el banco o en propiedades.

—Tras regresar del pueblo he reflexionado —dijo Farzand Singh, con voz muy tranquila, como si le hubiese entregado unas pocas monedas tan solo—. La gente de Alpullu son buenas personas. Pero desconfían de los extranjeros. No les culpo. En mi país muchos piensan igual. De cualquier forma, las joyas que les ofrecí no valen nada para ellos porque no son expertos tasadores. No saben si les estamos engañando y por eso las llamaron “baratijas”. Pero nadie desconfía de los dólares americanos. Estoy seguro de que nos venderán cuanto necesitemos a cambio del contenido de esta caja.

—Pero bastaría con una tercera parte, con una décima parte o incluso menos, maharajá.

—Por eso he dicho que puede tomar lo que necesite. El resto me lo devuelve más tarde. No hay prisa.

Guillaume hizo una señal a sus hombres de confianza. Chartres se acercó junto a dos de los guardias y todos emitieron a

coro el mismo silbido que su jefe.

—Venga, venga, menos tonterías y preparad una salida —dijo el *chef de train*—. Faltan menos de cuatro horas para que anochezca. Mientras el resto come nosotros iremos al pueblo y traeremos los víveres que necesita nuestro grupo.

—Pero yo tengo hambre —se quejó uno de los guardias.

Guillaume exhibió uno de los fajos de billetes.

—En Alpullu podrás comer queso, pan, carne o lo que te apetezca. ¿No te parece?

El hombre asintió y se marchó corriendo a por su rifle.

—Nos ha salvado la vida —dijo el *chef de train*, volviéndose hacia el maharajá.

—Es mi deber —repuso Farzand Singh—. No sería justo que nadie sufriese privaciones si yo puedo evitarlo.

Poco tiempo después un nuevo grupo de expedicionarios se marchó entre vítores y vivas al maharajá. Farzand Singh no añadió nada más y comenzó el camino de vuelta hacia el Orient Express.

—Ningún hombre lleva tanto dinero encima —dijo Agatha al maharajá.

Farzand se detuvo en seco.

—Yo no soy un hombre, soy un príncipe —le recordó.

—Es demasiado hasta para un príncipe o el más rico de los maharajás.

—Tal vez yo sea distinto, ¿no cree? Tal vez sea un derrochador empedernido.

Polrot había seguido aquella extraña escena sentado en un tocón, un poco apartado, tiritando aún de frío. La fiebre le subía por momentos. Por lo visto, no solo era el miedo lo que le provocaba aquellos temblores.

—Tal vez el dinero no sea suyo, *n'est-ce pas?*

Farzand Singh abrió su gabardina, estiró su hermoso traje italiano y luego enderezó su turbante. Parecía algo distante, como si su mente estuviese en otra parte.

—El dinero es ahora del *chef de train* y salvará la vida de

muchas buenas personas. Eso es lo único que debe preocuparle.

El maharajá subió al vagón Atenas-París. Caminaba sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Hacía un rato que sus criados habían trasladado al nuevo vagón las últimas pertenencias que le quedaban de su estancia en el Constantinopla-Calais. El juego de Windleshaw había terminado hacía tiempo. Carecía de sentido tener un vagón solo para escritores. Además, ese vagón que supuestamente era de escritores, se había transformado en un cementerio lleno de cadáveres: cinco en total hasta el presente. Tal vez demasiado para alguien exquisito como el príncipe.

—¿Qué significa eso de que el dinero no es suyo, Héracles? —inquirió Agatha cuando Farzand Singh desapareció de la vista de ambos.

—Solo era una idea que se me ha pasado por la cabeza.

—Y que no me vas a explicar, por supuesto.

Polrot no quería desairar más a su amiga.

—Vamos a hacer una cosa, *cher Agatha*. Te invito a que reflexiones tú misma sobre este caso que nos ocupa, desde las muertes a la actitud del maharajá. Intenta resolver el caso, llega a tus propias conclusiones. Mañana comparamos nuestras teorías. Creo que descubrirás que no eres tan mal detective, después de todo.

La escritora iba a replicar que podían comparar sus teorías en ese mismo momento. Pero lo cierto era que andaba algo perdida. Se había dedicado a vivir el momento, las emociones y los cadáveres habían sido tantos que acabó por perder la perspectiva: no tenía una idea real de quién o quiénes eran los culpables. Así que dijo:

—Trato hecho.

CAPÍTULO 25:

DÍA 4. REGRESO TRIUNFAL

El resto del día resultó, en líneas generales, bastante satisfactorio. La comida fue frugal, tal y como habían anticipado. Los pasajeros hindúes no asistieron. Un criado vino a por las raciones tanto del maharajá, como de las maharanís y sus cuatro sirvientes: dos hombres y dos mujeres.

—¿Está Ana algo mejor? —le preguntó Agatha al criado.

—Mejor, sí —repuso este lacónico.

El resto de la comida avanzó si novedad. Acabó pronto, pues no había pan ni postre. Flotaba en el ambiente un aliento de esperanza pero también de preocupación, sobre todo entre los empleados. ¿Y si los aldeanos seguían poco interesados en ayudarles? ¿Habría al final que robar comida o tomarla por las armas?

Pero al poco tiempo apareció una comitiva magnífica en el improvisado campamento.

—¡Oh, qué maravillosa visión! —exclamó Agatha—. ¿Eso son cabras? ¡Hay tres! ¡Y seis ovejas!

—Y lo que es más importante, un trineo lleno hasta arriba de comida —dijo Polrot, señalando a lo lejos.

—¡También tenemos vino! —gritó Chartres, que encabezaba el grupo— Y varias botellas de licor.

El *chef de train* y sus hombres lanzaron nuevos vítores. La gente se abrazaba como si estuvieran celebrando el año nuevo. O acaso algo mejor. Celebraban que iban a sobrevivir.

Las siguientes horas las dedicaron a organizar las provisiones y a recoger el campamento antes de regresar al tren. A la luz de la hoguera, de pie, cenaron entre risas. Las mejores piezas de carne, por votación popular, fueron asadas y enviadas al vagón Atenas-París para que dispusiera de ellas Farzand Singh, su salvador.

—Qué hermosa es la hermandad de los hombres, ¿no cree?

Agatha llevaba un rato distraída pensando en el caso y en cómo resolverlo. La voz de Janis y su tono irónico la sacaron de su ensoñación.

—¿Qué quiere decir?

—Solo me congratulaba de lo maravillosa que es la mente del ser humano. Y su capacidad de autoengaño. Unos hombres que estaban barajando entrar a sangre y fuego en el pueblo de esos

pobres campesinos, ahora se abrazan y sin duda abrazarían a esos mismos campesinos si estuviesen aquí.

—No creo que nadie hubiese entrado a sangre y fuego en el pueblo. Solo se habló de robar un par de cabezas de gana…

—Lo que habría acabado en un baño de sangre, como bien apuntó nuestro querido *chef de train*. Y yo me pregunto, si no hubiese aparecido oportunamente el dinero del maharajá, cuando llevásemos dos días sin comer, ¿qué habrían hecho esos empleados del Orient Express, esos hombres tan civilizados? ¿Morirse de hambre o tomar las armas? ¿Usted que cree?

Agatha miró a los ojos de su interlocutor a través de sus gruesas gafas.

—Mejor no pensarlo, ¿no le parece?

Janis encendió su pipa y dio dos caladas.

—Pero yo sí quiero pensarlo. Quiero pensar en si matar para salvar la vida está justificado. Y por qué gente que cometería un crimen ante una situación extrema, considera terrible matar por venganza, por ira o para construir una gran y exitosa novela. ¿No son circunstancias extremas también? ¿No hablamos en todos los casos de juicios de valor? Tal vez un hombre que esté barajando la posibilidad de asesinar para encontrar la inspiración, para crear una obra de arte magnífica, ese ser malvado jamás mataría a un aldeano para robarle una cabra. ¿Quién es más moral, el hambriento o el que sufre el hambre de la creación?

—No creo que sean hechos comparables.

—¿No? Usted también escribe, señora mía. ¿No mataría por escribir una obra maestra, una que trascendiese su fama actual y la elevase al olimpo de Shakespeare o de Cervantes?

—De ninguna manera.

Janis sonrió.

—Cuando uno responde demasiado rápido, sin pensar, solo demuestra que teme la respuesta no que esté diciendo la verdad ni que haya rumiado lo suficiente las implicaciones de todo el asunto.

El escritor se incorporó y le dio la espalda. Agatha hizo ver que no prestaba atención pero siguió sus pasos mientras se alejaba. Aquel hombre le daba miedo. Era evidente que hablaba de sí mismo cuando justificaba matar para alcanzar la inspiración creativa de una obra

inmortal. La primera vez mató por venganza pero aquel acto le había convertido en un verdadero escritor. ¿Sería capaz de hacerlo de nuevo?

—Voy a volver a mi vagón. Aquí hace demasiado frío —rezongó Agatha en voz alta.

—Te acompaño —dijo Polrot, abandonando su sitio delante de la hoguera.

—Será un placer.

Caminaron los dos amigos en dirección al tren. Pronto anochecería y alcanzarían temperaturas cercanas a los diez bajo cero. No lo sabían, pero aquella noche sería la más fría de aquella extraña odisea que se parecía tan poco a un viaje habitual en el Orient Express.

—¿Ya has resuelto el caso, *mon amie*?

—En absoluto. Aún estoy reuniendo pistas en mi libreta. Yo no poseo tus células grises o como quieras llamar al don de resolver crímenes sin tomar apuntes, solo con el poder de tu cerebro. Necesito un lugar físico donde ordenar mis hallazgos. He de reconocer que, de momento, no son muchos.

—No te creo. *Je suis sûr* que ya tienes una idea clara de quién mató a Charles Windleshaw.

—¿El dramaturgo "de renombre"? Encontramos manchas de sangre en una camisa escondida en el compartimiento de Matías Klink. Y la naturaleza del crimen coincide con el *modus operandi* de un asesino impulsivo que toma lo primero que encuentra a mano, como cuando asesinó a su esposa con una barra de hierro. Además, encontramos una llave inglesa, un arma contundente de naturaleza similar, junto a su cadáver al día siguiente. Así que todo encaja. Aunque quizás demasiado bien. Tal vez alguien en la sombra esté moviendo los hilos.

—Como en tus novelas.

—Exacto.

—Es algo que se me ha pasado por la cabeza, no voy a mentirte. *Je ne l'ai pas encore complètement exclu*.

Agatha abrió su libreta.

—Sobre la muerte de Juliet Bell, del encargado del coche

cama, de Krazov y de Matías Klink las cosas ya no las tengo tan claras.

—¿Y el tema del diamante? Está sin duda ligado a la muerte del inspector jefe y de alguien más. *Tu ne le penses pas?*

—Ese alguien más podría ser Juliet Bell, más conocida como Turpin, el famoso o famosa ladrón de joyas. Pero entonces quién era en realidad Krazov, ¿un policía real o el verdadero ladrón de joyas? Pero si el verdadero ladrón era él, ¿por qué quería Krazov matar a Juliet? ¿O no era a Juliet? ¿Y por qué el maharajá no denunció la desaparición del diamante? Pero, sobre todo, ¿de dónde ha salido todo ese dinero en efectivo? Dólares y no libras o rupias. No parece que el dinero sea de Farzand Singh.

Polrot comenzó a aplaudir. Su amiga era un espíritu en crecimiento. Estaba muy orgulloso de ella, tan brillante, hermosa y perfecta.

—*Très bien. Magnifique!* ¿Ves cómo estás avanzando ? ¡Te estás haciendo las mismas preguntas que me hice yo días atrás! Ahora solo tienes que dar otro paso y encontrar las respuestas. Y yo sé que lo harás.

Agatha exhibió una sonrisa radiante. Se acercó a Héracles y le besó en la mejilla.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí, *mon amie*!

Polrot estaba mintiendo. Porque ni siquiera él estaba seguro de las respuestas. En ese momento estaba hecho un lío. La fiebre le hacía dudar de la resolución del caso que él mismo había dado por cerrada horas antes. Pero debía apoyar a su amiga y siguió dándole ánimos hasta que entró en su vagón. Entonces lanzó un largo suspiro, mentalmente agotado. Pero no desatendió la legendaria *politesse* belga y saludó al encargado del coche cama del Atenas-París. Luego avanzó hasta su compartimiento. En ese momento vio a Farzand Singh en medio del pasillo, pálido, ojeroso. Miraba las puertas que aparecían ante él como si no supiese a cuál de sus esposas visitar.

—*Bonne nuit*, maharajá.

El príncipe se sobresaltó y se volvió para mirarle largamente, los ojos muy abiertos, como si no le reconociese. No le respondió y abrió una de las puertas, desapareciendo de su vista.

—*Je suis épuisé* —murmuró el detective, incapaz de

reflexionar sobre la extraña escena que acababa de vivir.

No podía más. Necesitaba dormir bien, reposar sus células grises (porque realmente las tenía, aunque renegase de ellas) y volver a ser él mismo. Mañana ya pensaría en el extraño comportamiento del maharajá.

Aquella noche Polrot no leyó, no pensó, no divagó sobre el caso, sobre si estaba equivocado o si andaba errado. Se limitó a cerrar los ojos y navegó hacia el mundo de los sueños. No podía saber que, al despertar, el Orient Express se habría convertido en la peor de las pesadillas.

CAPÍTULO 26:

DÍA 5. LA MUERTE INMINENTE

La niebla, un disparo lejano, un aullido y una súplica. El teniente Polrot volvía a estar en Flandes durante la batalla de Ypres. Los alemanes disparaban más allá de la bruma, del manto denso, impenetrable, que descendía desde las montañas.

Seguía, como en todos sus sueños, casi congelado, disparando detrás del muro de una casa. Horas y horas de combate y de espera a temperaturas bajo cero.

Se puso de rodillas y apretó el gatillo de su fusil. Una y otra vez . Una y otra vez.

Y regresó el miedo, la sensación de muerte inminente. Al otro lado, más allá de la niebla, no sabía quién disparaba. No había nadie reconocible. Era una sombra que podía ser el escritor polaco Christian Janis, pero también el príncipe Farzand Singh, o Guillaume, *el chef de train*, o Chartres, el camarero… o cualquiera, maldita sea, hasta un soldado alemán como aquellos que le enfrentaron en el mundo real en 1914.

—¡Ayúdeme, señor!

Otro disparo.

—Ayúdeme. No quiero morir.

Otro disparo.

Una vez más estaba confundiendo el mundo real y el mundo de los sueños. Porque aquello no eran disparos. Alguien estaba llamando a su puerta.

Despierta. ¡Despierta, Polrot!, le gritó su mente.

¡Teniente Héracles Amadeus Polrot! ¡En pie!

—*Qu'est-ce qui se passe?*

El detective saltó de su cama. Estaba a punto de amanecer, serían las siete de la mañana. Tal vez algo más tarde. Una tenue luz atravesaba la cortinilla de su ventana. La descorrió y vio una imagen que no entendió: hombres chillando en lontananza, disparos de rifle y un monstruo que aullaba y corría a cuatro patas por el campamento.

—*Je dors encore*. Tengo que seguir dormido. Esto no está pasando.

Entonces alguien llamó a su puerta. Y se escuchó una voz que

hablaba muy bajito, como si temiese despertar al monstruo que Polrot acababa de vislumbrar. O acaso a otro monstruo de muy distinto pelaje.

—¡Ayúdeme, señor! Ayúdeme. No quiero morir —dijo una voz con fuerte acento hindú.

Polrot abrió la puerta. Una de las maharanís, la más joven, le miraba con ojos de puro terror, casi saliéndose de sus órbitas.

—¿Qué está pasando?

Entonces el asesino surgió de las sombras. No era la persona que Polrot había imaginado que sería. ¿Estaba equivocado? ¿Siempre lo estuvo? ¿O realmente se hallaba aún dentro de un sueño?

—No puede hacer nada por evitarlo, señor Polrot. Ya es tarde.

El asesino tomó a la mujer por los pies y la arrastró hacia el primer compartimiento. Polrot se dio la vuelta y cogió del sillón su linterna para ver mejor y poder seguir al criminal. Pero no se encendió. La pila se había agotado. Entonces tomó el arma de Krazov, la que había guardado en su sombrerera. Salió de nuevo al pasillo. El asesino estaba arrastrando a su víctima hacia las sombras. O eso le pareció. Apenas podía ver con claridad.

—¡Suéltala! —gritó el detective.

Y disparó, una, dos, ¿tres veces tal vez?, errando el blanco.

Pero nuevos enemigos se lanzaron sobre él. Salían de todas partes, de cada compartimiento. Y un mar de manos le empujaron, le asieron de las axilas, le llevaron en volandas hasta el siguiente vagón. Pero, ¿dónde estaba el encargado del coche cama? ¿Dónde estaba todo el mundo?

Polrot acabó en el suelo del vagón Constantinopla-Calais. Una sombra se cernía sobre él. Era uno de los criados indios, que le miraba con ira.

—Disparaste a un dios. ¿Cómo te has atrevido? —dijo, la voz teñida de cólera infinita.

Su enemigo tenía la pistola de Krazov en la mano. Apretó el gatillo. La muerte inminente había venido a por Polrot. Y se lo iba a llevar. El detective abrió la boca para gritar pero no tuvo fuerzas. El momento que tanto temía había llegado. Era el fin.

Cerró los párpados, sabiendo que era su última hora.

Pero no sucedió nada.

Cuando Polrot abrió los ojos se vio aún tirado en el suelo del vagón. Nadie a la vista. Allí había comenzado aquella pesadilla. Allí debía terminar. Cogió del suelo el revólver, donde había terminado tras su enfrentamiento con el criado hindú. Decidió regresar al vagón contiguo y ayudar a la joven princesa. Aunque sabía que ya estaba muerta.

Pero antes de que llegase a la puerta que separaba los dos vagones regresaron los aullidos, por el ventanal vio Polrot a una bestia colosal saltar y derribar a un hombre que disparaba una salva tras otra de su rifle.

Y luego, a lo lejos, sonaron nuevos disparos de escopeta, chillidos, gritos, estertores de muerte. Comprendió en ese instante que, como siempre había dicho, él no era Hércules Poirot, no era el invencible personaje de Agatha Christie. Era solo un hombre. Y por tanto falible.

Sencillamente, aquella situación le superaba. Él lo ignoraba, pero estaba a cuarenta de fiebre y le costaba separar la realidad de la fantasía.

Y al final la fantasía lo derrotó.

Entonces Polrot se derrumbó, como si una de aquellas balas le hubiese alcanzado. Comenzó a reír. Se había vuelto loco. Eso era. Había perdido la razón. Estaba en Flandes, seguía combatiendo a los alemanes. El resto de su vida había sido un sueño. Su secreto, aquello que había pasado en 1914, la ignominia que pretendió olvidar, había regresado para pasarle factura.

—*J'ai perdu la tête. Je suis devenu fou. Oh, ça explique tout.*

El detective sufrió entonces lo que en psicología se llama escisión psíquica. Entró en shock y no pudo soportar lo que estaba sucediendo. No pudo asumirlo. Y siguió riendo a carcajadas.

De pronto, tuvo una idea loca, una forma de salir de aquel círculo de asesinatos y de cadáveres, desde Flandes al Orient Express.

Tenía que morir. Tenía que morir como una vez ya lo hizo en aquella maldita batalla. Solo así esquivaría a la muerte inminente. Morir para esquivar a la muerte: aquella era la suprema ironía.

Gateó por el pasillo, febril, aterido, incapaz de ponerse en pie, muerto de miedo. Entonces levantó un brazo, abrió la puerta de uno de los compartimientos y puso en marcha su plan.

—*Je vais commettre un suicide* —dijo.

Una vez haya muerto, pensó, *resolveré el caso. O tal vez Agatha lo haga por mí. Sí, ella puede hacerlo. Solo ella.*

Y comenzó a reír de nuevo, histéricamente. No dejó de carcajearse hasta que sonó un último disparo en el exterior. ¿O había sido dentro del vagón?

Entonces, se hizo el silencio. La muerte inminente había triunfado.

LIBRO CUARTO

AGATHA ES LA PROTAGONISTA

CAPÍTULO 27:

DÍA 5. 7:00 A 7:30 DE LA MAÑANA

Agatha Christie llevaba un buen rato despierta. Estaba avanzando en la corrección de sus dos manuscritos. Tras reflexionar largo rato sobre los crímenes que estaba viviendo en el Orient Express, se había visto necesitada de regresar al universo de las letras. Había encontrado tiempo para casi terminar de pulir "Matrimonio de Sabuesos" y "Un Amor sin Nombre". Sus dos yoes, tanto la señora Christie como su nuevo pseudónimo, Mary Westmacott, habían sido capaces de realizar la tarea a pesar de aquel viaje inesperado lleno de desagradables sorpresas.

Sabía que no debía hacerlo, pero había malgastado la única pila que quedaba en el tren para iluminar su trabajo con su linterna. Ahora que ya amanecía, apagó el aparato y se lo guardó en un bolsillo de su gabardina. Hacía mucho frío, todavía nueve o diez grados bajo cero y, como el resto de pasajeros y de personal, había dormido vestida y con la ropa de abrigo puesta. Y aun así estaba helada.

—Por lo menos ya no cuelgan del techo esas malditas estalactitas —dijo.

Porque la escritora odiaba aquellos pedazos de hielo suspendidos en el aire tanto como Polrot. Por suerte, ahora que el tren había sido liberado del peso de la nieve que cubría el techo, la situación había mejorado. No mucho, pero al menos había perdido el miedo a que la cubierta superior del Orient Express cediese y quedar sepultada bajo una tonelada de nieve.

Fue entonces cuando escuchó una risa loca, histérica, desesperada. Le pareció la risa de Héracles, aunque deformada, enloquecida. No, no podía ser eso porque, para empezar, su amigo dormía en el vagón siguiente y la risa provenía de la habitación contigua o del pasillo. Muy cerca, en cualquier caso.

Antes de que alcanzase el tirador de la puerta se escuchó un disparo lejano y luego, más cerca, un sonido sordo, como el de algo muy pesado que se precipita al suelo. Agatha abandonó el compartimiento y no vio nada en el corredor. Pero al alzar la vista se sorprendió de no hallar al encargado del coche cama (el tercero ya de aquel viaje), tarea que había sido encomendada a Chartres, que ahora era simultáneamente camarero y encargado. En circunstancias normales, aquello habría sido impensable, pero las circunstancias hacía tiempo que no eran normales.

Nuevos sonidos de disparos le hicieron volverse hacia el ventanal. Había estado tan concentrada en su tarea, que el sonido amortiguado de las balas al otro lado del campamento le pasó largo

tiempo desapercibido. Pero ahora, más allá de los cristales, vio una escena increíble. Dos animales yacían muertos en el suelo, el maquinista y otros dos empleados les disparaban en la lejanía, rodilla en tierra. El propio Chartres avanzó hacia el tren, hasta colocarse delante del ventanal, y abrió fuego también con su pistola.

Poco después, el maquinista y sus hombres huyeron a la carrera hacia las montañas. El *chef de train*, a la derecha de Chartres, les hacía gestos y parecía estar gritando alguna cosa, seguramente dando órdenes a sus empleados. Tras unos instantes más de confusión, todos salieron de la línea de visión de la escritora. Entonces se abrió la puerta del vagón Constantinopla-Calais.

—¿Qué ha sucedido, Chartres? —preguntó Agatha, que había corrido hacia el principio del pasillo y casi se dio de bruces con el camarero.

—Los lobos, señora. El *chef de train* había previsto esta contingencia porque otras veces, cuando un tren se había quedado varado, ya había sucedido algo similar. Pero este invierno debe haber sido especialmente duro por esta zona y los animales están hambrientos. El olor de las cabras y las ovejas, carne en la zona de despiece… vaya, es normal que las bestias se sientan atraídas. Teníamos una guardia de tres hombres, pero atacaron al menos doce lobos. Salimos a la carrera a auxiliar a nuestros compañeros, aunque ha sido una lucha dura. Hemos perdido a un camarada. Eso sí, las bestias lo han pagado caro. Han caído cinco al menos. Otros han huido y les estamos dando caza para que no vuelvan. En el campamento solo hemos quedado el *chef* y yo.

—¿Conocía yo al fallecido? ¿Uno de los camareros?

—No creo que lo conociera, a menos que lo viera en el campamento estos días. Era Paul, el ayudante del maquinista. Llevaban diez años juntos. Por eso lidera la batida. Para él se ha convertido en algo personal.

—Dios mío. ¿Es que no van a acabar las muertes? —se lamentó Agatha.

—No… supongo que no. Eso parece, por desgracia.

Chartres estaba pálido, de pie, incómodo. Llevaba media vida dando un trato opulento a los viajeros del Orient Express. Le dolía el desastre en que se había convertido aquel viaje. Y por si esto fuera poco, era portador de noticias funestas.

—¿Pasa algo más? —inquirió Agatha, al ver que el camarero

se había quedado en silencio y la miraba de soslayo, como si temiese decir lo que seguía.

—Sí, señora Christie.

—¿El qué?

El camarero miró al suelo. Agatha le rogó:

—Dígamelo, por favor.

—Creo que será mejor que lo vea usted misma.

Bajaron del vagón. Agatha vio el cuerpo de inmediato, a pocos metros, bajo su ventana o acaso bajo la siguiente. Rompió a llorar. El cadáver de Héracles Polrot destacaba en la nieve, con su estrafalaria gabardina gris de piel de zorro, su traje claro y su chaleco. Aunque tenía casi toda la cabeza enterrada en el hielo, sus facciones y su bigote incipiente eran claramente visibles, así como el agujero de bala que atravesaba su cráneo.

—¿Sabe cómo…? ¿Qué ha pasado…? ¿Lo que…?

Olía extraño, como a azufre. Agatha miró la pistola de Chartres, que acababa de ser disparada. Se preguntó si solo habría disparado a los lobos. ¿Podría ser Chartres el asesino?

—No lo sé, señora Christie.

Tanto el *chef de train* como el camarero le dieron sus condolencias. Pero debían vigilar el campamento por si algún lobo extraviado o alguna otra bestia bajaba de las montañas y esquivaba la batida de caza. Ni siquiera la ayudaron a subir el cadáver de Polrot.

—Luego lo llevaremos arriba, cuando estemos todos y no tengamos que dejar el campamento desprotegido —dijo Guillaume—. Hasta los encargados de los coches cama fueron llamados para luchar contra los lobos y ahora forman parte de la batida. Además, ya no nos queda nadie que pueda investigar este asesinato o los anteriores. El señor Polrot era quien estaba al cargo de esos asuntos. No sé si esperar a que llegue la policía turca.

—Pero no podemos dejarlo ahí…

—Ya lo sé. Déjeme pensar, señora. Encontraremos una solución.

Agatha subió a su vagón, todavía incrédula. Ella pensaba que Polrot, como su Hércules Poirot, era invencible.

—Tal vez no era invencible pero sí un hombre extraordinario —le dijo a un pasillo vacío—. Y seguiría vivo si yo no hubiese aceptado la invitación absurda de Charles Windleshaw. "Encuentra al escritor". ¡Menuda estupidez! Es la muerte la que nos está encontrando a todos. Uno a uno.

Sollozó largo rato, quedamente. Al cabo, añadió:

—Yo soy la responsable de todo lo que ha pasado.

Hacía frío. Agatha miró hacia el exterior. Había comenzado a nevar de nuevo. Había bajado la temperatura otra vez. El clima no les daba tregua. Estaban perdidos.

Se puso a temblar, carcomida por la culpa. Entonces tomó su libreta. Normalmente tomar apuntes le relajaba, le permitía diseccionar la realidad y entenderla mejor. Pero esta vez no se sintió mejor. Pese a todo, escribió:

Día 5 en el Orient Express. 7,30 horas

Héracles Polrot ha muerto. A veces me asomo a la ventana y contemplo su cadáver, incrédula. Quería y respetaba a ese hombre, no solo por ser la inspiración de mi Hércules Poirot: había comenzado a considerarlo un amigo.

Aunque tal vez pronto no quede nadie para llorarle. Yo… yo tal vez, antes de lo que imagino, haya muerto también.

Estamos varados, en medio de ninguna parte, al borde de la congelación. No sé si pereceré sin conocer la identidad del asesino. No sé qué va a ser de mí ni de ninguno de los supervivientes de esta odisea infernal.

¿Quién habría imaginado que terminaría así un viaje en el Orient Express?

Aunque todo es culpa mía. Solo culpa mía. Porque he tenido mucho tiempo para pensar y me he

dado cuenta del momento preciso en que comenzó a torcerse todo.

Fue cuando acepté participar en ese maldito juego. "Encuentra el escritor", así se llamaba. Me avergüenza reconocer que estaba emocionada cuando recibí la carta. Recuerdo que lo comenté con Polrot y él me advirtió que le parecía algo extraño.

Tendría que haberle escuchado.

CAPÍTULO 28:

DÍA 5. 7:30 A 8:00 DE LA MAÑANA

Agatha dio la vuelta a la hoja del cuaderno. No había mucho espacio donde escribir. Al fin y al cabo era un viejo cuaderno escolar de su hija Rosalind y estaba lleno de dibujos infantiles. Ver aquellos garabatos le hizo soltar una lágrima. Ahora tenía nueve años, pero aquella libreta era de un tiempo atrás. Eran los dibujos de una niña pequeña: un sol muy grande, un adulto que cogía de la mano a alguien diminuto. ¿Eran ella y su hija paseando? ¿Era Archibald, su exmarido? Tal vez incluso su hermana. Era imposible saberlo.

—Si no soy capaz de descubrir a quién ha dibujado mi hija, mucho menos podré descubrir qué ha pasado de verdad en este maldito viaje lleno de cadáveres —murmuró.

La última vez que hablaron, Héracles le había dicho que ella, por sí sola, podía resolver el caso. Polrot creía en ella. No podía defraudarle.

Así que sacó fuerzas de flaqueza. Estaba rota, desolada, pero no podía desatender el último deseo de su amigo. Avanzó por el pasillo, libreta en mano. Abrió la puerta de Windleshaw, la de Matías Klink y luego la de Juliet Bell. Había un cuerpo en cada una, tapado por una sábana. Las mantas, en aquel momento, eran demasiado valiosas. Los muertos debían contentarse con aquella fina mortaja.

Tocó una mano que sobresalía de la sábana de la escritora australiana. Estaba fría como el hielo. Lo cual era lógico, pues estaban muchos grados por debajo de cero. Si fuese necesario, más tarde, revisaría cada uno de los cadáveres buscando nuevas pistas, incluso el de Krazov o el de Oikonomou, el encargado griego del coche cama, aquel pobre que había muerto tan solo por estar vigilando el pasillo en el momento equivocado.

Agatha encontró una página vacía y escribió un párrafo sobre el encargado. Lo borró. No, no estaba segura de que su muerte fuese casualidad. Héracles no habría eliminado la posibilidad de que la muerte de Oikonomou fuese premeditada. Así que ella tampoco debía dar nada por hecho. Solo así alcanzaría la verdad, tal y como hacía Poirot en sus novelas y Polrot en el mundo real. Así que, para encontrar al asesino, debía pensar, abstraerse de cualquier prejuicio y decidir quién tenía oportunidad. Luego buscaría el móvil, pero necesitaba una lista de candidatos posibles para ser el asesino de Héracles y de los demás.

—Tengo cinco sospechosos para la muerte de mi amigo —dijo y apuntó al mismo tiempo sus nombres.

«Farzand Singh, Ana Carrasco, Chartres, Guillaume…

Los dos últimos nombres los dijo tras un instante de duda, pero lo cierto es que el maquinista y el resto de empleados estaban lejos de los vagones, disparando a los lobos, cuando escuchó un disparo y el sonido de un cuerpo cayendo en la nieve desde una de las ventanas. A menos que hubiesen matado a Polrot en el exterior y por la ventana hubiesen arrojado alguna otra cosa.

Chartres y el *chef de train* siempre habían estado cerca, en todo momento, en todas las muertes. Conocían a los encargados de ambos coches cama y podrían haber pasado de un vagón a otro sin levantar sospechas. Incluso podían haberles pedido que mintieran sobre su presencia. No, no los podía eliminar de su lista. Como tampoco podía eliminar a Ana Carrasco (por mucho que le cayese bien) ni a Farzand. Parecía improbable que Ana hubiese matado a Windleshaw, mucho menos a Matías Klink o a Krazov o a Juliet, porque no compartía el mismo vagón. Pero su esposo el maharajá estaba a unos pocos compartimientos de distancia de la escritora, y el asunto del diamante rosa les involucraba a ambos o a alguien del grupo del príncipe indio. Era evidente que los primeros cuatro nombres debían permanecer, aunque su preferido, por supuesto, el principal sospechoso era y siempre había sido…

—Christian Janis —dijo y apuntó con gesto decidido, apretando mucho su pluma.

—¿Me llamaba?

Agatha levantó los ojos. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que estaba sola en el vagón con el escritor polaco. El resto de autores había muerto, Krazov y Oikonomou también y Farzand Singh estaba con sus esposas en el Atenas-París.

—No, no le llamaba. Solo hacía cábalas.

—¿Sobre quién puede haber matado a su amigo Polrot?

Agatha lo miró asombrada.

—¿Cómo sabe que…?

—Vamos, no ponga esa cara. La he oído hablando en voz alta y he visto desde la ventana de mi habitación cómo descubría el cadáver junto a Chartres. Estaban tan consternados que no han reparado en mi presencia. Pero yo siempre lo veo todo, lo razono todo, lo descubro todo, aunque no comparta mis hallazgos con nadie. Hace un rato terminó de despertarme el sonido como de un fardo

cayendo al suelo desde el tren. Aunque antes me pareció escuchar una risa y unos pasos, o más exactamente el sonido de algo que se arrastra por el pasillo. Todo muy extraño. También le he dado vueltas al asunto. Usted no es la única que juega a los detectives.

—Esto no es un juego.

—¿Eso cree? Todo en la vida lo es.

—Quizás el resto de seres humanos no pensemos como usted, señor Janis.

Christian clavó en Agatha una mirada escrutadora.

—A veces comprendo a Charles Windleshaw. Es casi una afrenta que alguien con tan poco talento y una personalidad tan banal y frágil como usted sea reconocida mundialmente y comparta el mismo aire que…

La escritora le abofeteó. Dos veces. Luego una tercera.

—No voy a dejar que nadie me hable así. Y menos un crío amoral como usted. Tiene poco más de veinte años y la fama le ha sonreído en su primera y única novela. ¿Sabe cuántas posibilidades tiene de estrellarse en la siguiente y de que se olvide su nombre para siempre? Yo he escrito ya bastantes obras, y varias de ellas han sido exitosas, no aspiro a ser una premio Nóbel pero tampoco aspiro a convertirme en un personaje de Dostoievski como usted, que juega a ser el Raskolnikov de “Crimen y Castigo”, el hombre sin conciencia que se cree más allá del bien y del mal.

Se hizo el silencio. Janis sonreía y Agatha entendió que sus actos, y más que estos sus palabras, lejos de enfadar al joven escritor, habían modificado la opinión que tenía de ella. Ahora la respetaba un poco al menos.

—Me ha sorprendido, Agatha. Y eso no es cosa fácil, créame.

Janis se volvió repentinamente y señaló la puerta que separaba el Constantinopla-Calais del vagón siguiente.

—Le propongo una tregua y que la aprovechemos para descubrir la verdad. Ahí, al otro lado, está la respuesta a todas las preguntas que nos estamos haciendo.

Agatha hizo una mueca.

—¿Está seguro?

—Seguro. No la creo capaz de cometer asesinato alguno y

menos de matar a su amigo el belga pedante, ese tipo pagado de sí mismo.

—Deje de hablar así de Héracles.

Janis se tocó la cara, como temiendo que una mano femenina volviese a impactar en ella.

—Perdone. Decía que no la creo culpable de la muerte de Polrot ni de la de nadie. Y me parece que, por muy mala opinión que tenga de mí, dudo que piense que puedo ser responsable de todas estas muertes absurdas, patéticas y mal planificadas.

—Tal vez de la de Windleshaw.

Janis rio.

—No tenía verdaderas razones para matarlo pero reconozco que ese asesinato no estuvo mal.

«De cualquier forma, estoy convencido de que al otro lado de esa puerta está la solución de este caso. Todo esto va de diamantes, de dinero, no de literatura. El idiota de Windleshaw solo puso en marcha esta cadena de acontecimientos. El resto se precipitó por razones que desconocemos.

La escritora asintió. Tal vez Janis fuese un monstruo, pero lo que decía tenía sentido.

—Espere un momento antes de pasar al otro lado —dijo Agatha—. Voy a escribir algo en mi libreta. Por si no regresamos.

—Muy sabio por su parte —repuso Janis—. Yo voy a buscar un arma o algo que pueda defendernos del culpable o de los culpables.

El escritor volvió un par de minutos después con la llave inglesa que, supuestamente, había usado Matías Klink para matar a Krazov y con el revólver del inspector jefe. Agatha dio un paso atrás al verla.

—No tema. No tiene balas. Pero quien nos espera al otro lado no lo sabe.

—¿Dónde la encontró?

—En el mismo sitio que la llave inglesa, en el compartimiento de Klink.

—Es extraño, ¿qué hacía allí? ¿Y quién disparó a Héracles? ¿Fue con ese arma?

Janis se encogió de hombros.

—Tal vez alguien al otro lado de esa puerta conozca la respuesta. Yo voy al vagón Atenas-París. ¿Usted viene?

La escritora tomó el arma y dejó la llave inglesa en manos del polaco. Solo entonces cerró su libreta y la metió en un bolsillo de su abrigo.

Día 5 en el Orient Express. 8 horas

La muerte de Windleshaw tendría que haberme puesto sobre aviso. ¿Pero cómo podía imaginar lo que estaba a punto de suceder?

Ojalá pudiera escribir aquí, en una de estas líneas, el nombre del asesino. Pero lo ignoro. Tal vez muera congelada sin saberlo. Un final muy novelesco, a decir verdad. Tendría que utilizarlo en alguna de mis futuras obras.

Si llego a escribirlas, claro.

Hay cinco sospechosos en mi lista. Ya solo hay cinco. Pero no sé cuál de ellos es el culpable.

A menos que me equivoque y sea alguien anónimo del personal, un mozo, un guardia, un enemigo que ha pasado todo el viaje desapercibido disfrazado de secundario de esta maldita trama de muerte que es peor que la mejor de mis novelas.

Creo que he soltado una frase ingeniosa, pero no me quedan fuerzas para reírme. Solo quiero que esto termine. Odio la perspectiva de morir congelada, ignorante de lo que está sucediendo y del porqué de todos estos crímenes abyectos.

No quiero marcharme de este mundo sin mandar un abrazo a mis seres queridos, a mi querida Rosalind

y a Carlo, que me están esperando en Londres, en el 22 de Cresswell Place, ajenas al hecho de que nunca volverán a verme.

Y Punkie, mi querida hermana. Ella tampoco sabrá más de mí. Tal vez ni se encuentre mi cuerpo. No podrán darme sepultura y…

No, debo ser positiva. Debo luchar un poco más, una hora más. Si el asesino o asesina sigue ahí, entre las sombras, le conmino a que venga a buscarme. Aún me quedan fuerzas. Lucharé y lucharé. Porque quiero volver a ver a mi hijita y a toda mi familia.

Venderé cara mi piel. Ya no soy la apocada señora Christie que estaba casada con Archibald. Ahora soy una mujer independiente y moriré con el cuchillo entre los dientes.

Juro que te costará matarme, maldita bestia del infierno.

CAPÍTULO 29:

DÍA 5. 8:00 A 8:30 DE LA MAÑANA

—No camine tan cerca de mí —dijo Agatha tan pronto atravesaron la puerta del vagón Atenas-París.

—Estamos en el pasillo de un tren. No tengo espacio para colocarme más lejos. Esto es muy estrecho.

La escritora señaló el corredor con la punta de su arma. Luego apuntó a Janis.

—Pues camine delante de mí.

—Le recuerdo que el revólver no tiene balas y su poder disuasorio disminuye mucho conociendo ese detalle.

—Usted avance lejos de mí y cállese.

Janis rio una vez más.

—Y parecía una mosquita muerta.

La risa se le congeló en la boca. El primer compartimiento de segunda clase estaba ocupado por uno de los criados hindúes. Yacía en la parte inferior de la litera, ya que aquellos cubículos eran para dos personas, un poco más grandes y con menos lujos que los de primera clase. Le tomaron el pulso: estaba agonizando. Agatha había trabajado en un dispensario de la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial. Mientras ayudaba como auxiliar de enfermería, se había familiarizado con todo tipo de venenos. Se consideraba una experta. Aunque quizás la cosa no llegase a tanto, todo lo aprendido lo utilizaría en muchas de sus novelas.

—Está babeando, tiene dificultad para respirar y convulsiones. Algún tipo de veneno de serpiente. Siendo de la India probablemente sea veneno de cobra. Pero no estoy segura. Incluso lo del veneno de serpiente es solo una especulación. Porque es imposible saberlo sin hacerle todo tipo de pruebas.

—¿Puede salvarlo?

Agatha cerró los ojos del criado. Acababa de morir.

—No. Estamos aislados en medio de ninguna parte. ¿De dónde vamos a sacar un antisuero?

Un suero creado a partir de serpientes inmunizadas e incubado antes de su inoculación, era el único modo de luchar contra aquella ponzoña. Aun así no era demasiado efectivo a menos que se administrase a los pocos minutos de la mordedura o de la ingesta del veneno.

—Veamos cómo están el resto —dijo Agatha, preocupada.

Y su preocupación resultó estar justificada. Los otros tres compartimientos de segunda clase estaban también ocupados por cadáveres. En cada uno encontraron un vaso con un agua marrón. Una de las sirvientas había muerto con el vaso con veneno aún en la mano y el líquido se había derramado sobre su abrigo.

—¡Ana!

La escritora comprendió entonces que su amiga podía estar también muerta y echó a correr. El primer compartimento de primera clase, el de la bailarina española, era el siguiente.

—Falleció hace horas —dijo Janis, pues los primeros signos de descomposición eran evidentes a pesar de que algunas partes del cuerpo se estaban congelando.

Agatha, hasta ese momento, había tratado de ser profesional, actuar como Polrot, controlada y segura de sí misma. Pero la muerte de su amiga (sumada a la del propio Héracles) le había afectado. Zigzagueando, como sonámbula, entró en el resto de los compartimientos. Descubrió los cadáveres de las otras cinco maharanís y se quedó finalmente de pie, en medio del pasillo.

—¿No entra en el último compartimiento?

Todos aquellos crímenes habían dejado paralizada a Agatha. Tomó aire y dijo:

—Es el de Farzand Singh.

—Sí, claro, nuestro asesino.

—¿Está usted seguro?

—¡Por supuesto! —dijo Janis—. ¿No ha visto lo que ha pasado aquí? Sin duda ese maharajá ha mandado matar a sus esposas y criados. Se ha vuelto loco, ya sabe, endogamia, primos que se casan con primas, hermanas, lo que sea… y el último de la estirpe no está en sus cabales.

Aquello no encajaba con lo que la escritora sabía de Farzand, ni con el hombre que había conocido.

—Una explicación demasiado simple, ¿no cree?

—No solo es simple, es la única explicación. No creerá que usted o yo entramos en este vagón y repartimos veneno a todos sus inquilinos.

—Chartres o el *chef de train* tal vez pudieran…

—Tal vez pudieran entrar sin llamar la atención, pero convencerles a todos de engullir esa poción marrón repleta de veneno de cobra o de lo que sea…

Janis calló de pronto, como si acabase de recordar algo importante.

—Creo que al final ha sido buena idea no entrar en ese compartimiento. Mejor lo dejamos en manos del responsable del Orient Express y sus chicos. No sea que Farzand Singh nos esté esperando con un arma en la mano. Y seguro que su arma sí tiene balas.

El escritor llamó a voces a Guillaume y al camarero. Al principio no le hicieron caso porque estaban vigilando el campamento, pero cuando pronunció la frase: "aquí hay un montón de cadáveres más", Chartres echó a correr y penetró en el vagón, incrédulo. Poco después, cuando regresó la batida que estaba cazando a los lobos supervivientes, se reunió también con ellos el *chef de train*. Nadie daba crédito a lo que estaban viendo, a la mortandad terrible que habían hallado en los cubículos del vagón.

—¡Maharajá! —gritó Guillaume mientras golpeaba con sus nudillos la puerta.

No hubo respuesta. Pero pronto descubrieron que el pestillo no estaba echado, al igual que en el resto de cubículos. Chartres empuñó su arma y abrió la puerta con mucho cuidado. Asomó la cabeza. Farzand Singh estaba muerto, sentado en el taburete, junto a la mesa baja que había en todos los compartimientos de primera clase. Su cuerpo se apoyaba entre la pared y la ventana en una postura extraña, la cabeza caída, las manos agarrotadas en torno a un papel y a una pluma dorada. Su fino bastón de carey estaba caído en el suelo.

—Murió mientras terminaba su confesión —dijo Janis.

Miraron todos hacia la mesa. Había un sobre con la leyenda: PARA LA POLICÍA.

—Todo parece resuelto —dijo el *chef de train*.

—Siempre sospeché de ese príncipe estirado —afirmó Janis.

—¿Pero por qué tantas muertes? —terció Chartres— ¿Por qué primero los escritores y luego su familia y servidumbre?

—Estaba loco —explicó Janis, listo para repetir la misma

conclusión que antes había defendido ante Agatha—. La endogamia, ya sabe. Un loco no hace las cosas con la lógica del resto de la raza humana. Hace locuras, como la propia palabra indica.

—¡Oh, deje de decir tonterías!

La escritora abandonó el compartimiento del maharajá y más tarde el vagón Atenas-París. Salió al exterior. Caía una nieve fina de blandos copos que se depositaban sobre su cabeza. Agatha comenzó a tiritar.

—Te he fallado, Héracles. No he resuelto el caso. No soy como tú. No sé qué ha pasado durante estos días, ni quién mató a los escritores, ni por qué han muerto todos los pasajeros hindúes. Ni siquiera sé quién ni por qué te mató. Ni cómo. A menos que fuese Janis, que era el único que estaba en el vagón Constantinopla-París en ese momento. ¿Pero qué hacías tú allí? ¿Por qué viniste desde tu compartimiento y…?

Con lágrimas en los ojos, Agatha comenzó a escribir en su cuaderno:

Día 5 en el Orient Express. 8,30 horas.

He hallado los últimos cadáveres. Dios, ¿cómo ha podido pasar algo semejante?

¿Cómo es posible que alguien haya matado a tantos?

¿Cómo pudo engañar y acabar con la vida del propio Héracles cuando estaba sobre aviso, cuando mi pobre amigo no paraba de hablar de la muerte inminente, del peligro que le acechaba?

Vago como una sonámbula por este lugar en ruinas. Me parece que, en cualquier momento, se abrirá una puerta y sabré la verdad.

Pero la verdad es una enemiga formidable. Y se me escurre de entre los dedos.

¡Vamos, Agatha! Demuéstrales a todos de lo que

eres capaz.

¡Vamos!

Parece que al final fracasaré de nuevo. Ya me lo decía Archibald, "alguien tiene que perder y al final siempre eres tú, Agatha".

Tardé demasiado en dejar a ese imbécil.

La frase anterior sería estupenda si no fuera porque Archibald fue quien me dejó. No puedo mentir ni a un maldito cuaderno de notas.

Ojalá tuviese la fuerza de Polrot, esa llama que él tenía en la mirada cuando resolvía un caso. Entonces…

Entonces…

CAPÍTULO 30:

DÍA 5. UNA POBRE Y DESVALIDA MUJER

De pronto el frío desapareció. Agatha comenzó a sentir una sensación extraña, desconocida. Era como un hormigueo, una cálida picazón que ascendía desde la punta de los pies hasta… oh, Dios, era algo muy parecido al sexo. Era una catarsis. Era el éxtasis. Era…

Era, maldita sea, la razón por la que Polrot había decidido ser detective. Lo supo instintivamente. Investigaba porque era adicto a aquel momento, al instante exacto en que todas las piezas que danzaban en su mente sin un sentido ni orden ni concierto comenzaban a encajar.

—Polrot me ocultaba algo de lo que le pasó en Flandes —murmuró—. Tenía fiebre. Tal vez por la noche le subió la fiebre y… sí, eso lo explicaría.

Agatha dio un salto. Recordó que, la última vez que vio a Polrot resolver un caso, saltaba como enloquecido en el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Hasta bailó unos pasos en estado de trance.

—Me dijo que el caso estaba resuelto, que no habría más muertes, por lo que estas últimas muertes no están relacionadas con las primeras… oh, sí, si lo están, pero el pobre Héracles tenía fiebre, sus capacidades estaban disminuidas y no supo ver… ¡Claro! ¡Es eso!

La escritora estaba hablando en voz alta. De hecho, por momentos chillaba. Algunos empleados del Orient Express, que estaban arrastrando los cadáveres de dos lobos lejos del campamento, se la quedaron mirando.

—Manchas de sangre en la camisa de Matías Klink —aulló la escritora—, el diamante rosa y la nueva obra de Farzand Singh no trataba de lo que pensamos. ¡Sí! ¡Sí! Y el diamante era suyo pero a la vez no lo era. Evidentemente. ¿Cómo no lo vi en su momento?

Agatha vio bajar a Chartres del vagón. La había escuchado gritar y pensaba que había perdido la cabeza. Una pobre y desvalida mujer rodeada de cadáveres… lo extraordinario era que no hubiese tenido un ataque de nervios antes.

—Perdone, señora Christie. ¿Por qué no me acompaña? Podemos prepararle una sopa. Se la toma y luego se hace una siesta. Verá como enseguida se siente mejor.

Pero Agatha no le escuchaba.

—Por eso le golpeó en la cabeza —dijo—. No se dio cuenta de que no iba a por él. Fue solo una casualidad. Y había un ladrón de joyas, no dos. Bueno, sí que había dos pero solo cuenta uno. Turpin

era el culpable. El otro ladrón no estaba ejerciendo como tal. Pero no podía desvelar la verdad porque deben pesar diversas órdenes de detención contra… ¡Sí, es eso! Y entonces se arriesgó y…

Chartres le cogió de un brazo con suavidad.

—¿Me acompaña?

La escritora volvió al mundo real por un instante. Vio a Chartres y su razonamiento dio otro salto.

—Flandes. La batalla de Ypres. Hay algo más en todo eso. ¿No lo ve, Chartres?

—Claro, señora. La entiendo. Flandes es importante. Sígame. Por aquí entraremos en su vagón y…

Pasaron junto al cadáver de Polrot, que aún no había sido retirado.

—¡Dispare! —chilló de pronto Agatha.

El camarero se detuvo.

—Señora, no se encuentra bien. Le ruego que me acompañe. Le daremos algo caliente, como le he dicho, y se hará una siesta. Entonces…

—Si dispara una vez al aire le acompaño donde quiera.

—Pero, eso es una locura…

—Dispare y me iré a hacer una siesta si es lo que desea.

Chartres dudó. Miró al *chef de train*, que había descendido del Atenas-París y estaba tras ellos. Asintió.

—Muy bien, señora —dijo el camarero.

Sacó su revolver y disparó al aire.

—¿Contenta?

Agatha acercó su nariz al cañón. Solo un poco. No le hizo falta más.

—Huele a sulfuro, a azufre, pero no es el mismo olor de antes. ¿Lo comprende? Ese otro olor… así es como olía el compartimiento de la pobre Ana Carrasco.

—No entiendo nada de lo que está explicando.

—Claro que no lo hace, Chartres, porque usted no es Héracles ni Hércules ni tampoco es Agatha. ¡No sabe usar sus células grises!

La escritora subió de un salto a su vagón y echó a correr por el pasillo. Pero no entró en su compartimiento sino en el siguiente, en el de Matías Klink.

—Por eso estaba aquí el revólver de Krazov —dijo justo cuando Chartres y Guillaume llegaban a la carrera.

Y con gesto teatral, como esos que tanto disfrutaba Polrot cuando finalizaba un caso, levantó la sábana que cubría el cuerpo de Matías y mostró el cadáver. Solo que allí no había cadáver alguno, sino el cuerpo tembloroso de un detective belga.

—Debo confesarle algo, capitán Meunier —dijo Polrot.

Agatha se inclinó y besó su frente. Estaba al menos a cuarenta de fiebre.

—No tienes que confesar nada, amigo mío. Eso pasó hace catorce años y nadie aparte de ti se acuerda. Debes perdonarte. Debes olvidar.

—Pero… —Polrot abrió los ojos. De alguna manera, la visión de aquel rostro conocido le devolvió al mundo real—: ¿Agatha?

—Sí, soy yo, querido —La escritora volvió a poner sus labios en la frente del detective. Aquello le serenó. Probablemente serenara a ambos.

Polrot estiró una mano y acarició el rostro de Agatha.

—¿Has resuelto el caso?

La escritora sonrió. Una sonrisa completa, definitiva. La sonrisa de alguien que ha alcanzado un nuevo hito en su propia existencia y ahora es mucho más madura, independiente y segura de sí misma.

—Sí, Héracles. He resuelto el caso.

CAPÍTULO 31:

DÍAS 6 AL 7. EL TRUCO DE UN PRESTIDIGITADOR

Polrot estuvo más de un día inconsciente. Agatha le cuidó con ternura y no abandonó el compartimiento ni la cabecera de su lecho en toda la jornada. Tampoco cuando los trabajadores de la refinería de azúcar alcanzaron el Orient Express y hubo un gran revuelo y nuevos vítores. La locomotora del tren había penetrado profundamente en el hielo antes de detenerse del todo días atrás. Nadie sabía cuantos metros tenía la pared ni la dureza de la misma. Se especulaba sobre ello, pero las conjeturas no eran suficientes. Había que actuar. Casi medio centenar de picos percutieron la duna helada y comenzaron las obras.

—Vamos a ser rescatados. ¿Eso no le emociona?

Agatha estaba haciendo la lectura final de “Matrimonio de Sabuesos” sentada a los pies de un Polrot que a ratos tiritaba, a ratos llamaba a su capitán. Se volvió e hizo una mueca de desagrado al ver a Christian Janis.

—Me emocionaré cuando el tren vuelva a ponerse en marcha y cuando mi amigo vuelva a estar sano. Y todavía más cuando lleguemos a nuestro destino y no tenga que volver a verle más, señor mío.

El pequeño escritor le ofreció una sonrisa beatífica.

—Pensé que habíamos llegado a una especie de acuerdo, de tregua o como quiera llamarlo.

—Era un acuerdo para salvar nuestras vidas cuando no sabíamos lo que nos aguardaba en el vagón contiguo. No para ser amables el uno con el otro terminada esa labor.

—Pero podríamos, por lo menos, ya que somos los últimos pasajeros vivos del Orient Express, tratarnos mínimamente y…

—He reflexionado las últimas horas. Polrot me dijo que usted era un asesino sin escrúpulos. Basta de buenos modales con quien no lo merece. Así que no quiero saber nada de usted.

—Pero…

—Márchese.

Janis inclinó la cabeza y obedeció. No parecía enfadado, ni siquiera decepcionado. Solo se aburría. Pasaba muchas horas solo y ya no quedaba nadie al que observar o del que reírse. Y los empleados del tren y los trabajadores de la refinería eran gente básica, ruda, que no encajaba en el tipo de personajes que poblaban

sus novelas: manipuladores y egocéntricos como él mismo.

—Ya se ha ido, Héracles —le dijo Agatha a su amigo, que seguía tiritando en dura pugna con la enfermedad y sus recuerdos.

Al acabar la jornada, Agatha dio por acabado “Matrimonio de Sabuesos”. Sus protagonistas habían sufrido cambios en la última corrección. Tuppence seguía siendo un trasunto de la Agatha juvenil que se había unido al VAD (*voluntair aid attachment*) durante la Gran Guerra. Como muchos otros civiles del Reino Unido quiso formar parte de aquella organización para ayudar en lo que fuera al esfuerzo bélico. Y así nació la Agatha enfermera que trabajaba en un dispensario. Tomando aquellas experiencias como punto de partida, había retocado y mejorado a Tuppence, poca cosa, aquí y allá, aunque nada digno de mención.

Pero el personaje de Tommy había mutado. No quería que siguiese pareciéndose a Archibald, su exmarido. Debía dejar aquello atrás. Así que introdujo diversas modificaciones para poder seguir escribiendo en el futuro sobre aquella pareja de “sabuesos”. Porque sabía que volvería a aquellos personajes. Lo pasaba bien con sus aventuras.

Polrot despertó la tarde del día siguiente. Al principio no podía hablar. Miraba a Agatha con tristeza, torpeza, somnolencia, como si estuviese regresando de un largo viaje en un abismo insondable. Y de alguna manera era así, exactamente:

—Hay un médico en la refinería, Héracles. Te ha visitado y me ha dicho que padeces de hipotermia, aparte de un resfriado terrible. Por eso tenías escalofríos, fiebre y tus sentidos estaban algo embotados. Cierta confusión mental también es habitual en estos casos, así como la incapacidad para saber que estás enfermo y que has perdido facultades. Todo ello te llevó a tomar la decisión de suplantar a Matías Klink.

Polrot abrió la boca, pero no pudo hablar. Soltó un gemido. Agatha lo arropó con otra manta. Luego le explicó que en el vagón Atenas-París estaban todos muertos. Farzand Singh había dejado una nota. Ella la tenía en su poder y muchas cosas quedaban explicadas. Aunque no todas. Pero el detective no parecía interesado en aquel asunto. Volvió a abrir los labios, pero no salió sonido alguno. Agatha le cogió de una mano. Eso le serenó y consiguió decir:

—*Mon capitaine… échapper à la punition… je…*

Agatha, súbitamente, comprendió. Polrot quería hablar del

pasado, no del presente.

—Sé lo que pasó en Flandes en 1914. Al menos la mayor parte, amigo mío. Me di cuenta de que, cuando me hablabas de tus experiencias en la guerra, me ocultabas algo. No le di importancia. Todos ocultamos cosas. Pero había algo más, como un atisbo de vergüenza. Pero, ¿de qué podías estar avergonzado? Te quedaste aislado de tu unidad, luchaste solo unas horas y al final fuiste relevado. Supongo que por el capitán Meunier: lo has citado varias veces mientras dormías.

El detective asintió.

—Pensé que la razón de tu vergüenza era el que hubieses sobrevivido mientras el resto de los hombres de tu unidad perecieron —prosiguió Agatha—. He visto a soldados arrastrar esa culpa, la culpa del superviviente. Pero lo tuyo no era culpa sino vergüenza, que no se parecen en nada. Sin embargo, estaban pasando demasiadas cosas a nuestro alrededor: accidentes de tren, frío, congelación, hambre y cadáveres por doquier. Decidí que, de momento, el asunto de qué pasó cuando luchaste en Flandes podía postergarse.

«Tras tu muerte, inevitablemente, le di vueltas a la cuestión. Me pregunté si te habías suicidado y si esa vergüenza soterrada estaba detrás de tus actos. Pero, ¿casi quince años después te suicidabas por algo que pasó en la guerra? No parecía probable. Pensé que te habían asesinado. Vi tu cadáver en la nieve vestido con tu estrafalaria gabardina de piel de zorro y di por sentado que estabas muerto. Cuando estuve junto a tu cuerpo olí a azufre mezclado con todos los disparos que los hombres del *chef de train* habían efectuado contra los lobos. Pensé que ese olor a sulfuro era de los proyectiles. Pero volví a encontrarme con ese mismo hedor, aunque más tenue, en el compartimiento de Ana Carrasco, donde nadie había disparado. En el exterior, mientras reflexionaba sobre el caso, me pregunté si un cadáver de dos días más olería justo como olía tu cadáver. Pedí a Chartres que abriese fuego con su pistola y me di cuenta de que el olor a azufre de un disparo es completamente distinto, más denso, más directo, y con menos tufo, por así decirlo, menos emanaciones que se te meten en las fosas nasales.

«Y tuve una idea loca. ¿Y si el muerto era Klink en la nieve, es decir, un cadáver fallecido ya hacía dos días al menos? Recordé que tenéis un peso y una altura parecida, un rostro ovalado y el mismo bigotito incipiente. Hasta vestís de forma similar. Cuando hice esa asociación de ideas todo fue más sencillo.

Polrot intentó hablar de nuevo.

—Yo… *je… Je me suis caché sous…*

—No, no hables querido. Sé lo que hiciste en 1914. Eres humano y tuviste miedo. Te escondiste bajo el cadáver de uno de tus compañeros caídos. Tenías miedo de eso que luego llamarías la muerte inminente. Llevabas demasiado tiempo luchando solo a diez o doce grados bajo cero, tenías también hipotermia y te rendiste. El frío extremo ha desmoralizado a tropas en todas las guerras. No eres un caso único, ni siquiera un caso inhabitual. Además, ¿qué podrías haber hecho contra un enemigo que atacaba contra un solo hombre? ¿Qué puede hacer un individuo contra un ejército?

—Pero no fui castigado —dijo de pronto Polrot, con voz ronca. Quiso añadir algo más pero Agatha solo comprendió "impunies".

—Ya sé que tus actos quedaron impunes. De ahí tu vergüenza, ¿no? Cuando el capitán Meunier alcanzó tu posición te halló temblando de miedo bajo el cuerpo de uno de tus compañeros caídos y te mandó a retaguardia para ser juzgado por cobardía. Pero él y todos sus hombres perecieron cuando los alemanes atacaron de nuevo. Nadie supo jamás lo que habías hecho.

El detective asintió.

—Llevabas mucho tiempo luchando en soledad —le consoló Agatha—. Salvaste tu posición. No habrían sido duros contigo.

—Eso ya nunca lo sabré, *mon amie.*

De cualquier forma, cuando el Polrot del presente se vio superado por los acontecimientos, por la enfermedad, el frío, la hipotermia, cuando perdió la facultad para razonar, decidió ocultarse tras un cadáver como había hecho en 1914. Aprovechando el caos producido por el ataque de los lobos al campamento, le puso a Klink su gabardina y lo arrojó por la ventana. Aquello le salvó la vida una vez y su instinto de supervivencia, cuando el resto de sus facultades le fallaron, decidió repetir aquel loco truco de prestidigitador. Agatha no le dijo nada a su amigo, pero le había parecido una solución notable al problema de desaparecer a plena vista y había apuntado el truco en su cuaderno. Lo usaría años después (con leves matices) en una de sus novelas más famosas.

—Ahora descansa —dijo la escritora, feliz de haber resuelto un misterio como los que resolvía su amigo—. Ya seguiremos hablando mañana. No hay prisa.

El enfermo obedeció. Cerró los párpados y se dejó llevar al mundo de los sueños. Agatha descorrió la cortinilla de la ventana y

miró hacia el exterior. Media locomotora era ya visible. Los trabajos continuaban a buen ritmo.

—Pronto estaremos en casa, *mon cher* —murmuró Agatha.

Y besó de nuevo la frente de Héracles con ternura.

CAPÍTULO 32:

DÍA 8. EL DERRUMBE

El día siguiente lo ocupó la escritora en releer “Un amor sin nombre” (*Giant’s Breed* en la edición inglesa). Esta vez apenas realizó modificación alguna. Mary Westmacott había nacido y ella estaba contenta de que su pseudónimo viera la luz. Necesitaba escribir de tanto en tanto una novela sin la necesidad de buscar el éxito. Había muchas emociones en ella que deseaba explorar lejos de la presión de ser la gran Dama del Crimen. A lo largo de su vida, estaba segura, nacerían varias novelas de Mary. No muchas y no muy conocidas. Y Agatha disfrutaría de ellas: relatos íntimos en los que volcaría momentos de su vida privada o esas emociones personales que quería investigar. Era feliz pensando en la libertad creativa que le otorgarían aquellos libros.

—Ya está el trabajo terminado —dijo en un suspiro, dejando el manuscrito en la mesa junto a la ventana del compartimiento de Polrot. En realidad, era el de Klink, pero ahora se había trasladado el detective. Mientras, el cadáver del escritor reposaba en una de las literas del primer compartimiento de segunda clase.

Polrot aún dormía a las cinco de la tarde. Se había despertado brevemente horas atrás. Y Agatha le dio un caldito que le trajo Chartres; el detective se lo tomó con los ojos entrecerrados. Agatha pensó que era buen momento para indagar sobre un asunto que hacía tiempo que le daba vueltas en la cabeza:

—Antes de que se vaya, Chartres, quiero preguntarle una cosa.

—Por supuesto, señora.

—¿Pidió Matías Klink que alguien le arreglase la ventana, la lámpara de la mesita o algo de su habitación?

El camarero reflexionó.

—Así es. Mandamos un par de veces a alguien que revisase el lavabo y alguna otra cosa. No recuerdo bien. Puedo preguntar exactamente qué fue si lo desea.

—Mejor pregunte a la persona a la que envió si echó en falta una llave inglesa. Aunque estoy convencida de que le responderá de forma afirmativa.

—Así lo haré.

Pocos minutos después el camarero regresó y le confirmó la desaparición de la llave inglesa. Agatha se inclinó entonces sobre Polrot:

—La última pieza ha encajado —le susurró al durmiente.

Sentía ternura ante aquel hombre de mente prodigiosa que ahora estaba incapacitado. Le gustaba que la necesitara, que se mostrase vulnerable. Héracles no se parecía en nada a Archibald, siempre tan extrovertido y tan masculino. Agatha había aprendido a desconfiar de lo que parece perfecto. Lo perfecto esconde siempre una máscara. Porque no hay nadie perfecto.

Perdida en estas reflexiones se sobresaltó sobremanera cuando escuchó un terrible estruendo. Descorrió a toda prisa la cortinilla de la ventana y percibió consternada gritos de auxilio y hombres que acudían a la carrera hacia la locomotora. Poco después se abrió la puerta del vagón y escuchó unos pasos.

—¿Chartres?

Un rostro conocido asomó la cabeza. Pero no era el camarero.

—¿Necesita algo? —dijo Janis.

Agatha bajó la cabeza.

—No, nada.

—Tal vez quiera saber lo que ha pasado ahí afuera.

La escritora levantó la cabeza. ¡Cuánto detestaba a aquel hombre! Pese a todo, se serenó y dijo:

—Si es tan amable.

Janis se frotó las manos, ateridas, pues aún estaban a seis grados bajo cero.

—Ha habido un derrumbe. El agujero que estaban excavando en el hielo para liberar la locomotora se ha venido abajo —dijo, con cierto entusiasmo en la voz, como si hubiese disfrutado mucho viendo el accidente.

—¿Algo grave?

—No gran cosa, por desgracia. No habrá muertos, que es algo que me hubiese encantado contemplar. Ya sabe que nada me inspira más que un buen cadáver, y probablemente no haya tenido suficientes con todos los que pueblan los compartimientos de este tren que más parece un depósito de cadáveres—Janis rio largamente. Cuando se serenó, añadió—: De cualquier forma, nos esperan más días aquí, perdidos en la nieve. Primero habrá que sacar a los hombres atrapados tras la nueva pared de hielo que se ha formado. Luego

empezar de cero el túnel e ir apuntalando con maderos según se avance.

—Pasaré más días en este infierno y en su compañía ¡Qué maravillosa noticia! —dijo Agatha, irónica.

—No tan mala —dijo entonces una voz ronca, como venida de ultratumba.

Janis y Agatha se volvieron. Cierto detective belga se había incorporado en el lecho y les miraba fijamente. Ya no temblaba y, aunque tenía grandes ojeras y el rostro demacrado, sus ojos brillaban con la determinación de antaño.

—¿Por qué no es una mala noticia? —quiso saber la escritora.

Polrot suspiró.

—Así tendremos tiempo de escuchar la resolución de los crímenes que han tenido lugar en el Orient Express.

—Bueno, eso es cosa tuya, Héracles. Cuando te sientas mejor y preparado, entonces…

—No, *mon amie*. Me dijiste que has resuelto el caso. Demuéstramelo. Sé que puedes hacerlo.

—Pero en esas cosas tú eres el experto.

El detective colocó un cojín bajo su espalda y se sentó, cubriéndose con una manta.

— Ahora eres tú la experta. Descubriste lo que me pasó en Flandes durante la Gran Guerra. Creo que estás preparada para ir un paso más allá. Así que… t*u peux commencer.*

—No estoy segura de que pueda.

—Vamos, no te hagas de rogar. *Allons Agatha, ne te fais pas prier!*

La escritora se mordió el labio inferior. Era cierto. La nueva mujer en la que se estaba convirtiendo era capaz de resolver aquel caso. Ya lo había hecho dentro de su mente. Ahora solo tenía que expresarlo en voz alta. Carraspeó, pero entonces escuchó la enojosa voz de Christian Janis.

—¿Puedo quedarme al espectáculo?

Fue Polrot quien contestó:

—No solo puede… debe hacerlo*, monsieur Janis, je vous en prie.*

Y entonces, tras una larga pausa, Agatha Christie comenzó a hablar:

—Todo comenzó con ese maldito juego de Charles Windleshaw.

CAPÍTULO 33:

DÍA 8. AGATHA RESUELVE EL CASO

—Todo comenzó con ese maldito juego de Charles Windleshaw. “Encuentra al escritor” se llamaba, pero todo era un engaño, una farsa.

Agatha miró por el rabillo del ojo hacia la puerta del compartimiento. Vio a Janis y, detrás de él, a Chartres. Llevaba un poco de sopa en un pequeño bol. Se la sirvió a Polrot y este le lanzó un “merci” prácticamente inaudible. Entonces el camarero abandonó la habitación pero la escritora podía aún ver su sombra en el pasillo. Poco después apareció otra sombra. *Ah, el chef de train,* pensó Agatha. *Ya estamos todos. Mejor así. Mucho mejor así.*

—¿Por dónde iba? Ya recuerdo. El juego de “encuentra al escritor” no era un juego, era una invitación al asesinato. Polrot lo intuyó casi desde el principio. El supuesto “dramaturgo de renombre” quería que lo asesinasen, que su nombre se escribiese bien grande en las portadas de los periódicos y aprovechar esa fama imperecedera para relanzar su carrera. El que ya estuviese muerto para entonces debió parecerle un precio no demasiado alto. Porque verse envuelto en un sórdido crimen en el Orient Express junto a escritores muy conocidos, incluida yo misma, sería un asunto del que se hablaría durante años. Tal vez décadas. A la gente le encantan los asesinatos. Yo lo sé bien, pues vivo de ello.

Todos comprendieron que la escritora estaba en lo cierto.

—Quién cometiera el crimen era lo de menos para el dramaturgo —prosiguió—. Windleshaw pretendía apretar las tuercas a Farzand Singh, Juliet Bell, Matías Klink y Christian Janis hasta que uno explotase. Y lo consiguió. Paradójicamente, es el gran vencedor de este caso. Porque su muerte, unida a la de todos los demás, convertirán este viaje en el más famoso de la historia. Y el nombre del dramaturgo brillará con letras de oro en…

—*Mais non, mon amie.*

Agatha se detuvo al oír la voz de Héracles.

—¿Por qué no?

Polrot respiró hondo. Negó con la cabeza.

—Aún estoy demasiado cansado para hacer una larga exposición. Necesito reposar la voz *et la tête* todavía unos minutos. Así que cedo la palabra a Guillaume, que te explicará por qué este asunto no va a salir a la luz y ningún periódico hablará de lo que ha pasado en este viaje en el Orient Express.

Janis se hizo a un lado. Agatha volvió la cabeza y vio en el umbral del compartimiento al *chef de train*, que la saludó con una breve inclinación de cabeza. Y dijo:

—Llevo muchos años en el Orient Express. No tantos como Chartres pero los suficientes como para saber que un escándalo no se puede tapar. Al menos, como norma general. Todo se acaba sabiendo. Pero cuando el escándalo es demasiado grande… bueno, las cosas increíbles son las más fáciles de ocultar. En circunstancias normales la muerte del señor Windleshaw y de los otros escritores, la del encargado del coche cama y la del policía, todo eso al final habría salido a la luz. Y ni siquiera estoy seguro. Ya hablamos de un escándalo mayúsculo. Pero si sumamos a esas muertes la de Paul, el ayudante del maquinista, y las once del vagón contiguo, un maharajá, sus seis esposas y toda su servidumbre… ahora se trata de un incidente internacional y de una mancha imborrable en nuestra *Compagnie Internationale des Wagons-Lits*. No, el señor Polrot está en lo cierto. Las autoridades del Reino Unido, mis jefes en la compañía, incluso el gobierno turco, todo el mundo hará lo que esté en su mano para que todo esto sea borrado.

—¿Y las muertes? —quiso saber Agatha—. ¿Cómo borrarlas?

—No se borrarán del todo. Se disfrazarán de accidentes durante una excursión a la montaña, en el caso de nuestros huéspedes hindúes, por ejemplo. Un desprendimiento que acaba con todos los miembros del grupo, pongamos por caso. Algo lógico y sobre todo creíble con este tiempo tan espantoso que hemos sufrido estos días. Y luego tal vez un infarto en el caso de Windleshaw, un hombre mayor muy enfermo de cáncer. Se hará algo parecido en el resto de muertes. He visto cómo se tapaban cosas mucho mayores.

—¿Mayores que todos esos muertos en el Atenas-París?, ¿esos a los que se ha referido hace un momento? Vamos, no me dirá que…

—Mucho mayores, señora. Y el gobierno de la India, el Raj, hasta el mismo estado principesco del que proviene el maharajá, serán los primeros en agradecerlo. Alguien sucederá al príncipe con gran boato y sin rumores ni estridencias.

Se hizo el silencio. Agatha bajó la cabeza.

—Entiendo.

Janis rio entre dientes.

—Asesinos de la verdad. Pero asesinos al fin y al cabo. Hay

asesinos por todos lados. ¿Y yo soy un monstruo?

Los ojos de Polrot se clavaron en el rostro del escritor polaco. Si las miradas pudieran matar habría un cadáver más en el pasillo del Orient Express.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora Christie? —dijo entonces el *chef de train.*

—Sí, claro.

—¿Quién mató al señor Windleshaw?

—Muy sencillo, quien parecía haberlo hecho desde el principio: Matías Klink.

Agatha puso una mano en la frente de Polrot. La fiebre había casi desaparecido. Asintió y entonces dijo:

—Encontramos una camisa con manchas de sangre en su compartimiento. Al principio sopesé la idea de que alguien le hubiese implicado, colocando su propia camisa escondida en uno de los respaldos acolchados del sofá. Pero al final tuve que rendirme ante la evidencia de que era el asesino más probable. El homicidio encajaba en el modus operandi del crimen anterior de Klink, el de un asesino impulsivo.

«Por todo ello creo que Klink fue el primero en caer en la trampa de Windleshaw, en la trampa que hilvanó con aquellas acusaciones en elegantes tarjetas rosas. El dramaturgo mandó al encargado del coche cama al vagón contiguo; le pagó para que nada se interpusiese en su propio asesinato. Klink vio que nadie vigilaba el vagón y pensó que era su oportunidad. Sin duda rogó al dramaturgo que no desvelase su secreto, pero Windleshaw fue tajante, insultante y definitivo: haría que su nombre se arrastrase por el fango. No volvería a publicar, sus iguales le darían la espalda, la opinión pública le despedazaría… en fin, todos conocimos a Windleshaw. Como buen dramaturgo, le gustaban los dramas, los excesos, las puestas en escena y acaso cierta sobreactuación. Pero Klink le creyó o, lo que es más exacto, creyó que no tenía más salida que matarlo. O acaso perdiera los nervios. Nunca lo sabremos. Lucharon brevemente, Windleshaw se golpeó, cayó al suelo y fue apuñalado hasta la muerte con un abrecartas.

Agatha miró en derredor. ¿Lo estaba haciendo bien? Así parecía por el gesto admirativo de sus oyentes.

—Todo debería haber acabado aquí —dijo entonces Polrot—.

Pero entonces sucedió algo inesperado.

—Llegó Krazov, el policía búlgaro —terció Janis.

—*Mais non*. Eso pasó luego. Con la muerte de Windleshaw el caso del Orient Express había tocado a su fin. Un autor envidioso que ansía la fama a cualquier precio y paga con su vida la posibilidad de pasar a la posteridad. Se acabó. Pero si todo se torció fue porque un nuevo caso estaba a punto de nacer. Todas las demás muertes se produjeron en el marco de ese nuevo caso.

—¿Cuál? ¿Qué caso? ¿Qué sucedió? —preguntó Chartres.

Polrot se volvió hacia Agatha. Ella tomó el testigo:

—Lo que sucedió fue que Farzand Singh vendió el diamante Daria-ul-ain a Juliet Bell por cien mil dólares.

El diamante maldito, uno de los diamantes rosas más grandes del mundo, la preciosa joya que no podía ser tocada por una mujer, había caído en manos de Juliet. Tal vez en ese momento la maldición se puso en marcha y habían comenzado los verdaderos problemas para todos los habitantes de aquel microcosmos que era el Orient Express.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Janis, desconcertado—. Farzand Singh era un hombre muy rico. No necesitaba el dinero.

—Porque Ana Carrasco, su esposa, era la personificación del diamante —explicó Agatha—. Estoy convencida de que el maharajá se lo había regalado años atrás, cuando comenzó a llamarla con el nombre de Daria en sus escritos. Solo había un problema. El diamante no era estrictamente de Farzand Singh.

—Yo incluso le pregunté al maharajá si era realmente el propietario —dijo Polrot.

Agatha asintió.

—Y lo era. Pero al mismo tiempo no lo era. Hablamos de una joya dinástica, de una propiedad de Farzand Singh en tanto que maharajá. Pertenecía al estado principesco que regentaba en primer lugar. Si Ana Carrasco se lo quedaba, con los años podrían reclamárselo los sucesores de su esposo al frente del trono e incluso perderlo en un juicio. Por eso resolvió venderlo, pero en secreto, para que nadie lo supiese en la India. Y contactó con una vieja amiga, alguien que conocía de sus tiempos de bailarina en la capital de España: una ladrona de joyas llamada Juliet Bell.

Agatha levantó una mano y mostró la tarjeta número 3 que había confeccionado Windleshaw, aquella que acusaba a alguien de ser un asesino en su infancia y un ladrón en la actualidad. Para ser exactos, una ladrona.

—Aunque en esta ocasión no ejercía como ladrona sino como intermediaria —prosiguió la escritora—. Ana necesitaba sus contactos para vender la joya en el mercado negro, ya que debían encontrar un coleccionista que aceptase tener la joya aun sabiendo que un principado hindú podría reclamarla en un futuro. Por lo que tendría que volver a tallar el diamante (lo que rebajaría su valor) o tenerlo escondido en una colección privada. Por eso lo vendieron por una fracción de lo que valía. Juliet se iba a quedar parte del pago y sin duda el comprador obtuvo una rebaja por los riesgos de la compra.

«Y es que a veces no nos damos cuenta de que un ladrón de joyas no siempre está robando. Así como un asesino no siempre está asesinando.

La escritora estaba mirando fijamente a Christian Janis, que le devolvió la mirada y hasta le guiñó un ojo antes de decir:

—Pero no ha respondido a mi pregunta. ¿Por qué vendió la joya? Como todos sabemos, Farzand Singh era un hombre muy rico. No necesitaba el dinero.

—Sí que lo necesitaba —dijo Agatha—, porque Ana iba a abandonarle y quería dejarla en la mejor posición económica posible. Porque la amaba y no quería que le faltase de nada. Aunque podía entregarle una suma de dinero, no podía ser desorbitada. De nuevo volvemos al asunto clave de que Farzand era maharajá de un principado, pero el dinero y las joyas que ostentaba no eran estrictamente suyos. No podía dilapidarlos por una mujer occidental que le abandonaba. Sería un escándalo. Para comprar un castillo o coches o lo que fuera, eso sí, pero por una mujer… eso no estaría bien visto.

Janis no parecía tener las cosas claras.

—Sigo sin entender. ¿Por qué asumió el maharajá tantos riesgos por alguien que iba a dejarle?

El escritor polaco, y hasta Chartres o Guillaume en segundo plano, tras la puerta, seguían desconcertados. Polrot decidió que era el momento de aclarar aquel punto. Carraspeó, deseando que su garganta aguantase el esfuerzo.

—Para resolver un caso, *il faut d'abord comprendre la*

psychologie de las personas implicadas. Hay que entender quiénes son y qué pasa por sus cabezas. Farzand Singh era un hombre para sí mismo y para su esposa Ana. Pero para sus otras esposas, sus sirvientes y el resto de habitantes de su reino era un dios.

—La misma Ana Carrasco nos lo explicó —terció Agatha—. Los súbditos de Farzand creían que era un dios, hijo del sol y la luna. Y añadió que era difícil abrazar la modernidad, el mundo occidental, cuando eres para miles de personas una deidad primitiva.

Polrot tragó saliva intentando que su voz sonase más clara:

—Este punto, *justement,* es la clave de este caso y de todas las muertes que hemos presenciado excepto la de Charles Windleshaw. Cuando Ana Carrasco le dijo a su esposa que no soportaba la vida en palacio, Farzand Singh, lejos de enfadarse, la comprendió. Las otras maharanís habían provocado la muerte de su primera esposa occidental, Marie Grossupova, induciéndola al suicidio tras años de vejarla y aislarla en la capital de su reino. Creo que incluso llegó a temer que tratasen de matar a Ana, pero nunca creyó de verdad que llegasen tan lejos. Al menos hasta el final. Así que Farzand Singh, el hombre, el literato, comenzó a preparar una nueva obra llamada "Su Ausencia me Quema el Alma", un libro de poemas que trata de la marcha de la persona amada.

«Nosotros creímos, erróneamente, que hablaba de la ausencia de Marie tras su muerte.

—Pero hablaba en realidad de la marcha de Ana Carrasco, que llevaban ambos meses preparando —añadió Agatha—. Por eso Ana me dijo que iba a volver a bailar. Eso solo era posible si abandonaba su vida de princesa y dejaba de ser la esposa de Farzand Singh.

—*C'est exactement ça*. Y por eso el artista creaba un nuevo libro de poemas anticipando la ausencia de la única mujer a la que amaba. Mientras, el marido proveía a su aún esposa de todo lo que necesitaba para vivir cómodamente el resto de sus días. Pero, ¿qué hacía Farzand Singh, el dios? ¿Qué estaba haciendo a ojos de las maharanís? Bien, *je vais vous le dire.* El dios Farzand estaba traicionando a su pueblo.

«De nuevo *la psychologie* es la clave de todo el asunto. ¿Verdad, Agatha?

Polrot ya había hablado demasiado. Inclinó la cabeza y pasó el testigo a la escritora.

—Las maharanís habían descubierto que un hombre que debía

actuar como un dios en la tierra había vendido la joya más importante del reino para agasajar a una extranjera que iba a divorciarse de él. En un palacio, en un gineceo, hay pocos secretos, la historia está llena de intrigas de este tipo porque es imposible impedir que las noticias vuelen de boca en boca. Así que la maharanís urdieron un plan para recuperar la joya. Estoy convencida de que, si hubiesen podido, habrían arrebatado el diamante de las manos de Juliet, tal vez incluso le habrían dado muerte. ¿Recuerdan el asco y el desprecio con la que una de ellas miró a la señora Bell justo antes del juego de "Encuentra a un escritor"? Durante un tiempo sospeché de ellas, de que se hubiesen valido de algún ardid para pasar del vagón Atenas-París al nuestro para asesinar a Juliet. Pero no, era imposible. Además, alguien se adelantó: el falso Inspector jefe de la policía búlgara Ivan Krazov.

Agatha miró a Polrot, que meneaba la cabeza.

—Héracles no está del todo seguro de que sea un falso policía. No del todo. Pero yo sí lo estoy. Y la clave de todo está en el gesto de Juliet cuando, al interrogarla, Krazov citó al ladrón apodado Highway Turpin y la escritora australiana se quedó estupefacta. Fíjense bien: no estaba sorprendida al ser descubierta, o indiferente porque se citase a un ladrón que no era ella. No. Estaba estupefacta, anonadada, incrédula. ¿Por qué Polrot me describió una reacción tan extraña? Solo hay una explicación. Juliet no podía dar crédito a sus oídos porque el propio Highway Turpin le acababa de preguntar si ella era Highway Turpin.

«Por favor, amigos míos, reflexionemos sobre lo que sabemos de ese ladrón. Es alguien osado y un poco loco, capaz de robar en los lugares más impensables, como delante de las narices de la nobleza una gargantilla de oro y diamantes, regalo del rey Boris III de Bulgaria. Ese tipo de hombre no roba solo por el dinero. El acto en sí es lo que cuenta, el riesgo, el reto, eso es lo que le mueve. ¿Y qué reto más grande que robar uno de los diamantes tallados más grandes del planeta en el Orient Express? ¿Y si doblamos la apuesta y nos atrevemos a hacerlo con el tren bloqueado por la nieve? Cuando Juliet Bell contactó con intermediarios de su mundillo para vender la joya, alguien debió vender la información al ladrón más famoso del momento: a Highway Turpin. Y este no pudo sustraerse a la tentación de volver a crear un gran espectáculo, otro robo increíble y osado.

«Por eso creo… no, estoy segura de ello, que Turpin no durmió en su cama la noche del robo porque no le dejaba la excitación. Pretendía entrar en la habitación de Juliet Bell, arrebatarle el diamante y huir en la noche, arriesgándose a morir en medio de la ventisca, lo

que era un reto supremo. Por eso ordenó a Chartres que limpiara la salida al exterior del vagón Constantinopla-París. Pero solo esa salida.

—No entiendo —intervino el camarero desde el pasillo—. Pocas horas antes, el inspector jefe… perdón, ese tal Turpin, había salido conmigo en dirección al pueblo y sabía que era imposible escapar a causa de la ventisca.

—Se equivoca. Creo que le acompañó en esa expedición para entorpecer sus pasos, que no llegara al pueblo y no pudiera ni pedir ayuda ni preguntar a las autoridades si existía el inspector jefe Krazov. Dígame, a pesar de ser casi veinte años más joven, ¿iba más lento que usted?, ¿retrasaba el avance?, ¿fue el primero en sugerir que había que darse la vuelta?, ¿se tiró al suelo pretextando agotamiento y eso fue lo que le obligó a traerle a cuestas de vuelta al Orient Express?

Chartres no contestó, pero el silencio lo hizo por él. Agatha subió el tono de su voz, cada vez más segura en su papel de detective:

—Creo que Krazov/Turpin creía realmente que era capaz de desandar el camino que había hecho el día antes para acceder a este tren. Quería regresar a su coche y escapar con el diamante. Así que fue a charlar con el nuevo empleado del coche cama, se puso a su espalda y lo estranguló sobre su silla, dejando caer la cabeza en la mesa. Más tarde forzó la puerta de Juliet, rompiendo los pestillos. Entonces la asaltó, robó el diamante y disparó a la escritora cuando esta opuso resistencia. Pero al salir se encontró con una sorpresa inesperada.

«Y es que Krazov cometió un único error. Uno pequeño que se hizo enorme debido a la mala suerte. Para que Polrot no sospechase de él, quiso parecer un policía de verdad y elaboró una teoría absurda, acusando a Matías Klink del asesinato de Windleshaw. No tenía base para ello aún, pero le pareció que así era más creíble en su papel de inspector jefe. Y digo que tuvo mala suerte porque acertó. ¿Y qué sabemos de Matías Klink? De nuevo entra en juego la psicología que tanto gusta a mi Héracles. Matías Klink era un hombre impetuoso al que le costaba mucho controlarse. Mató a su esposa en un arrebato y a Windleshaw en un ataque de ira.

Agatha levantó una mano y mostró la tarjeta número 6, la que hablaba de un asesino que había matado a su esposa con una barra de hierro.

—Acorralado, Matías Klink pasó también la noche en vela

creyendo que en cualquier momento iban a entrar en su compartimiento a detenerle. Pero en lugar de eso escuchó pasos. Se asomó al pasillo y vio al encargado del coche cama con la cabeza apoyada sobre su mesa. ¡Estaba dormido! ¡La suerte le sonreía de nuevo! Luego escuchó un disparo y vio salir de la habitación contigua al policía que le acusaba. Ni siquiera se paró a pensar por qué demonios había sonado un disparo. ¡Era su oportunidad! Así que cogió una llave inglesa (que previamente había robado y tenía a mano para defenderse en caso de que quisiesen arrestarle) y golpeó en la cabeza a su enemigo. Pero el falso policía era un hombre fuerte. Le apartó y le disparó a quemarropa, matándole al instante. Con gran esfuerzo y determinación, Krazov/Turpin se tapó la cabeza ensangrentada, abrió la puerta del vagón, dejando huellas de sangre y de cuero cabelludo, y salió al exterior. Pero solo pudo avanzar unos metros, además en dirección contraria, lo que demuestra hasta qué punto estaba desorientado por el golpe. Poco después cayó desmayado. Y acabó congelado.

Polrot esperó unos segundos. Luego rompió a aplaudir. El resto de oyentes, aunque tímidamente, le imitaron. Hasta Janis se animó a hacerlo sin abandonar su mueca sardónica de costumbre.

—*Magnifique, mon amie.* Estuviste maravillosa. Yo no lo habría hecho mejor. Sabía que lo conseguirías.

CAPÍTULO 34:

DÍAS 8 AL 9. LA IRA DE UN DIOS

Se había hecho de noche. Pero desde la refinería habían traído unos pocos cilindros de gas de los que se usaban para la iluminación de las habitaciones. Hasta el *chef de train* estuvo de acuerdo en que valía la pena malgastar uno de ellos encendiendo la lámpara junto a la cama de Polrot.

—Creo que es necesario que pida perdón, *mes amis* —dijo entonces Polrot—. Porque tras todo lo anterior, sobre todo tras el hallazgo del cadáver de Juliet Bell, cuando la mayor parte de las piezas del puzzle se dispusieron en mi mente, llegué a la conclusión de que no habría más muertes. Incluso la de Juliet podría haberse evitado: ella creyó que podría curarse sola como cuando ejercía de asistente de un cirujano en la Gran Guerra. Así que arregló la puerta forzada por Krazov y puso ropa sobre el picaporte para que no se notara a simple vista que faltaban los pestillos. Pero se equivocó, sobrevaloró sus capacidades y murió desangrada. Debería haber confesado aunque corriese el riesgo de ser detenida y acabar en la cárcel por intentar vender en el mercado negro parte del tesoro real de un estado principesco indio. Tal vez temía lo que una noticia semejante significara para su carrera literaria. Pero, fuera como fuese, una vez muerta, todo llegaba a su fin: el diamante ya no estaba en el tren, los ladrones estaban fuera de la partida, muertos o huidos. Windleshaw y su juego estaban terminados. No había nuevos crímenes a la vista, a menos, claro, que Janis tuviese alguna cosa pensada. Y sabía que no es ningún tonto. No es el tipo de criminal que mataría de nuevo a menos que estuviese seguro de quedar impune como cuando mató a la amante de su esposa. Así que me relajé y cometí un terrible error. *J'ai fait une supposition et j'avais tort, pardonnez-moi.*

Agatha le acarició el rostro.

—En ese momento Héracles tenía treinta y nueve al menos de fiebre y estaba en el primer estadio de la hipotermia. Incluso sospechaba que Juliet Bell podía ser el verdadero Turpin. Ya no pensaba con claridad.***

—Eso no me consuela, *chérie.*

—Ya lo sé. Pero es la verdad.

La escritora metió una mano en el bolsillo. Sacó un sobre. Inspiró hondo antes de decir:

—Farzand Singh ha dejado una larga carta, pero es más bien una justificación y un testamento. Leerla en voz alta sería una pérdida de tiempo, aparte de que no explica todos los hechos. Así que no la

leeré, aunque la citaré de cuando en cuando si les parece.

Todos estuvieron de acuerdo. La escritora cerró los ojos. Dejó que su mente divagase, pero no encontraba la frase justa. Polrot decidió ayudarla de nuevo. No porque creyera que le necesitase. Lo cierto es que le costaba un poco no ser el protagonista.

—Farzand Singh, durante su interrogatorio me dijo que su primera esposa se había suicidado. Entonces… *J'ai vu son regard…* Vi su cara cuando me contaba la historia. Aquel rostro lo decía todo. Le pregunté si alguien la indujo a ello, pero en lugar de decirme que "nadie" lo había hecho, repuso: Yo no la induje al suicidio.

«Fue entonces cuando me di cuenta de que otros u otras sí lo habían hecho. Y el maharajá dijo algo más: "Nunca, jamás, permitiría que algo así sucediese de nuevo". Y de nuevo vi ese rostro, determinado más allá de toda determinación, dispuesto a cualquier cosa para evitarlo o para castigar con ira divina al que lo intentase. Recuerden esas palabras: *colère de Dieu* o, en inglés, cólera divina.

«Pero Farzand se equivocaba al creer que podría evitar que algo así se repitiese. Porque cuando desapareció el diamante, cuando las maharanís se dieron cuenta de que Juliet Bell estaba muerta y la escritora australiana ya no lo tenía, que la joya representativa del principado y de su pueblo se había vendido primero y perdido después, entonces decidieron que Ana Carrasco había ido demasiado lejos. Y decidieron matarla. ¿Cómo? Valiéndose del arma más adecuada para un detective pero también para un criminal: *la psychologie* de la que les he hablado antes. Yo mismo fui testigo de que Ana Carrasco se ponía al nivel de las maharanís, que las insultaba cuando ellas lo hacían, que no tenía miedo de vejarlas antes incluso de que ellas la vejasen de nuevo. Y las maharanís, que lo sabían, urdieron un sencillo plan. Untaron el glaseado de un bollito con veneno de serpiente y lo colocaron en el bol de los pastelillos cuando ya no quedaba ninguno. Y acto seguido, antes de que nadie pudiese cogerlo, desafiaron a Ana. Ella, la esposa preferida, era quien tenía que comerse el último pedazo de comida, ¿no era cierto? Porque ella siempre se llevaba lo mejor, el diamante Daria-ul-ain, el amor del maharajá, todo lo que importaba. ¿Recuerdan la escena en el salón comedor? Oh, interpretaron su papel a la perfección, se hicieron las ofendidas porque sabían que Ana reaccionaría. Aunque ya no tuviera hambre, respondería al desafío y se comería el bollo solo para demostrar que le importaba un bledo lo que ellas pensaran.

—"Qué demonios" —entonó Agatha, recordando la escena—. "Si nadie lo quiere, me lo como yo". Eso dijo.

—*Exactement.* Y cuando acabó, se relamió y añadió: “Estaba buenísimo. Gracias, queridas”.

«Y Ana Carrasco abandonó la comida sin saber que el veneno comenzaba ya a hacer estragos en su cuerpo.

Polrot miró a Agatha. Comenzaban a estar compenetrados. Ya casi no tenían que decirse nada para que sus papeles y sus roles encajasen. La escritora sonrió y dijo:

—Por eso, cuando me quedé hablando con ella tras la comida, comenzó a encontrarse mal y se excusó. Yo creo que murió casi de inmediato, cosa de varios minutos, teniendo en cuenta el estado del *rigor mortis* cuando la hallamos.

—*Et la colère de Dieu descendit sur les coupables* — entonó Polrot.

—Así es. Cuando Farzand Singh y dos de sus criados regresaron de la excursión al pueblo y la refinería, encontraron a Ana muerta. Y como bien dice Héracles, la cólera de Dios descendió sobre los culpables. Llevaban tiempo, años tal vez, pidiendo a Farzand que se comportase como el dios que era. Y al final lo consiguieron. Porque el maharajá no dudó ni un momento de que ellas habían matado a su preferida, su amada, la Daria de sus poemas… e impartió el castigo.

Agatha ojeó la carta que descansaba en su regazo.

—Creo que hubo incluso un juicio o eso leo entre líneas. Porque el maharajá cita a Kharak Singh, un antepasado suyo que murió cuando se le prescribió un veneno especialmente doloroso. Pero Farzand no creía en ese tipo de castigo, en el dolor o en las condenas más “civilizadas” como el ahorcamiento o el fusilamiento, que son las formas más comunes de dar pena de muerte en la India.

La escritora suspiró, sin saber bien cómo seguir. La carta del maharajá explicaba que condenar a la máxima pena en su país no era nada común, que el mayor castigo solía ser la cadena perpetua. El asesinato era una de las pocas excepciones. Sin embargo, la ley musulmana prescribía que solo habría pena de muerte en caso de crimen con sangre y ensañamiento. Ello motivó que los asesinos envenenadores acabaran condenados solo a penas de cárcel. A causa de ello el maharajá defendía en su misiva la reforma de 1861 de Lord Cornwallis, que castigaba a los envenenadores a la pena capital, en consonancia con las leyes británicas. Y en base a ese razonamiento jurídico, Farzand había condenado a muerte a sus esposas.

—Es un texto técnico, algo muy aburrido —dijo Agatha—. El maharajá trata de justificarse. Era un erudito y había decidido condenar sin un juicio real a sus esposas. Necesitaba explicar que lo que hacía era justo y conforme al derecho. Sus esposas habían traído el veneno de cobra desde la India: lo encontraron entre sus pertenencias. Era, por tanto, un crimen premeditado. Si no recuperaban el diamante, habían decidido dar muerte a la antigua bailarina. Y al final lo hicieron. Por eso Farzand Singh decidió que el castigo más justo era asesinarlas con ese mismo veneno. En su escrito explica que lo que va a ordenar no es "Kisa", un veredicto vengativo en el viejo sistema legal hindú. Pero sí lo es y Farzand Singh solo luchaba por defender esa cólera divina que sentía. Así es como yo interpreto lo que he leído.

«Por todo ello, al final, Farzand Singh se convirtió también en un asesino, dando la razón a Windleshaw. Temía que no condenasen a sus esposas a muerte aquí en Turquía, ni siquiera en la India aunque consiguiese que el juicio se celebrase allí. Y se armó de razones para matarlas en persona. ¿Recuerdan que dilapidó su dinero comprando comida y ganado en el pueblo? ¿Que solo un criado salió del vagón Atenas-París durante horas? ¿Y que solo lo hizo para recoger sus raciones cuando el cocinero terminó su guiso? Farzand ya sabía que no necesitaba el dinero, que sus esposas no sobrevivirían a esa última cena. Ni él tampoco. El juicio fue una farsa. Más tarde vino la ejecución de la sentencia. Héracles, sin saberlo, fue testigo de parte de ella.

Ahora fue Agatha la que miró a Polrot.

—*Je ne m'en souviens pas vraiment*. Mis recuerdos son fragmentarios, estaba febril y deliraba. Solo sé que una de las maharanís escapó cuando sus compañeras ya habían tomado seguramente el veneno. Me despertó. Me pidió ayuda. No quería morir. Cogí la pistola de Krazov, abrí fuego pero fallé y más tarde me redujeron entre varias personas. Tal vez Farzand o sus criados, o todos juntos. Me arrojaron al suelo de este vagón, quisieron matarme pero ya no quedaban balas. El arma quedó en el suelo. Me hallaba tan fuera de mí que no fui capaz de regresar para salvarla, aunque sé del cierto que no lo habría conseguido: tal era mi debilidad que no vieron en mí una amenaza. Me alcé y por la ventana distinguí los aullidos, los lobos, disparos, una escena dantesca tras otra escena dantesca. No fui capaz de razonar que el maharajá había aprovechado la ausencia del encargado del coche cama, que en ese momento estaba con sus compañeros ahuyentando a la manada, para completar la ejecución de sus esposas. Perdí la razón y regresé al año 1914, a la Gran

Guerra, y me escondí de la realidad como había hecho entonces.

«Eso fue todo. Supongo que luego encontraron los cadáveres.

—En efecto, Héracles. Los de Ana y el resto de maharanís. También el de Farzand Singh, que acabada la ejecución se suicidó, igualmente con veneno. Y, sorprendentemente también los cuerpos sin vida de los criados.

—¿Por qué te causa ello sorpresa?

—El maharajá pensaba que sobrevivirían. Incluso cita sus nombres en la carta y les lega ciertas cantidades de dinero.

Polrot se rascó la cabeza.

—*Bon sang! Encore la colère de Dieu*. Ahora lo comprendo todo. La servidumbre de un dios y de sus esposas acababa de ver que justamente ese gran dios y sus maharanís perecían. Fue demasiado para sus mentes. Bajo su concepción del mundo, acababan de vivir una experiencia impensable, tal vez lo más horrible que pudieran imaginar. Se vieron solos, rodeados de los cadáveres de aquellos que debían proteger. Debieron ser unos minutos estremecedores, de puro terror. Unas personas que habían sido educadas para servir a deidades se encontraban sumidos en una pesadilla, en un mundo sin orden y sin Dios. Así que se quitaron la vida de mutuo acuerdo.

—Tal vez decidieron seguir a su amo y a las damas. Llevaban haciéndolo tanto tiempo que vieron lógico seguirles también en la muerte.

—*Peut être*. Poco importa a estas alturas. Porque, de cualquier forma, resolviste el caso. *Une réussite,* Agatha.

—Tú ya lo habías resuelto casi todo, Héracles.

—No por completo. Además, adivinaste que yo no había muerto realmente. Y eso no era nada fácil.

Se miraron. Agatha le cogió de la mano. En ese momento, Janis se dio la vuelta y salió al pasillo.

—Todo queda explicado. Abyecto, tenebroso, un caudal de estupidez y de miserias más que algo que valga la pena plasmar en uno de mis libros. Yo hago gran literatura, no novelitas policíacas como las suyas, señora Christie.

El escritor se marchó, su curiosidad satisfecha, algo decepcionado de no haber hallado nada que le sirviese de inspiración.

Poco después hicieron lo propio el camarero y el *chef de train*.

—Deberías marcharte tú también y pasar la noche en tu habitación, *mon amie.* Yo ya estoy mejor y, sentada en ese taburete, acabarás con un dolor de espalda terrible.

—Aún no estás recuperado del todo. Si mañana sigues mejorando me lo plantearé.

Ambos recordaban que Polrot, hacía unos minutos, no la había llamado “mon amie” sino “chérie”, querida mía. Y no era la primera vez que en los últimos días uno u otro se dejaban llevar por expresiones semejantes.

Se quedaron callados. Polrot se terminó la sopa que le había traído Chartres y luego cerró los ojos. Por primera vez en muchos días no soñó con los alemanes y la batalla de Flandes. Soñó con Agatha. No supo qué suerte de fantasía había transitado, pero en su retentiva se grabaron a fuego sus hermosos ojos de color café. Cuando despertó se encontró con aquellos hermosos ojos, ahora desde el mundo real, observándole.

—Has tenido un sueño muy tranquilo, casi diría que placentero. ¿Te encuentras bien esta mañana?

Polrot soltó un largo y sonoro bufido.

—*Je me sens bien*. Demasiado bien me atrevería a decir.

EPÍLOGO:

DE VUELTA A CASA

Los días que siguieron fueron algo incómodos. Un muro invisible se había alzado entre Héracles Polrot y Agatha Christie.

Él estuvo callado, abstraído, la mayor parte del tiempo. Pensaba en sus hijos, Lucien y Marguerite; también en su esposa, Claire. Tenía ganas de regresar a casa y de volver a verlos.

Ella, por su parte, trabajó en su cuaderno. Cada vez que miraba la libreta que una vez había sido de su hija, pensaba en Rosalind, que en ese momento se hallaba en un internado en Bexhill. Agatha solo había estado dos veces en aquel lugar, pero recordaba bien la estructura de sus edificios, los uniformes de las niñas, la forma de ser de los docentes… y estaba dándole vueltas al argumento de una novela que se desarrollara entre sus muros. Perdería aquellos primeros apuntes y la idea que había tenido no daría su fruto hasta tres décadas más tarde, convirtiéndose en la novela “Un gato en el palomar” (en inglés: *Cat Among the Pigeons*).

Mientras tanto, el “rey de los trenes” seguía varado como una gigantesca ballena, anclada en la nieve e inmune a los esfuerzos por rescatarla. Guillaume organizó a los hombres de la refinería y a los empleados del Orient Express, colocándolos por separado y formando grupos de trabajo. Poco a poco la cosa fue avanzando, sobre todo cuando Chartres tuvo la brillante idea de arrancar las columnas decorativas del salón comedor, que eran de madera, para apuntalar mejor la pared de la cueva helada en la que estaban avanzando para liberar a la locomotora. Pronto hicieron lo propio con los escalones por los que se entraba a cada vagón y con los estribos de las puertas exteriores.

Pocas horas antes de que terminasen el trabajo llegó un quitanieves desde la ciudad de Çerkezköy. La máquina ayudó a limpiar los accesos, el terreno en torno al tren y eliminó algunos pequeños desprendimientos que se habían producido algo más adelante.

Una mañana, la del decimosegundo día, todo había terminado. Polrot se encontraba mejor, ya casi no tenía fiebre. Cuando percibió que el tren se ponía en marcha, se incorporó del lecho, se puso el pijama y pulsó un timbre. Instantes después llegó Chartres.

—¿Qué desea el señor?

—¿Nos estamos moviendo?

—En efecto. Solo a cinco kilómetros por hora, pero avanzamos.

—*C'est merveilleux!* Una noticia verdaderamente maravillosa.

Ambos se echaron a reír, como si alguien hubiese contado el chiste más gracioso de la historia. Pero era la risa de la libertad, del alivio, de la liberación.

El tren llegó a Sofía al día siguiente. Agatha elaboró un escrito alabando la entrega de toda la plantilla del Orient Express, su lucha por sacarles del apuro, contra adversidades de todo tipo y condición. Polrot y Janis también firmaron el escrito, que fue entregado a un representante de la *Compagnie Internationale des Wagons-Lits.*

Allí mismo, en la capital búlgara, los tres únicos pasajeros supervivientes de aquella odisea, fueron testigos de cómo la intuición del *chef de train* resultaba ser correcta. Todo lo sucedido se tapó convenientemente. En primer lugar, unos funcionarios de la embajada británica se llevaron los cuerpos de Farzand Singh, sus esposas y sus criados. Lo hicieron en silencio, como si se estuvieran llevando solo algo de equipaje. A uno de ellos, el de mayor rango, le había sido entregado el Daria-ul-ain (El Ojo del Mar), el diamante rosa que había causado tantas desgracias y tanta mortandad. Aunque tal vez fuera el odio el responsable, o los celos, o la venganza, o los estúpidos juegos de un "dramaturgo de renombre", que pusieron en marcha una perversa espiral de causas y efectos.

Fuera como fuese, al día siguiente se hizo pública la muerte del maharajá y su familia en un accidente de montaña: sepultados por un desprendimiento, afirmaron los periódicos.

Luego les llegó el turno a Ivan Krazov, Charles Windleshaw, a Matías Klink y a Juliet Bell. Unos policías búlgaros se llevaron los cadáveres. Habían llegado a un acuerdo con las autoridades turcas para llevar el caso. Y se haría con total discreción. Ni un solo rumor sobre muertes sospechosas en el Orient Express. En Polonia y Australia, de donde eran naturales los dos últimos, los periódicos publicaron varios artículos sobre la muerte natural de aquellos dos grandes literatos. Nada más. Respecto a Charles Windleshaw, nadie se acordó de él, ni siquiera la asociación de autores del sur de Devon a la que pertenecía. Siguió en el olvido, el mismo lugar que ocupara en vida.

—*Pardon, monsieur.*

—Dígame.

Polrot se había acercado a uno de los policías búlgaros y le entregó la documentación de Iván Krazov, supuesto inspector jefe.

—¿Esta documentación es verdadera, *monsieur*?

El policía la miró de cerca. Levantó la cabeza.

—No se parece a las nuestras. Es falsa.

Polrot le dio las gracias y añadió:

—Es lo que me imaginaba. Yo compararía las huellas que encontrará en las páginas de este documento y las del último cadáver que acaba de llevarse: podrían coincidir con las de un ladrón conocido como Highway Turpin.

Al regresar al Orient Express, el detective fue informado de que los cuerpos de Oikonomou, el encargado del coche cama asesinado, y el de Paul, el ayudante del maquinista muerto por el ataque de los lobos, permanecerían en el tren. Se les ubicó en las dos literas del primer compartimiento de segunda clase del Atenas-París. Allí no quedaban ya pasajeros y no podían molestar a los que quedaban vivos, que estaban en el otro vagón.

—Nuestra compañía se hará cargo de esos dos desdichados —le explicó el *chef de train*—. Los repatriaremos y organizaremos a nuestra llegada un entierro como es debido.

Y el Orient Express prosiguió su viaje, esta vez a velocidad normal. Las ciudades fueron discurriendo una tras otra: Tesalónica, Atenas, Belgrado, Niš, Zagreb, Vinkovci, Ljubljana, Trieste, Milán, Lausana, París…

Volvía ser un tren de lujo, aunque casi vacío y desangelado. Los compartimientos de estilo Art Deco no resultaban ya tan maravillosos, los relucientes platos ya no brillaban como antes, la deliciosa comida ya no estallaba en una explosión de sabores en el paladar. No. Los tres inquilinos de aquel viaje fastuoso estaban en silencio, saludándose apenas en los pasillos, deseando que el viaje tocase a su fin.

Cuando el tren abandonó la capital francesa, Polrot terminaba su helado, pues de nuevo había pedido *Terrine de canard trufée* y, de postre, *la glace plombière.* De pronto, guiado por un súbito impulso, el detective se levantó de la mesa en la que estaba cenando y se sentó junto a Agatha. Pero no dijo nada al principio. La escritora tomó por fin la iniciativa:

—Hola, Héracles. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Deseando ver a mi familia. *Et toi?*

—Deseando ver a Rosalind y a mi querida Carlo. Y al resto de mi familia también, claro.

—*Il est normal.*

Ni siquiera se miraban a los ojos. Polrot había dado el primer paso, pero ahora no sabía qué decir. Fue Agatha, cada vez más fuerte y segura de sí misma, la que habló de nuevo en primer lugar.

—Lo que ha pasado…

—No ha pasado nada.

—Ya lo sé, amigo mío —Agatha frunció el ceño—. Eso que no ha pasado o no ha llegado a pasar fue algo bien comprensible. La soledad, el miedo, la compañía de una persona a la que se aprecia en una situación semejante. Nos dejamos llevar.

—Pero aun así no pasó nada. *Rien.* Nada de nada.

—Si no hubiese pasado nada en absoluto no estarías repitiendo esa frase constantemente.

Polrot echó la cabeza hacia atrás. Miró el techo, tratando de encontrar las palabras.

—Tú estás separada, sin pareja. Puedes permitirte sentimientos semejantes pero yo no puedo. *Il est impossible.*

—Yo tampoco puedo. La infidelidad de Archibald me hizo un daño terrible. Jamás provocaría ese dolor a otra mujer. Así que para mí también es imposible.

El detective lanzó un suspiro de alivio.

—C*'est bien mieux comme ça.* Mucho mejor así, sin duda.

—Mucho mejor, sí.

—Todo esto es incómodo, pero sobre todo es temporal, *mon amie.* Lo mejor es que no nos veamos en un tiempo. Pronto encontrarás pareja y la incomodidad cesará.

—Yo no busco pareja. Lo que tenga que pasar acabará por pasar. Pero estoy de acuerdo. Aunque solo pensaba…

—*Oui?*

—Pensaba en que apenas quedan unas horas de viaje. ¿Podríamos ser amigos hasta Calais? Luego tomaremos el barco hasta Inglaterra y nos separaremos. Yo podría hacerme a la mar hoy

mismo.

—*Et je le ferai demain* o pasado mañana o cuando sea. Me parece una idea excelente. Pero quiero dejar algo claro. No solo seremos amigos estas horas que nos restan de viaje. Seguiremos siendo amigos ahora y siempre. Y te llamaré o te escribiré cada pocas semanas, Agatha. Ya lo hacía antes de este viaje. Y lo seguiré haciendo.

Se sonrieron. La incomodidad no había cesado, pero era ahora menos incómoda. Un poco al menos.

Estaban ambos tan concentrados en poner fin a aquella desagradable historia, que no se dieron cuenta de que Janis les observaba. Le habían olvidado, volvía ser el pequeño y diminuto escritor que había sido. Y aquello era algo que el escritor polaco odiaba. No quería volver a ser invisible. No consentiría que nadie le volviese a tratar así.

—¿Podría unirme a su conversación? —dijo Janis, sonriente.

—De ninguna manera —repusieron Agatha y Polrot a coro.

Janis llevaba demasiados días sin hablar con nadie. Hasta los empleados del Orient Express, con Chartres a la cabeza, le ninguneaban. Sabían que era un asesino desde que fue revelado durante la resolución del caso. Le servían con reluctancia, respondiéndole con monosílabos.

—Pero había pensado que, dado que solo resta una última parada, podríamos hacer las paces y…

—No —dijo Polrot.

—Rotundamente no —añadió Agatha.

—Yo les rogaría, amablemente…

El detective alzó su bastón y le señaló con su punta.

—Usted, señor mío, es el peor de cuantos asesinos poblaron el tren durante este infausto viaje. Pero, por desgracia, usted es… *ah, ce que je veux dire… c'est non responsable pénalement…*

—Inimputable es la palabra que buscas, Héracles.

Polrot chasqueó los dedos de la mano derecha y empuñando de nuevo con la izquierda su bastón señaló al escritor polaco.

—Eso es. Usted es inimputable, señor mío. No se le puede

perseguir por el crimen que cometió y mucho menos por los que aún no ha cometido. Pero no voy a perder ni un minuto de mi tiempo en hablar con usted. Aunque tenga algo por seguro: si escribe una segunda novela sabré que ha asesinado a alguien para inspirarse. Y removeré cielo y tierra, buscaré el cadáver de la persona a quien haya dado muerte y le llevaré hasta la justicia. ¿Me ha entendido? *C'est assez clair pour vous?*

Janis no respondió. Volvió lentamente la cabeza en dirección contraria y tomó un sorbo de licor, tratando de serenarse. Su rostro, sin embargo, estaba contraído por una ira profunda, pétrea, infinita. Mientras, el rostro de Polrot estaba radiante, por fin había podido enfrentarse con aquel hombre repulsivo. Y estaba satisfecho. De hecho, estaba de tan buen humor que aceptó de buen grado hablar de literatura con Agatha, un tema que no le resultaba normalmente demasiado atractivo.

—He estado trabajando en nuevos proyectos —dijo entonces la escritora—. Particularmente en la idea de una nueva novela que tendría lugar aquí, en el Orient Express. Aunque nada parecido a lo que nos ha sucedido. Tal vez un asesinato cometido por varias personas. No solo un autor o dos sino cuatro o cinco…

—*Quatre ou cinq?* Eso es inverosímil, *mon amie.* ¿Por qué no todo el pasaje? No resultaría creíble porque…

Polrot se detuvo. Los ojos de Agatha brillaban de excitación. Murmuró:

—Todo el pasaje… todos… o casi todos… es eso…

Agatha escribió febrilmente unos minutos en su libreta y luego levantó de nuevo la vista hacia su amigo.

—Me has sido muy útil. Tengo otra idea.

—¿Otra?

—Oh, sí, en mis libretas hay a menudo hasta ocho borradores de novelas o poemas o bosquejos de obras teatrales.

—*Incroyable.*

Agatha continuó el resto del viaje relatándole algunos de sus proyectos. El siguiente del que le habló fue uno inspirado en los juegos de Windleshaw, en la posibilidad de que alguien reuniese en una habitación a varios posibles asesinos con motivo de algún evento, una tertulia o....

—¿Una partida de bridge, por ejemplo? —propuso la escritora, a la que se le había iluminado el rostro. Acababa de poner las bases de una novela que se llamaría “Cartas Sobre la Mesa” (*Cards on the Table* en inglés).

—*Et pourquoi pas?* Es un juego que a los ingleses os encanta. Una reunión social para jugar al bridge me parece algo muy posible.

Christian Janis aprovechó aquel momento para abandonar el salón comedor. No se despidió de nadie porque nadie esperaba que lo hiciera. Ni siquiera los camareros, que le miraban con desprecio.

El escritor pasó el resto del viaje en su compartimiento. Tiempo atrás, cuando no era nadie, cuando su esposa tenía una amante y él era un autor fracasado, había aprendido a aplacar la ira. Tomaba aire, cerraba los ojos y transformaba la rabia en maldad. Y en su mente forjaba planes de asesinato que un día verían la luz. No debía tener prisa. No debía dejarse dominar por la inmediatez de la recompensa. Todo a su tiempo.

—Todo a su tiempo —dijo, como un mantra, una y otra vez, hasta serenarse.

Fue entonces cuando decidió que daría muerte a Agatha Christie. Y luego a Héracles Amadeus Polrot. Pero antes de matar al detective sometería su voluntad, le aniquilaría, le haría entender que la escritora a la que tanto admiraba había muerto por su culpa, por amenazarle con perseguir sus asesinatos futuros. De alguna forma, los sucesos terribles que tendrían lugar los había causado el propio Polrot, que había jurado que no le dejaría vivir tranquilo y acabaría con su particular visión del arte.

—Me has provocado, maldito belga ridículo. Y te lo haré pagar. Te dije que cuando regresase a Breslavia escribiría sobre ti, sobre un tipo que se cree demasiado listo y que al final no es capaz de estar a la altura de la visión agrandada que tiene de sí mismo. Pero ahora lo haré sobre ese mismo hombre, aunque iré un paso más allá: escribiré sobre alguien que, en su estupidez, provoca la ira de una mente superior y acaba causando la muerte de una famosa escritora y la de él mismo. Será un gran éxito.

Algo más calmado, Janis hizo su maleta, ordenó su compartimiento y aguardó pacientemente la llegada del Orient Express a Calais. Una vez en el andén encendió su pipa. Agatha y Polrot pasaron en ese momento a su lado, sin reparar en su presencia.

—Aquí nos separamos —dijo ella al detective, haciendo una señal al mozo que llevaba su equipaje.

—*D'accord, à bientôt, mon amie.*

Polrot se quitó su sombrero e inclinó la cabeza. Se quedó observando a Agatha mientras se alejaba, lanzó un suspiro y se alejó con aire soñador.

—¡Ayy!

Janis volvió la vista hacia la escritora. Agatha se estaba frotando la rodilla. Se había girado para mirar una última vez a Héracles y no había reparado en que el mozo detenía su carretilla para dejar pasar a un grupo de pasajeros. La escritora se había tropezado con sus propias maletas.

—No pasa nada —le dijo al mozo—. Continuemos. Tengo prisa.

Pero sí había pasado algo. Janis caminó con aire despreocupado hasta el lugar donde se había producido aquel pequeño incidente, junto a una de las salidas. Cualquiera que pasase en ese momento por el andén de Calais solo vio a un hombre de rostro anodino que se inclinaba para atarse un zapato. Pero nadie advirtió que cogía un cuaderno del suelo, un cuaderno que se había caído del bolso de la famosa “reina del crimen”.

—Un día de estos, el día menos pensado, iré a verla y se lo devolveré en persona, señora Christie. Aunque no será una visita nada agradable —dijo Janis, aunque la escritora ya estaba lejos y no podía oírle.

Lo cierto es que aquella libreta nunca aparecería. De hecho, se conservan los cuadernos con los apuntes preparatorios de Agatha de todas sus novelas de la década siguiente, entre 1928 y 1938. Salvo en dos casos: “Cartas Sobre la Mesa” y “Asesinato en el Orient Express”. Tampoco se conserva un solo párrafo que escribiera durante su primer viaje en el “rey de los trenes”. Toda esa información forma parte de un cuaderno que se ha perdido.

Janis, ignorante de que tenía entre sus manos un pequeño pedazo de la historia de la literatura, se sintió feliz de aquel pequeño e inocente robo. Era una pobre recompensa a cambio del aburrimiento y el desprecio con los que Agatha y Polrot le habían castigado, pero de momento tendría que bastar. Así que cogió la libreta escolar de Rosalind y la guardó en su maleta.

Miró en derredor. Hombres y mujeres anónimos avanzaban camino del próximo tren o regresando a sus casas, a sus vidas miserables. Ninguno de ellos valía nada. Sus vidas no se podían comparar con un solo párrafo brillante de uno de sus cuentos o de su única novela publicada. De hecho, mataría a todos los presentes por una metáfora sombría, por un juego de palabras que reflejase la grandeza inmaterial de su negra alma.

—Ojalá pudiera asesinaros uno por uno y haceros el gran favor de convertiros en parte de una novela. Así vuestras vidas tendrían algún sentido.

Días atrás, Agatha le había comparado con Raskolnikov, el hombre sin conciencia, más allá del bien y del mal, que aparecía en la inmortal obra de Dostoievski “Crimen y Castigo”. Janis se había sorprendido, porque él mismo se veía reflejado en el gran Rodión Románovich Raskolnikov. Aunque, claro, él estaba listo para eludir la redención que al final sufría aquel personaje literario.

Porque Christian Janis jamás se redimiría. Seguiría matando y creando su arte hasta que alguien le detuviese. Y ese no sería Polrot. Jamás. Era un mediocre, una cucaracha comparado con Janis y su formidable intelecto. De eso no tenía la menor duda.

Un hombre joven, anónimo, se pasó la mano por su pelo escarpado y subió la montura de sus gafas. No parecía alguien peligroso. Muy al contrario, daba la sensación de ser alguien común y corriente, un caminante más entre la masa.

—Hoy es un día hermoso y perfecto —dijo.

Echó andar sin prisas por el andén de Calais, lanzando débiles espirales de humo. Acababa de salir el sol, un astro radiante que iluminó su faz mientras lanzaba una enorme carcajada.

La vida le sonreía. La vida siempre sonreía a los fuertes. Y Christian Janis era el más fuerte y despiadado de todos.

FIN

Si te ha gustado esta novela,

nos encantaría que dejaras tu valoración en

Amazon

El próximo caso de esta saga se llamará

“AGATHA SE CITA CON LA MUERTE”

(Los casos de Héracles y Agatha N.º 4)

YA A LA VENTA

(Nota: la preventa ayuda a posicionar el libro entre los más vendidos cuando es publicado y a que las ventas se mantengan en el tiempo. Al comprarlo en preventa, en oferta y a bajo precio ayudas a que salga a cuenta seguir escribiendo libros de esta saga. GRACIAS)

TODO LO QUE ACABAS DE LEER

ESTÁ BASADO EN HECHOS REALES

O CASI...

Exceptuando los crímenes, es real:

-La historia y biografía de todos los escritores/asesinos que salen en la novela

-El accidente del tren en el que viajaba Agatha, bloqueado y enterrado en la nieve.

-El ataque de los lobos.

-El hambre, el frío, las estalactitas en los techos.

-El suicidio de Marie Grossupova, esposa del maharajá.

-El maharajá comprando a precio de oro abrigos para sus esposas o comida en el pueblo que, en efecto, al principio se negó a ayudar.

-Todo lo que se explica sobre las novelas de Agatha y los cuadernos desaparecidos.

-Y muchas cosas más.

Si quieres saberlo todo del proceso de creación de esta obra, te aconsejamos que leas la nota que sigue.

NOTA FINAL

(No leas lo que sigue hasta terminar la novela pues se revelan pistas sobre el culpable o culpables)

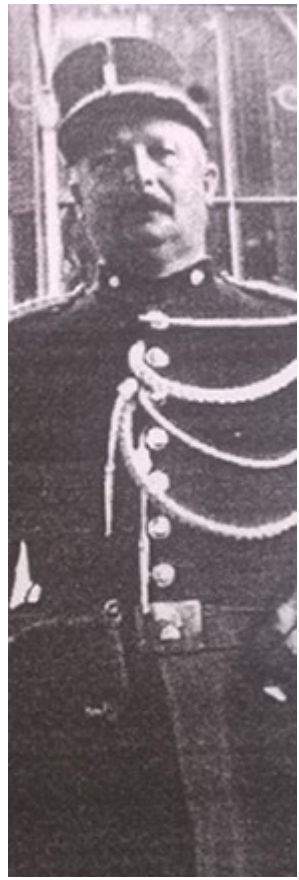
Por Teresa Ortiz-Tagle y Javier Cosnava

1. AGATHA CHRISTIE

Los autores queremos expresar nuestra admiración por Agatha y sus novelas. La obra que acabas de leer está escrita desde el amor incondicional a sus escritos y su legado.

En la investigación que Michael Clapp ha realizado sobre la génesis del personaje de Poirot, se explica que la escritora, siendo joven, conoció en una fiesta a un grupo de refugiados belgas. Y que la base del personaje pudo ser un gendarme retirado llamado Jacques Joseph Hamoir. No nos gustaba ese nombre y pensamos que Héracles Amadeus Polrot era mucho más potente, sonoro y encajaba en el tipo de personaje que queríamos crear, alguien que no solo no era Hércules Poirot en absoluto, sino que le habían obligado a evolucionar y ser otra cosa.

En su autobiografía, Agatha afirma haber pensado de forma general en los refugiados belgas que conoció de joven, sin especificar quién fue la base para la creación de su personaje. Como curiosidad, hay que añadir que Jacques Joseph Hamoir se trasladó a vivir a la misma localidad donde residía Agatha (Torquay) y a no mucha distancia.



Fotografía de Jacques Joseph Hamoir

(el presunto Hércules Poirot)

2- BASADA EN HECHOS REALES

Las novelas policiales de Cosnava & Tagle se basan siempre en un crimen real.

En este caso, en múltiples crímenes reales.

Juliet Bell está inspirada en Anne Perry, la famosa escritora australiana de misterio, la cual realmente mató a su madre tal y como se narra en esta novela. Incluso se ha hecho una notable película al respecto llamada “Criaturas celestiales”.

Christian Janis está inspirado en el famoso asesino polaco Krystian Bala. Fue capturado tras una primera novela exitosa (basada en un asesinato que había cometido). En el momento de su detención, estaba preparando su próximo crimen con la idea de hacer una segunda novela al respecto.

Matías Klink está inspirado en el asesino holandés Richard Klinkhamer, que mató a su esposa, la enterró y consiguió eludir a la justicia por un tiempo. También escribió una novela sobre su crimen. Fue finalmente capturado y, tras una larga estancia en prisión, quedó en libertad.

Farzand Singh está inspirado en el Maharajá Jagatjit Singh Sahib Bahadur. Una de sus esposas, tal y como se explica en esta novela, realmente se lanzó al vacío desde un alminar a causa de la soledad y sus enfrentamientos con las otras maharanís. Se consideró un suicidio. Se casó con la bailarina española Anita Delgado (no Ana Carrasco), la cual tenía igualmente muy mala relación con sus otras esposas. Finalmente, cansada de la vida palaciega, los enfrentamientos y las diferencias culturales, se separaron. El maharajá que viajaba con Agatha cuando su tren tuvo el accidente, era un maharajá distinto, aunque todas las anécdotas de la novela (compra de abrigos, vagón ocupado casi en exclusiva por esposas y servidumbre, compra de alimentos a precio de oro en el pueblo, enfrentamientos con los aldeanos, ataque de los lobos, etc.) sucedieron en realidad.

La historia del diamante Daria-ul-ain es inventada. Sin embargo, está basada en tres diamantes similares, cuyas historias mezclamos para crear una gran joya digna de Agatha y su estancia en el Orient Express. Cabe añadir que la maldición está basada en una real, al menos hay quien cree en ella, aunque el diamante maldito es el Koh-i-Noor. Este diamante no puede ser portado por un hombre, solo por mujeres. Actualmente es propiedad de la familia real británica

(y solo lo han lucido mujeres por si la maldición fuera cierta).

Charles Windleshaw está inspirado en una anécdota real. Más adelante la explicamos, en el apartado de licencias.

A la hora de describir los vagones, los de segunda clase aparecen antes que los de primera. Es justo al contrario, pero los ubicamos por conveniencia de la trama. En esta novela es decisivo y repetido que Polrot pase de un vagón a otro, del 2 (Atenas) al 1 (Constantinopla). Por lo que cada vez habría entrado y se habría encontrado los vagones de 2ª clase. Y nos interesaba que fueran los de 1ª porque los de segunda están vacíos toda la novela (o reposan en ellos los cadáveres que van apareciendo). Fue por pura comodidad. Un detalle menor pero que vale la pena comentar para conocimiento del lector.

El asunto de los cuadernos de Agatha es verdad, también lo de los cuadernos desaparecidos. Así como todo lo que se explica sobre sus libros.

Por último, la inspiración principal de la novela es el accidente que sufrió la propia Agatha viajando en el Orient Express y en el que se basa esta novela.

3.LICENCIAS

El objetivo de esta novela era crear un misterio clásico, una de esas novelas de detectives que leímos de niños. Y hacerlo en el marco de la vida de Agatha Christie.

Por tanto, estamos intentando narrar la vida de la escritora y la génesis de su obra a través de una saga de novelas biográficas con un toque de misterio.

La principal licencia de esta novela es una muy pequeña. El accidente que sufrió Agatha en el Orient Express no fue a finales de 1928 sino en el invierno siguiente. En el primer viaje, el de 1928, no sufrió percance alguno. Hemos adelantado el accidente unos meses para que estuviera escribiendo “Matrimonio de Sabuesos” y “Un Amor sin Nombre”. Así podríamos hablar del proceso de creación de estas dos obras y del nacimiento del pseudónimo Mary Westmacott. Porque esta saga de novelas quiere también exponer la vida y obra de Agatha. Y en 1929 estaba ya escribiendo su primera novela de Miss Marple, cuya explicación no queríamos adelantar en este libro.

También cabe añadir que la novela “Un Gato en el Palomar” no aparece en los cuadernos de Agatha hasta muchos años más tarde (se publicó en 1959). Se gestó en efecto en 1928 a partir de la presencia de su hija Rosalind en el internado de Bexhill y más tarde en la siguiente escuela a la que asistió: Benenden School. Es lógico suponer que debieron existir apuntes en esos años para poder escribir la novela tres décadas más tarde. No se conservan. En nuestra novela se da por hecho que se perdieron por estar en la misma libreta en la que se hallaban los apuntes de “Cartas Sobre la Mesa” y “Asesinato en el Orient Express”, pero es una mera especulación. Agatha a menudo trabajaba hasta en seis libretas simultáneamente. Y perdió varias durante su vida.

Y la otra licencia que nos hemos tomado es coger algo de nuestra propia vida e introducirlo en la novela. Ya lo hicimos en el primer libro de la saga, cuyos protagonistas estaban basados en nuestros vecinos del pasado. También en la segunda, donde el asesino era alguien muy parecido a un conocido nuestro. En este caso el instigador del drama surgió de YouTube.

Una mañana nos despertamos con una reseña en vídeo en YouTube. Hablaba precisamente de los dos primeros libros de esta saga: “Yo no soy Hércules Poirot” y “Yo no soy Agatha”.

El vídeo nos arrancó una sonrisa. Porque el YouTuber no se había leído las novelas, solo las había ojeado para poder hacer una

reseña y en consecuencia, todo lo que decía era un despropósito, cometiendo errores de todo tipo, confundiendo la edad de Agatha con la edad de la amante de su esposo, cuando la edad de Agatha queda fijada ya en el Dramatis Personae o lista de personajes que, como no se había leído la novela, no había visto.

-Se quejaba de que la forma de ser de Agatha no concuerda con alguien de su edad. Y resulta que nosotros describimos a Agatha tal y como ella se describe a sí misma en sus escritos, con los necesarios añadidos de sus biógrafos. En esto nos hemos tomado pocas licencias porque queríamos respetar la visión que ella tenía de sí misma (su personalidad fue cambiando con los años, sobre todo tras su separación, como se ha visto en esta tercera novela)

-El YouTuber no se había leído la investigación de Michael Clapp en la que se basa nuestra obra y cita un trozo de un artículo periodístico diciendo que Agatha solo conoció a un gendarme belga. En la ciudad donde vivía Agatha había varios gendarmes o soldados belgas retirados (al menos tres más según nuestras investigaciones), pero es que en la reunión donde conoció al verdadero Poirot había quinientos refugiados. Pudo conocer a diez perfectamente. Venían de una guerra: podía haber allí no diez sino treinta soldados o policías con sus familias. Tal vez muchos más.

No vale la pena seguir con más ejemplos. Ha quedado claro el tema. No sabía gran cosa de Agatha Christie y no se había leído las novelas. Por tanto, cometía errores innecesarios, porque podría haber criticado la novela con mucho más tino de habérsela leído. Entonces recordamos a ciertos grupos de escritores que conocimos en el pasado. El mundo de la literatura está lleno de gente que no vende un libro, insatisfechos porque, además, las grandes editoriales no les hicieron caso y se refugian en el apoyo de otros escritores que, como ellos, tampoco han sido reconocidos.

Investigamos al Youtuber y, en efecto, solo había publicado obras menores en editoriales desconocidas. Como los escritores resentidos de nuestros recuerdos, toda su actividad se basaba en hacer charlas y coloquios con otros autores similares que se apoyan entre sí porque, fuera de su círculo, nadie les conoce. El personaje de Windleshaw no está basado en el Youtuber (al que no conocemos personalmente) pero sí que nos hizo recordar a otros autores que habíamos conocido años atrás, gente que incluso dejó de hablarnos cuando las cosas comenzaron a irnos bien en esto de las letras. Os podríamos contar alguna anécdota que ni creeríais. Ojo, que la mayoría de autores son gente muy maja. Pero como en todas las profesiones, hay un poco de todo.

De todos esos recuerdos surgió Charles Windleshaw, el escritor resentido. Aunque la idea de hacer un homenaje a “Cartas sobre la mesa” en esta novela y convertir a Windleshaw en nuestro particular señor Shaitana (los conocedores de la obra de Agatha sabrán a qué nos referimos), eso fue idea en exclusiva de Teresa Ortiz-Tagle.

4.DOCUMENTACIÓN

Este es un tema muy complejo. La documentación sobre la vida y obra de Agatha no es muy extensa en número de libros publicados. Aparte de algunos libros particulares que afectan a cada caso, como por ejemplo alguno referido a la estancia de Agatha en las Canarias (que fueron claves cuando escribimos el segundo volumen de la saga), no hay demasiadas obras que sean una fuente fiable de información sobre la escritora.

Nosotros estamos acostumbrados a manejar mucha documentación. Para novelizar la segunda guerra mundial a través de varios volúmenes, de 1939 a 1945, Cosnava usó miles de libros. No exageramos, solo sobre tipos de tanques, uniformes y rangos dentro de las SS, ya eran cientos. Y biografías de los más de cien personajes protagonistas, y un largo etcétera difícil de imaginar. Teresa Ortiz-Tagle, en sus novelas (muchas de ellas históricas) también se ha tenido que enfrentar a retos semejantes.

Pero en el caso de Agatha nos encontramos con problemas inesperados. Las dos autobiografías que escribió son fiables de forma general pero no de forma específica. Comete muchos errores. Desde confundir el orden en que publicó sus libros ("El Misterio de las Siete Esferas" entre otros) a equivocarse en las fechas de su estancia en las Canarias, en qué hotel estuvo más tiempo y cuándo. Hay que pensar que escribió esas obras muchos años después (hasta cuatro décadas) de los hechos. Además, escribió como se ha dicho dos autobiografías (una de ellas más centrada en sus viajes y en la arqueología) con muchos años de diferencia entre una y otra, produciéndose recortes una vez acabadas (algunos de esos recortes han trascendido y narran cosas de gran importancia o contradicen otras) y muchas otras situaciones que, a veces, hacen dudar al investigador sobre pequeños detalles que al final son la clave en una novela sobre su vida.

Por ello es una tarea compleja separar los recuerdos de Agatha de la verdad. En las Canarias, por suerte, hay obras publicadas sobre su estancia donde se detallan los días exactos y sus movimientos, pero en otros muchos casos las omisiones o los errores hacen que debamos ir con cuidado. A veces, los errores son pequeñas cosas obvias pero importantes, como llamar Estambul a una ciudad que en 1928 era llamada aún Constantinopla.

Hasta los libros especializados sobre su vida se confunden. Por ejemplo, hablan del nombre de un Hotel en Bagdad que está en otra ciudad, o dicen Estambul como la propia Agatha en su

autobiografía cuando en 1928 aún no se llamaba así. De hecho, Agatha utiliza en su autobiografía la palabra “Stamboul”, que no comenzó a usarse hasta tiempo después. No usa el nombre más común en inglés “Istanbul” que con el tiempo quedaría como nombre definitivo cuando se abandonase el nombre de Constantinopla. Hay que hacer notar que en la novela “Murder on the Orient Express” sí utiliza “Istanbul”, que en este caso es el correcto, porque la novela se publicó en 1934 y las autoridades turcas pidieron a los occidentales que usasen los nombres turcos en 1930. Y es que, por supuesto, hay que leer tanto las novelas de Agatha como los ensayos sobre la escritora siempre en inglés, porque a veces hay errores de traducción o matices en las palabras que son intraducibles. Por ejemplo, hablando de nuevo de “Murder on the Orient Express” en ella aparece un *chef de train* (usando la expresión en francés) no un Jefe de Tren como en la traducción española, por lo que decidimos respetar la forma en que Agatha lo nombra en su novela originalmente.

Hay muchos pequeños detalles que los lectores no ven pero que el escritor profesional disfruta que sean los correctos.

Debe añadirse que el mejor de los libros sobre la obra (también vida) de Agatha es para nosotros “The Complete Guide” de Dennis Sanders y Len Lovallo, y tampoco está exento de errores. Nuestro libro preferido es, sin embargo, “Agatha Christie at Home” un precioso libro de fotografías en su casa y centrada en su vida privada, compra obligada para los verdaderos fans.

También es interesante la biografía de Janet Morgan, o el estudio de H. R. F. Keating, el Companion de Charles Osborne, el examen de Poirot en el conjunto de sus obras publicado por Mark Aldridge o la investigación sobre las famosas libretas de Agatha hecha por John Curran. Especial interés tienen para nosotros los ensayos de diversos autores publicados por J.C. Bernthal y, sobre todo, “Agatha Christie An Elusive Woman” de Lucy Worsley, libro que nos retrata una Agatha algo diferente de la que todos imaginamos. No estamos totalmente de acuerdo de lo que se dice de ella en este ensayo, pero las reflexiones eran tan brillantes que nos hicieron reflexionar e influyeron en la forma en que describiremos la madurez de la nueva Agatha que va a surgir tras la separación de su esposo.

Y solo citamos aquí los libros más interesantes, hay muchos más específicos sobre su estancia en tal o cual lugar, como el viaje con su abuela en 1922, y un largo etcétera.

Nosotros tenemos ahora mismo una amplia biblioteca sobre Agatha y aun así pensamos que nos faltan libros y siempre estamos

buscando nuevas fuentes de documentación.

Por nuestra parte, seguiremos documentándonos rigurosamente. Porque no es lo mismo tomarse una licencia cuando uno sabe lo que pasó de verdad que cuando no lo sabe. Las licencias de los mal informados suelen ser groseras y a menudo innecesarias. Si te documentas, tus licencias son menores, orgánicas y respetan la vida y obra de las personas reales. Sobre todo la de Agatha, que es la protagonista de estas novelas junto al, por supuesto, inefable Héracles Amadeus Polrot.

Esperamos, en suma, que sigáis confiando en nuestras novelas y el éxito de esta saga prosiga mucho tiempo. Pondremos todo de nuestra parte para que así sea.

Gracias.

TERESA ORTIZ-TAGLE & JAVIER COSNAVA

(Asturias, febrero de 2023)

Javier Cosnava

Escritor y guionista residente en Oviedo.

Ha publicado 30 obras en papel entre novelas, ensayos y cómic, en España y Francia, y en editoriales tan prestigiosas como Dolmen, Suma de Letras (Penguin Random House) o, en Francia, Sarbacane (Flammarion)

Ha ganado 37 premios literarios, destacando el Ciudad de Palma, el Serra i Moret de la Generalitat de Cataluña y el premio Haxtur del Festival del Principado de Asturias.

Autor prolífico, publica con varios pseudónimos en formato digital y sus obras superan ya los dos millones de descargas.

Teresa Ortiz-Tagle

Autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

También es autora de novelas policiales junto a Javier Cosnava.

Muchas de sus novelas han estado entre las más vendidas en Amazon.

Sigue a

TERESA ORTIZ TAGLE y a JAVIER COSNAVA

en INSTAGRAM:

@TERESAORTIZTAGLE

@COSNAVA

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS DE **TERESA ORTIZ-TAGLE,**

DESCARGALAS AQUI

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS DE **COSNAVA,**

DESCARGALAS AQUÍ

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!